

CONTINUACION
À LOS COMENTARIOS
DEL MARQUES DE S. FELIPE.

CONTINUACION
A LOS COMENTARIOS
DEL MARQUES DE S. FELIPE

DESDE EL AÑO DE MDCCXXXIII.

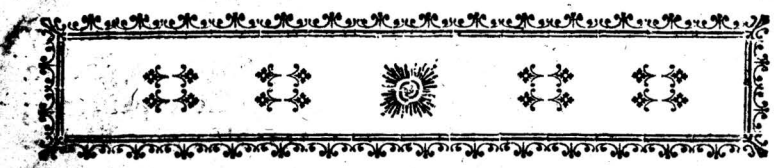
POR DON JOSEPH DEL CAMPO-RASO.

TOMO QUARTO.



CON LICENCIA
EN MADRID, EN LA IMPRENTA REAL.
AÑO DE 1793.

*Se ballará en la Librería de Cerro, calle de Cedaceros; y en su
puesto, calle de Alcalá.*



CONTINUACION

LOS COMENTARIOS

DEL MARQUESE DE S. FELIPE.

AÑO DE MDCCXXXIII.

Aunque gozaba la Europa de una paz general desde la de Utrecht, si se exceptúan algunas disensiones sobrevenidas con España, motivadas de su union con el Cesar, y de la colocacion del Serenissimo Infante Don Carlos en Italia; sin embargo la Corte de Viena, por las disposiciones que daba en toda la extension de los Estados Hereditarios de la Casa de Austria, manifestó al principio de este año estar en visperas de una guerra universal. Recelábase su Magestad Imperial de la estrecha union de los Electores de Saxonia (*), Baviera y Palatino, que se habian resistido constantemente en los designios de la Archiducal Casa,

tomo iv. A ha-

(*) Augusto XI, Rey de Polonia, y Elector de Saxonia.

haciéndose garantes de la Pragmática-Sancion, y no ménos de los grandes preparativos de guerra del primero, cuyas ideas no era posible penetrar; pero nadie parece concibió mas zelos que la República de Polonia, la qual esperaba en Varsovia el arribo de su Rey, para celebrar una Dieta extraordinaria; y temerosos muchos de sus Magnates de ver vulnerados algunos de sus privilegios á instancia suya, y aun del mismo Primado, mandó el Emperador formar un campo de observación en la Silesia, y aun se discurrió formar otro en el Rhin, con ocasion de los aprestos militares de la Francia: bien que no habia por donde juzgar intentase esta Corona cosa alguna contra el Imperio; á lo ménos no se habia penetrado la causa, y lo que se tuvo por accidental, se halló cautela.

Vigilante y activo el Ministerio Frances, mas que ninguno otro de la Europa, en todo lo que á su patria puede resultar ventaja, y cavilando con incesante aplicacion sobre las vicisitudes del mundo, habia sabido por el célebre Cirujano Mr. Petit (*), á quien el Rey de Polonia habia llamado el año antecedente para curarle de una enfermedad peligrosa (que cada dia iba empeorando), de que este Príncipe no podia vivir mucho tiempo: pues aunque quedó restablecido de su dolencia, le habia propuesto el Cirujano un régimen de vida harto penoso, por lo que sus preceptos fuéron des-

aten-

(*) Fué llamado este Cirujano el año de 1734 á Madrid, para hacer la operacion de la fistula al ano al Príncipe Don Fernando, hoy Rey de España.

atendidos, y el Monarca recayó en el accidente que le privó de la vida. Así acertó el famoso discípulo de Esculapio con el vaticinio. El aviso que dio este al Ministerio acerca de la salud de Augusto XI, no fué despreciado, y proporcionándose coyuntura favorable para hacer revivir las pretensiones del Rey Estanislao, se dirigieron sobre este plan las medidas que se tomaron en Francia para no malograrlas. En consecuencia, el Marqués de Mondéjar, Embaxador de esta Potencia, tuvo órden de cautivarse la benevolencia de los principales Magnates del Reyno de Polonia (entre tanto que sucedia la feliz revolucion que debía colocar sobre el Trono al suegro del Rey Christianísimo) y cultivar la amistad del Primado, sin escasear las promesas, y otras cosas, para lograr el fin. Diéronse asimismo órdenes para formar varios acampamentos en Flandes, Mosela y Alsacia, con el presupuesto de exercitar la tropa; pero interiormente para que estuviese pronta á qualquiera ocurrencia.

Tratóse igualmente de renovar las antiguas alianzas con las Potencias extrangeras, y la buena armonia que reinaba con la España desde el Tratado de Sevilla, iba echando cada dia mas profundas raices; pero quién hubiera discurrido que todo esto se dirigia á la eleccion de Polonia, que toda la prudencia humana no podia preveer? Solo la Francia, atenta á los futuros acontecimientos, pudo prevenir á sus enemigos, así como Luis XIV, en la paz de Riswick (el año de 1697), los alució con el Tratado de reparticion de la Monarquia Española, á fin de conservarla indem-

ne para su nieto Felipe V. (*) Nadie ignora que la expresada paz desarmó á todas las Potencias de la Europa, quando la Francia al contrario, por sus ideas particulares mantuvo íntegras las considerables fuerzas que tenia en pie. Lo propio sucedió por la paz de Viena en el de 1731; ella no alteró en manera alguna las sabias medidas del Duque de Borbon (el año de 1726), para tener siempre pronto un cuerpo formidable de Milicias, ántes bien se aumentó: con que de esta prudente circunspeccion se puede decir, que el golpe fatal que nos hizo pasar tan de repente de la calma mas tranquila que gozaba la Europa, á una guerra que parecia desolarla, se debe únicamente á las recónditas máximas de la política Francesa.

Estas daban bastante inquietud al Cesar, y mucho mas la toma de posesion del Sereníssimo Infante Don Carlos de los Estados de Parma y Plasencia, como tambien de que el Senado de Florencia le hubiese reconocido por Gran Príncipe de Toscana, y jurado en esta qualidad (el dia de San Juan Bautista del año antecedente), sin haber precedido el Diploma Imperial para este efecto. No podia aquel Monarca persuadirse sino que todo esto se dirigia á turbar la quietud de Italia; mas las formidables fuerzas de España, que acababan de sujetar á su dominio la importante Plaza de Oran, le obligaron á disimular hasta verse en estado de reprimir la injuria que pretendia haber recibido.

No

(*) Saben todos el secreto que María Luisa de Borbon, primera muger de Carlos II, comunicó á Luis XIV, acerca de la impotencia de aquel Príncipe. Véase el primer tomo de los Comentarios, pag.

No ignoraba este Príncipe las justas pretensiones del Rey Católico á los Reynos de Nápoles y Sicilia, y que no se habia podido conseguir renunciarse sus derechos á ellos, sin manifestar una indelible repugnancia: temia pues que la intencion de la Corte de España fuese para quitárselos, buscando pretextos para hacerle la guerra. Es verdad que el Emperador contaba sobre la garantía de aquellos Reynos por el Rey Británico, estipulada en el Tratado de Viena del año de 1731; pero ella no impidió que su Magestad Cesárea diese órdenes positivas para aumentar sus tropas, completar las que estaban de guarnición en Italia, y nombrar diez mil hombres á fin de que sin dilacion pasasen á este pais, amenazando al Infante de lecharle de sus Estados, y castigar al Senado de Florencia por su condescendencia á este Príncipe que se atrogaba un título que no podia tomar sin el consentimiento del Imperio.

Igualmente garante el Rey de la Gran Bretaña de los Estados de Parma y Plasencia, por su alianza y union con España en el Tratado de Sevilla; resolviéndose de que el Emperador pasase de las amenazas á la execucion, y con este motivo lo empeñase en una nueva guerra, trabajó con calor para aplacar el enojo de la Corte Cesárea, y como las instancias del Señor Keene, Ministro Británico en la de Sevilla, no habian producido efectos sobre el ánimo de sus Magestades Católicas acerca de los Rescriptos Imperiales al Senado de Florencia, que decia este Príncipe ser injuriosos á la dignidad del Serenísimo Infante su hijo.

Dispuso pues el Rey Jorge un nuevo proyecto de

de ajuste, que su Ministro en Viena, el Señor Rovinson, presentó al Cesar (el 18 de Enero) en una Memoria, y decia: que el expediente propuesto por su Magestad Británica era, que la España hubiese de consentir á que el Infante Duque de Parma pidiese al Emperador el título de Gran Príncipe de Toscana, pareciéndole que este paso seria suficiente para hacer cesar la division que con este motivo reynaba entre los dos Monarcas; que su Magestad Británica no dudaba estuviese el Cesar en la misma disposicion que ella de conservar en quanto fuese posible la pública tranquilidad, y prevenir los funestos efectos de la guerra; que en consecuencia el Rey su amo habia instruido ya á su Ministro, en la Corte de Sevilla, de representarla del modo mas eficaz la necesidad que habia en que sus Magestades Católicas permitiesen al Señor Infante su hijo se dirigiese al Emperador para obtener este título.

El objeto de la dificultad estrivaba en este punto, y no podia ménos de serle grato al Cesar el expediente que proponia el Rey Británico, con tal que la requisicion se hiciese en la forma debida, y no se perjudicasen los derechos supremos de su Magestad Imperial y del Imperio; pero exigia este Monarca el que la Corte de España hubiese de arreglarse á lo que se habia estipulado solemnemente y tantas veces en los Tratados y otros actos auténticos: és á saber, que como en las notas hechas por lo tocante á la Convencion de Florencia (año de 31, y comunicadas al Duque de Liria), ya se habia dado á conocer que el título de Grande Duquesa podia concederse á la
Elec-

triz viuda Palatina, hermana del Gran Duque, mediante el Diploma Imperial, y se requiriese debidamente al Cesar; pero que esta Princesa no podia obtenerle por otra via alguna: del propio modo no repugna su Magestad Imperial en admitir igual expediente acerca del Infante Don Carlos, antes bien está pronto en concederle dicho título luego que se haga la debida requisicion; y para facilitar ó allanar qualesquier obstáculos que puedan originarse, se juntó á la respuesta de la Memoria presentada por el Ministro Británico un formulario de la requisicion que deberá presentarse, y en la qual se ha procurado, decía la Corte Imperial, atender en quanto era posible á la delicadeza de la España, sin derogar á la autoridad Cesárea, ni á la qualidad de vasallo, de que el Señor Infante no puede despojarse, sin perder todo derecho sobre los Estados que unánimemente se ha convenido de mirar en adelante *pro individuatis Sacri Romani Imperii fœudis masculinis.*

Concluyó el Emperador en esta misma respuesta al Rey Británico, que reposaba sobre la fidelidad de este Principe en cumplir con imparcialidad sus empeños acerca de cada uno de sus Aliados, que esperaba tendrian las garantías, tantas veces reiteradas en su nombre, pleno y entero efecto; y que sobre todo se lisonjaba emplearia, de acuerdo con su Magestad Imperial, los medios mas eficaces para que el negocio de la investidura no se dilatasé mas.

Mientras se trabajaba con tanta atencion en terminar todas estas diferencias, sobreviniéron nuevos motivos de quejas, que el Embaxador de

España, Conde de Montijo, tuvo orden de participar al Rey de la Gran Bretaña en una Memoria, cuyo contenido era: la ofensa hecha á la Soberanía del Gran Duque, por el modo con que se pretendia obligar al Senado de Florencia á recibir los Rescriptos dimanados de poco tiempo á esta parte de la Corte de Viena: el procedimiento de esta misma Corte, en que apropiaba al Estado de Milan ciertos derechos y territorios en las orillas del Pó, de que gozaba el difunto Duque Francisco de Parma, al tiempo de la Cuadruple-alianza; como tambien el haberse prohibido por el Gobierno de Milan el juramento de fidelidad al Serenísimo Infante, que le debian todos aquellos que poseian feudos en sus Estados: finalmente la declaración hecha con instrumentos públicos, de que la Isla de Ponza pertenece y es de la Soberanía y dominio de su Magestad Imperial, no obstante los derechos expuestos por los Tutores del Serenísimo Infante Don Carlos, y la posesion que habia gozado el difunto Duque Francisco de esta Isla. Concluyó esta Memoria el Conde de Montijo reclamando la garantía de su Magestad Británica.

Admirado este Príncipe de los nuevos estorbos que hacian infructuosas sus solicitudes desde tanto tiempo, mandó al Duque de Newcastle, Secretario de Estado, asegurase al Ministro de España de su resolucion invariable en satisfacer con la mayor fidelidad á sus empeños contraídos con sus Magestades Católicas; pero que hubiera deseado que los diversos hechos, títulos y pretensiones, de que hacia mencion en su Memo-

-cia, fuesen mas circunstanciados, para poder juzgar hasta que grado estaban perjudicados los Tratados, en virtud de los cuales reclama la garantía del Rey Británico, á fin de que su Magestad pudiese obrar en consecuencia: que en quanto al modo con que se pretendió recibiese el Senado de Florencia los Rescriptos de la Corte de Viena, el Rey no estaba en manera alguna informado de las circunstancias que ocurrieron entonces; pero su Magestad se persuade que los derechos del Señor Infante, que con tanta claridad están expresados en los Tratados, no padecerán el menor perjuicio por este incidente. Advierte tambien su Magestad, le dixo el Duque de Newcastle al Conde de Montijo, que aunque las quejas que V. E. da del proceder de la Corte de Viena acerca del Gran Duque, se dirigen principalmente á este Príncipe; sin embargo su Alteza no ha recurrido aún en este negocio al Rey, y su Magestad ignora que el Gran Duque haga instancia alguna en la Corte Imperial sobre este asunto: lo que al parecer seria preciso en un caso en que dicho Príncipe podria alegar se han violado sus derechos y Soberanía. No obstante, prosiguió el Duque de Newcastle, deseando siempre el Rey manifestar su atencion particular en todo lo que puede interesar á sus Magestades Católicas y á su Real Familia, expedirá inmediatamente órdenes á su Ministro en Viena, á fin de que sepa con individualidad cada una de las circunstancias que pueden tener conexión con ellas; y si se halla algo en contrario de los Tratados de que su Magestad es garante, hará

sus instancias del modo mas eficaz, para que todo quede reglado segun los Tratados, de tal suerte que sus Magestades Católicas queden satisfechas.

Por lo que toca á los derechos y territorios en la orilla del Pó, como á la Soberanía de la Isla de Ponza, V. E. convendrá sin dificultad que hasta que el Rey esté mas ampliamente instruido, no puede dar otra respuesta por ahora, sino que su Magestad se hará informar tambien en la Corte de Viena de lo que se ha hecho sobre estos articulos; qué fundamento se tiene; é igualmente si se contravino á los Tratados; entónces el Ministro del Rey empleará todos sus cuidados, para que nada se haga tampoco en perjuicio de los derechos adquiridos al Serenísimo Infante por la Quadruple-alianza.

El Rey de la Gran Bretaña no perdió el instante de solicitar las instrucciones necesarias de la Corte de Viena, sobre todo lo referido, para satisfacer á la de España, á fin de cortar con tiempo el enlace de negociaciones que preveia este Príncipe habia de acarrear la lentitud con que el Ministerio Imperial procede por lo regular en sus deliberaciones, y de que resultaria infaliblemente un rompimiento abierto; pero la réplica de su Magestad Imperial, respondiendo con una refutacion en forma á los cargos que se le hacian, en lugar de moderar las quejas de los Reyes Católicos, los exáspéraron mas, pues pretendió aquel Monarca, que el Rey de España no tenia fundamento alguno para atribuirle la inexecucion de los Tratados, sobre los cuales

reclamaba la garantía de su Magestad Británica; y esto expuso en una Memoria que se entregó al Señor Robinson, para remitirla á la Corte de Londres: lo importante de esta pieza nos obliga á comunicarla á nuestros lectores, porque fué el objeto de las dificultades que no se pudieron vencer, y finalmente causó la guerra entre las dos Coronas.

Decide en ella que no era menester entrar en un preámbulo muy dilatado acerca de los bienes que ántes pertenecían á la Casa Farnesio en el Reyno de Nápoles; porque por parte del Emperador, ni de sus Ministros no había habido contravencion ni denegacion de justicia, supuesto que no se trata por lo respectivo al Reyno de Nápoles de executar el Tratado de la Cuadruple-alianza en lo que mira al feudo Imperial; pero sí en lo que toca á la sucesion del Infante Don Carlos á los bienes de la Casa Farnesio.

El susodicho Tratado, y por consiguiente las investiduras eventuales expedidas por la Chancillería del Imperio, no hacen mencion mas que de los Ducados de Parma y Plasencia, no habiéndose estipulado cosa alguna acerca del feudo de los bienes situados en el Reyno de Nápoles, que no se podian mudar de naturaleza contra las leyes fundamentales del Reyno, y que la Casa Farnesio jamas poseyó sino sobre el pie reglado por dichas leyes, y no en qualidad de feudos ó bienes relevantes del Sacro Imperio, sí solo de la Corona de Nápoles. No teniendo el Imperio jurisdiccion ni derecho de Soberanía sobre los bienes y feudos de la Casa Farnesio situados

en

en el expresado Reyno, no podia pensar en conceder la investidura de ella al Infante Duque: y por consiguiente es constante y evidente que las palabras de la investidura, mencionadas por el Conde de Montijo: *eundem Principem Carolum de prædictis Hetruriæ, Parmæ Plasentiæque Ducatibus seu Statibus, omnibusque ipsis competentibus juribus et pertinentiis ab horum Ducatuum dominiis tempore præfati fœderis Londini subscripti realitèr possedis investimus &c.*, no conciernen sino á los Ducados de Parma; Plasencia y Toscana, y los feudos Imperiales á ellos pertenecientes. Con que es contra toda razon el pretender que baxo la generalidad de las palabras submencionadas de la investidura Imperial, deban ser comprehendidos en ellas los feudos del Reyno de Nápoles.

Por lo que toca á la Isla de Ponza en este Reyno, y hacer evidente el hecho, se ha de saber que dicha Isla ántes del año de 1587 estaba despoblada, y que la Casa Farnesio (Alexandro Farnesio) que la poseja (como tierra dependiente al Reyno de Nápoles), solicitó al Rey Felipe II, por medio del Virey de Nápoles, y de su Ministro en Roma, se concediese la ereccion en Condado á la referida Casa Farnesio de dicha Isla de Ponza, con facultad de poder poblarla, y gozar de las demás prerogativas acostumbradas acerca de los feudos del Reyno de Nápoles: súplica que fué atendida por el expresado Rey Católico Felipe II, con despacho de 15 de Setiembre de 1588, baxo de las condiciones de los otros feudos Napolitanos. Es de advertir tambien, que por causa de

de su situación, como en consideración á la pobreza de los habitantes de la Isla, el Gobierno de Nápoles no exigió las contribuciones con mucha regularidad; pero no por esto consintió fuesen exentos de ellas por ningun título. La misma razón obligó varias veces al propio Gobierno de presidirla, con motivo de la guerra ó de los piratas, no obstante la incomodidad que en ella padecian las tropas; y acaso por tanta complacencia, y por el modo con que se percibiéron los impuestos, discurrió la Casa Farnesio pretender á la Soberanía imaginaria de la mencionada Isla, y empeñar á la Francia al tiempo de la conclusion del Tratado de Riswick, solicitase del Rey Católico Carlos II hiciese retirar sus tropas de ella. La condescendencia de España en esta ocasion por el Christianísimo hace todo el fundamento del derecho en la Memoria del Duque de Liria, expresado en la del Conde de Montijo; sin hacer reflexion que el artículo XXXII de la paz de Riswick, alegado por este Ministro, denota claramente la complacencia del Monarca de España por los buenos efectos de su Magestad Christianísima á favor del Duque de Parma, quien no adquiria por esto derecho alguno, no habiéndose obligado la Corte Católica á no presidirla quando fuese menester.

En su consecuencia se han enviado desde entonces tropas á la Isla de Ponza, según lo requirió la urgencia. Del Gobierno de Nápoles exerció siempre por parte de su Magestad los actos de alta jurisdicción y Soberanía, como lo ha executado en todos tiempos, antes y despues de la ereccion de la Isla en feudo y Condado, que se tomó por

época: lo que prueba el incontrastable derecho de Soberanía del Rey de Nápoles, sin que sea necesario producir una multitud de otros hechos ántes y despues de dicha concesion, concluyendo todos sobre la Soberanía jamas abdicada ni interrumpida de los Reyes de Nápoles. Síguese de todo lo referido que las quejas del Conde de Montijo están destituidas de fundamento, y que las investiduras eventuales concedidas al Infante Don Carlos, no tocan en manera alguna á los bienes de la Casa Farnesio, dependientes del Reyno de Nápoles, ya sean feudos, rentas, bienes alodiales, ó qualquiera otra cosa que pueda ser, debiendo recibir la posesion de manos del Rey, ó de su Gobierno, segun las leyes fundamentales, y costumbres del Reyno: añadiendo que el Señor Infante no puede pretender dicha posesion, sin primero y ante todas cosas la formal cesion de la Reyna Católica su madre, heredera de los bienes mencionados.

En quanto al derecho disputado en la orilla del Pó, el Duque de Parma y el Marques Rangoni, su súbdito, ocupan al otro lado de este rio algunas tierras y territorios de la dependencia de Cremona. Sobre la ribera opuesta pensó este Príncipe en establecer el año de 1722 un impuesto que llaman derecho del *Palo*; y la parte en que se pretendió establecer dicho derecho, es sin contradiccion alguna de la jurisdiccion de Cremona, y por consiguiente del Estado de Milan: y aun quando la adquisicion del fondo por el Duque y por el Marques Rangoni fuese legítima (de que hay sobrados motivos para dudarlo, segun los infor-

formes hechos en el propio parage), nadie puede disputar que el dominio y Soberanía, perteneciendo á su Magestad Imperial como una tierra ó suelo, que hace parte del Estado de Milan, que es una manifiesta usurpacion el pretendido establecimiento del susodicho impuesto, al qual se quiso sujetar las embarcaciones de los vasallos del Emperador. No obstante este Monarca no omitió cosa alguna, valiéndose de la via de dulzura, para inclinar al difunto Duque á que desistiese de semejante empresa, que dió ocasion á algunos desórdenes por los quales se le ofreció nombrar de una y otra parte Comisarios para tratar y decidir esta contienda; pero el Duque se excusó pretextando el Tratado de Londres de 1718, como si este Tratado podia autorizarle á una posesion injusta, ó variar el título de ella, estableciendo nuevos derechos en los Estados de su Magestad Imperial.

Finalmente por lo que mira al Gobierno de Milan, del qual se pretende habia prohibido á los súbditos de este Estado, que tienen feudos en los de Parma y Plasencia, hiciesen juramento de fidelidad al Serenísimo Infante, el Cesar ignora que esta prohibicion por parte del Gobernador de Milan, exista ni haya existido, supuesto que segun informe del mismo Gobernador, ya se habia hecho este juramento; y que si algunos no lo habian aún executado, daria su Magestad Imperial órdenes convenientes para que se hiciese sin dilacion: bien entendido, que el formulario del juramento fuese el mismo que el que se acostumbraba hacer á los predecesores del Serenísimo Infante

Du-

Duque de Parma y Plasencia; debiéndose notar que dicho juramento no lo es de fidelidad, mas sí solo de vasallage.

El Rey de la Gran Bretaña no se cansó de tantas dificultades que á cada paso se presentaban, y encargó á sus Ministros de buscar todos los medios posibles para evitar un rompimiento entre el Emperador y la España, que habia lugar de temer, quando acaeció la muerte de Augusto II, Rey de Polonia y Elector de Saxonia. Este fatal é improviso suceso hizo aumentar los cuidados del Rey Británico, á fin de prevenir las turbulencias de que la Europa estaba amenazada. Conocia muy bien este juicioso Príncipe que las solicitudes de la Francia no influirian poco en los negocios de Polonia á favor del Rey Estanislao su suegro. Tampoco ignoraba que el Emperador jamas consentiria en tener por vecino á un Príncipe tan estrechamente unido con el Rey Christianísimo; por tanto renovó sus desvelos, que fuéron inútiles; pues aunque se prolongó la negociacion entablada con el Cesar hasta el mes de Setiembre, el ánimo de su Magestad Católica estaba demasiado resentido para dexar de tomar plena satisfaccion de los ultrages que habia recibido el Príncipe su hijo; y propicia la ocasion se rompió toda negociacion con la Corte Imperial, como se verá en su lugar.

Apénas murió el Rey Augusto (en 20 de Enero) quando se vió arder la Polonia en bandos, que vaticinaban adversas conseqüencias por esta República; pues el espíritu de parcialidad se hizo luego notar en los principales de sus Magnates.

El

El Regente ó Primado, aunque venerable por su edad y prendas particulares, la manifestó algo demasiado viva por el Rey Estanislao (*): es verdad que ella era muy natural en él, respecto de que ya habia probado la dulzura de su gobierno; y que siendo de una de las primeras familias de Polonia, esperaba no tendria otros intereses que los de la República. El nuevo Elector de Sajonia, hijo del difunto Rey, no dexó tambien de tener sus parciales; pero muy limitado su poder para hacer valer su pretension.

Entre tanto se fomentaba la desunion, para despues dar el mayor estallido: se dispusieron algunos reglamentos, que á haberlos observado los Polacos, y ser mas firmes en sus empeños, no hubiera llegado el caso de tanta discordia entre ellos; pero mientras se tenian las Dietinas, toda la Europa sabe las considerables remesas que se hicieron en oro de Amsterdam á Dantzik. El Mar-

C

TOMO IV. ques

(*) Estanislao Leszozynski, Palatino de Posnania, nació el 18 de Abril de 1677, elegido Rey de Polonia el 12 de Julio del año 1704 por la faccion de Carlos XII, Rey de Suecia, cuyo Principe, vencedor del Czar Pedro, y del Rey Augusto, obligó á este último á renunciar la Corona, y reconocer por Rey á Estanislao I del nombre; pero vencido á su turno Carlos XII por el Czar en la batalla de Pultowa, el Rey Augusto volvió á Polonia en 1708, sometió ó sojuzgó al partido contrario, y el Rey Estanislao despues de haber perdido su Reyno pasó á defender los Estados de su bienhechor, cuyo infeliz éxito le determinó á pasar á Turquía, donde estaba preso el Rey de Suecia, para consultarle sobre sus negocios comunes; pero los Turcos le detuvieron tambien, y no cobró su libertad hasta en 1714; en cuyo tiempo volvió Carlos á sus Estados, y Estanislao se retiró en el Ducado de Dos Puentes; despues á Wescimbourg en Alsacia, y por el matrimonio de su hija con el Christianísimo pasó á residir en el palacio de Chambord, junto á París.

ques Monti, Embaxador de Francia, se dió indecibles movimientos para aumentar el partido del suegro del Rey su amo, en que no le ayudó poco el Primado, quien habia conservado siempre una verdadera estimacion por el Rey Estanislao, Príncipe de un mérito distinguido y de una virtud que raras véces se encuentra en el Trono.

Las inmediatas Potencias á la Polonia no se mantuvieron como se puede creer quietas, y cada una examinó qual era el Rey que mejor le convenia. Las Cortes de Viena y de Petersbourg se unieron de interes en esta ocasion, y con razon, si es cierto que sus alianzas se hacian en algun modo inútiles, si la Polonia, que se halla entre los dos Imperios, eligiese un Rey que no quisiese concurrir, ó se opusiese á sus fines particulares (*). El Rey de Prusia tuvo parte en sus deliberaciones, y se concluyó un Tratado secreto entre las tres Potencias, por el qual conviniéron en excluir del Trono de Polonia á Estanislao Les-

20-

(*) No hay dificultad en creer que el principal motivo de estas dos Potencias para oponerse á la eleccion del Rey Estanislao, fuese su estrecho parentesco con la Francia; pues si este Príncipe no hubiera tenido alianza alguna con esta Corona, habria quizá quedado pacífico poseedor de la Corona. La Puerta Otomana no miraba tampoco con indiferencia los Candidatos á este Reyno, temerosa de que recayese en un pariente ó parcial del Cesar ó de la Emperatriz de Rusia, pues el Gran Visir lo dió á entender al Embaxador de Holanda en estos términos: «la República de Polonia ha servido siempre de barrera entre la Rusia y el Emperador de Romanos; de manera que el uno no podia favorecer al otro; pero siendo el Rey de Polonia hechura ó pariente de estas Potencias, seria difícil á la Puerta hacer la guerra al Emperador, sin que la Rusia y la Polonia no se interesen en ella; lo que seria en extremo perjudicial á la Puerta &c.

zozynski, y al nuevo Elector de Saxonía. La Emperatriz de Rusia tenia sobrados motivos para dar la exclusión al primero; porque nadie ignora que el Rey Estanislao era hechura del difunto Rey de Suecia Carlos XII, y por consiguiente enemigo declarado de la Rusia. El Emperador creia, segun toda apariencia, que el nuevo Elector seguiria el sistema de su difunto padre, que se habia coligado con otros dos Electores para oponerse en la Dieta del Imperio á la garantía de la Prágnatica-Sancion, y por lo mismo no era del interés de su Magestad Imperial verlo mas poderoso: finalmente el Rey de Prusia tenia el propio interés de oponerse á su eleccion, porque no ignoraba las medidas tomadas por los Ministros del Rey su padre, para haver revivido las pretensiones de la Casa de Saxonía á la sucesion de los Duques de Berg y de Joliet, sin que nadie ignorara que cada una de las tres Potencias aliadas tenia su interés particular para dar la exclusión al Rey Estanislao y al nuevo Elector de Saxonía, sin convenir aún el sugeto, á cuyo favor habian desistido para ponerle en la mano la Dieta de Polonia, y esto alteró tanto mas á la República, quanto los afectos al Elector formaron un partido, y los de Estanislao otro. La Emperatriz de Rusia hizo marchar hácia las fronteras de Polonia y del Ducado de Lituania tres cuerpos de tropas á riesgo de los Señores del primeros, y el Cesar, que habia formado un campo en la Silesia, á la requisición del Primado y otros Grandes del Reyno, como ya queda dicho, le aumentó, haciéndole marchar hácia Groot-Glowaw.

gaw. En este intermedio envió el Elector de Saxonia Embaxadores á la Corte de Viena, para hacer conocer á los Ministros de su Magestad Imperial, que sus ideas no eran las mismas que las del Rey su padre: al contrario, pues, deseaba concurrir en las medidas que se habian establecido para la sucesion Austriaca, haciéndose garante de la Pragmática-Sancion: de manera que no solo se reconciliaron las Cortes de Viena y Dresde, sino que también firmáron Tratado de Alianza, en el qual entró la Emperatriz de Rusia; y desde entónces los negocios mudáron de semblante por lo tocante á la eleccion.

Los Ministros Moscovitas, así en Petersburg como en toda la Europa, se declaráron altamente contra Estanislao; y este proceder, siendo contrario á la libertad de los Polacos, y al derecho que siempre han tenido de elegir á sus Reyes, el Primado les hizo en Varsovia varias representaciones que no tuviéron efecto, por lo que este Prelado escribió una carta á su Magestad Christianísima suplicándole protegiese y defendiese la libertad de los votos de la Nacion. El paso era superfluo: la Francia estaba empeñada en ello; pero era preciso salvar las apariencias y aguardar la ocasion.

Aunque el Rey Christianísimo habia dado á entender, desde la muerte de Augusto II, no querér tomar partido, ó al ménos directo, en los negocios de Polonia, con motivo de la Corte del Primado, se mostró públicamente interesado en la próxima Dieta de eleccion, y no perdió el instante de formar una declaracion que sus Ministros

tuvieron orden de comunicar á varias Cortes, diciendo: que su Magestad hubiera suspendido el juicio sobre la marcha de un cuerpo considerable de tropas, que el Emperador hacia marchar á las fronteras de Polonia, si las declaraciones hechas por la mayor parte de los Ministros Imperiales, podian permitir dudar del deseo y aun del designio de hacer la forzosa á los Polacos: que á vista de semejante proyecto, su Magestad no podia disimular su sentimiento; que ademas del comun interes que tienen todos los Príncipes en mantener la libertad de Polonia, la dignidad y grado que tiene entre los Potenciados de la Europa, le obligaban á tomar parte en los negocios que podian turbar la tranquilidad general: que el Rey habia asegurado ya á los Polacos que mantendria en quanto dependiese de él la entera libertad de los sufragios, y que no podia mirar las empresas formadas para hacerles la forzosa, sino como un designio real de intentar contra la quietud de la Europa, y en consecuencia obrar con el zelo y firmeza que la importancia de la materia requeria.

Veráse la Corte Imperial de Viena en el mayor apogeo de su grandeza desde la paz de Passarowitz, en la qual dió la ley al Imperio de Oriente: desde entónces ella no habia disminuido en nada de su alizez; y creyéndose ofendida de una declaracion tan contraria á su honor é interes, no tardó en responder á esta especie de Manifiesto; pero contaba hablar con la Francia, y no con los aliados de esta Potencia. La Contra-declaracion que se opuso, fué que el Emperador no habia

bia juzgado dignas de su atencion las insinuaciones mal fundadas que se empleaban en Polonia para apartar á los buenos patricios de poner su confianza en un Príncipe amigo, vecino y aliado; y que á imitacion de sus augustos predecesores, bien léjos de permitir se causase el mas mínimo estorbo á la libertad de la República de Polonia y á su Constitucion, seria siempre de ellas el mas firme apoyo: que garante de esta misma libertad, el cuidado de mantenerla contra las empresas de quien se fuese, le tocaba á él principalmente; y que distantes sus Ministros de haber imitado á aquellos que pretendian limitar los votos de una Nacion libre á un solo sugeto, habian declarado desde el principio del Interregno, así de viva voz como por escrito, que el Cesar no sufriria se emplease ninguno de los medios contrarios al derecho de una eleccion libre, aun quando los Polacos quisiesen valerse de uno de ellos para colocar sobre el Trono á un Candidato que les fuese agradable: que por consiguiente el Emperador no podia ménos de admirarse de que por una Declaracion, concebida en términos desmedidos y esparcidos con indecente afectacion, se pretendiese acumularle un cargo que mejor convenia á aquellos que obraban con principios opuestos: que el Soberano en sus Estados no tenia que dar cuenta á nadie de la marcha de sus tropas á la Silesia, las quales acampaban en esta Provincia ántes de la muerte del Rey Augusto; y que la justicia, que gobierna y regla todas sus acciones, no dexaban duda alguna sobre el fin que se propuso, y manifestará en esta ocasion como en

en qualquiera otra, tanta rectitud por lo que con-
cierne á los derechos agenos, quanta firmeza en
defender los suyos, y el de sus aliados.

Luego, despues de la Declaracion de la Fran-
cia, el Marques de Monti no se receló trabajar abier-
tamente por el Rey Estanislao, y se mandó pre-
parar una esquadra en aquel Reyno para mejor
ocultar el camino que debia tomar este Príncipe,
publicando que habia de embarcarse á su bordo,
executándolo el Marques de Thiange en su lugar,
baxo el nombre del Rey Estanislao, y recibió en
consequencia los honores correspondientes á tal
personage. Tampoco el Primado ocultó ya el ze-
lo que le animaba por este Príncipe; lo que le
atraxeron infinitas representaciones y cartas del
César, con las declaraciones que públicamente le
hicieron los Ministros de este Príncipe y los de la
Rusia; á fin de que desistiese de su empeño, y no
hiciese violencia á los vocales de la eleccion.

Conforme iba creciendo la discordia entre las
Cortes de Viena y de Versailles, crecia la buena
union entre esta y la de España, la qual aún se
mantenia en Sevilla; con las agradables noticias
que cada dia recibia de la felicidad de sus armas
en Africa. Habia detenido el invierno á los infieles
para no causar mayor molestia á los Españoles,
aunque varias veces inquietados en sus puestos
avanzados; y segun las derrotas del precedente
año, parecian haberse aquietado sobre la pérdi-
da de su dominio; mas no fué así. Reforzada aque-
lla canalla con algun socorro del Gran Señor,
volvió en la primavera á dexarse ver delante de
los muros de Oran, con ánimo de hacer los últi-

timos esfuerzos para apoderarse de esta Plaza.

Prevenidos de municiones y artillería se presentaron el dia 19 de Abril hasta diez mil infantes y dos mil caballos, para embestir los fuertes de San Felipe y de San Fernando, que acababa de hacer construir el Marques de Villadarias, su Gobernador. Descubierta el intento de los infieles por dos Compañías de Granaderos, que se hallaban apostadas sobre el barranco situado junto á la montaña de la Meceta, para cubrir los trabajadores, hicieron su descarga, y despues se retiraron por la muchedumbre que cargó sobre ellos. Avisada la guarnicion de su peligro, mandó el Marques de Villadarias saliesen diez y ocho Compañías de Granaderos, y dirigiesen su marcha hácia los referidos Castillos de San Felipe y de San Fernando, en donde encontraron los infieles, que ya se habian apoderado de los puestos avanzados de estas fortalezas, y plantadas sus banderas en ellos. Allí se trabó una escaramuza bastantemente viva, en que los Moros fuéron echados y precisados á repasar el barranco.

La celeridad con que abandonaron estos sus puestos, y el desorden en que parecian estar, infundió ánimo en los Christianos para perseguirlos; pero admirados los bárbaros de la desigualdad de fuerzas, dispusieron hacer un movimiento estudiado, haciendo desfilár su gente por derecha é izquierda desde el centro, á fin de girar á su enemigo, al qual atacó por los flancos y por el frente con tal ímpetu, que no pudiendo los Christianos sostener su esfuerzo, se retiraron á guarecerse de los Castillos. Hallábase el Gobernador en el

el puesto avanzado del de San Fernando con siete Compañías de Granaderos, para observar lo que pasaba, y acudir á donde la urgencia lo pidiese. Habiendo conocido el intento de los Moros, ordenó que las siete Compañías se reuniesen con las diez que se retiraban, y juntas atacasen á los bárbaros á fin de desconcertar sus medidas, mientras disponia otras favorables á su idea. Con efecto, detenido el ardor de los infieles con este imprevisto ataque, y solicitando romper aquel cuerpo, se fortificó en este parage con el remanente de su tropa esparcida para combatir de nuevo á los Españoles. Conocia muy bien el Marques de Villadarias, que sus fuerzas no le permitian el pelear en campo raso, se sirvió pues de la astucia de que habia experimentado ya su beneficio, y fué esta mandar á las diez y siete Compañías retrocediesen con buena órden hasta meterse debaxo del cañon de los fuertes de San Felipe y de San Fernando: lo que executáron con felicidad, no obstante el continuo fuego de los enemigos.

Viendo los Moros que los Españoles por su retirada no podian competir con su número, diéron en el lazo, pues avanzándose con intrepidez, llegaron á plantar sus banderas en las obras exteriores de los referidos castillos, sin que la tropa Christiana hiciese ademan de oponerse á sus tentativas, por haber recibido órden de no disparar. Dispuesto todo para asaltar á uno de los fuertes, que aun no estaba en estado de defensa, se pusieron los infieles en movimiento con su acostumbrada algazara, para executar su proyecto; pero bien provista la artillería de ambos castillos,

y cargada de metralla, fuéron recibidos de un modo no esperado, á que correspondió la fusilería, que hizo en ellos increíble destrozo. Escarmentados los bárbaros, abandonáron el empeño, dexando mas de mil y quinientos muertos, y mayor número de heridos. Pareciéndole al Comandante General lograr mas completa victoria, si en la confusion de su retirada los atacase, dió orden para que un cuerpo de Caballería, que estaba apostado cerca del castillo de San Andres, los acometiese con ánimo de empeñar nueva accion; pero los Moros, cuyo brio habia cedido al de los Españoles, no pensáron mas que en retirarse á su campo, con lo que viendo el Marques de Villadarias frustrada su idea, se volvió á la Plaza sin haber excedido la pérdida de los Christianos entre muertos y heridos de doscientos.

Habia mandado el Rey Católico, á instancias del referido Marques, fuese una Esquadra de seis navios de línea, baxo el mando del Teniente General Don Blas de Lesso, para que corseasen los de Berbería hasta Malta, donde reforzó su Esquadra con dos naves de la Religion de San Juan. Allí se tuvo noticia cierta de que en breve debia llegar á Argel la Flota de los infieles, compuesta de siete navios de esta Regencia, y dos Sultanas, que el Gran Señor la habia concedido, con un socorro de seis mil Turcos. Unidas las Esquadras de España y Malta, ámbos Xefes resolvieron hacerse á la vela hácia Levante, en busca de los bárbaros, pues ya habian salido de los Dardanelos; pero su solicitud fué infructuosa, habiendo sabido que quatro de los navios Argeli-

nos habian naufragado cerca de Mosionisi en una furiosa tempestad que los sorprendió el dia 30 de Marzo debaxo del cañon de la fortaleza de Methelino, y que una Sultana, del porte de setenta y cinco cañones, habia perecido igualmente al salir del Puerto de Foglieri: con que de esta Esquadra, en que fundaban los Argelinos grandes esperanzas, no quedaron sino quatro naves, y estas tan destruidas de la borrasca, que era preciso se volviesen á construir casi de nuevo para hacerse al mar. No obstante, las Esquadras Española y Maltesa prosiguieron su curso los dos meses de Abril y Mayo.

Viendo los Argelinos, que en lugar de minorrarse se aumentaban los armamentos Españoles, sospecharon que aquellas fuerzas, y otros preparativos, que ya á la sazón se hacian en los Puertos de España, se destinasen contra su República, lo que les obligó á renovar sus instancias al Gran Señor, que les concedió otro socorro de tropas y municiones. El Capitan Pachá Giasum Gogia tuvo orden con doce Sultanas y la que escapó del naufragio, juntamente con siete galeras Turcas, de comboyar este refuerzo, el que llegó á Argel por el mes de Julio; despues de lo qual se restituyó á Constantinopla. Aunque el Baylío Veneciano tuviese seguridades de parte del Gran Visir de que la Puerta no hacia aquella expedicion con idea de molestar en manera alguna á los vasallos de la República, sin embargo, las Islas sujetas á los Venecianos, especialmente la del Zanta, concibieron gran temor al ver pasar semejante armamento; pero aun fué mayor la sospecha

cha del Gran Maestre de Malta, quien desde luego se persuadió se dirigia este armamento de los Turcos contra su Isla, cuyo recelo le obligó á despachar embaxadas á diversos Príncipes, pidiéndoles socorro; mas este fué inútil, por haber vuelto el Capitan Pacha á Constantinopla sin hacer la menor tentativa en su tránsito.

Mientras navegaba el Almirante Turco hácia Argel, sucedió otro choque entre los Españoles y Moros en Oran. No habian cesado estos, desde el 19 de Abril, de hacer freqüentes correrías en el territorio de la Plaza, apresando al ganado que pastaba en los contornos de las fortalezas, y echándose sobre las partidas avanzadas, en que siempre quedaban algunos sacrificados á su furor. El dia 10 de Junio se juntaron en mayor número que de costumbre, con el designio de hacer los últimos esfuerzos para apoderarse de la Plaza de Oran, á cuyas inmediaciones se acercaron. Reconociendo vigilante la intencion de los bárbaros el Comandante General, destacó diez Compañías de Granaderos, con buen número de Voluntarios, para que fuesen á oponerse á su empresa, y aun el atacarlos si la ocasion se ofrecia propicia. Mandó igualmente, que otro destacamento de Granaderos y Dragones executase lo mismo por otro lado. Lo demas de la Infantería Española tomó al propio tiempo las armas; pero sin llevar banderas, y se formó en dos líneas, cuya derecha apoyaba al fuerte de San Fernando.

Tomadas todas las medidas que parecieron conducentes á los designios del Marques de Villadarias, y presentándose favorable el ataque, se dió la

señal para acometer, que fué el disparo de un cañonazo del castillo de San Felipe. Los Granaderos y Voluntarios, que se hallaban los mas cercanos á los bárbaros, diéron principio á la accion con una descárga cerrada y no infructuosa, pues retrocediéron los Moros hasta una pequeña elevacion que tenian á espaldas. En este parage fuéron atacados de nuevo por toda la tropa Española, cogiéndolos de frente y costados, á cuyo esfuerzo cediéron otra vez huyendo hasta la montaña de la Meceta. Los Christianos, siempre en su alcance, se apoderáron de diversas alturas, de donde hacian un fuego continuo, lo que obligó á los infieles á estrecharse, y allí reunidos con indecible presteza, hicieron cara á los Españoles echándose con un furor bárbaro sobre ellos. Esta inopinada resistencia, aunque les costó muchas vidas, motivó á que los Granaderos y Dragones abandonasen varias colinas, de que se habian apoderado, para retirarse hácia el fuerte de San Fernando, despues de haber mantenido con teson, y disputado el terreno por tiempo considerable.

Bien ordenados los infieles contra su regular costumbre, y cerradas sus filas, marcháron en derecha al referido fuerte, lisonjeándose de que se apoderarian de él tanto mas facilmente, quanto discurrían haber causado destrozo grande en los Christianos. La cautela del Comandante General en no dexar á la tropa llevar sus banderas, no pudo ser sino para alucinar á los Moros, los quales no juzgan de la fuerza de sus enemigos mas que por el número de ellas. En esta persuasion se avanzáron intrépidos delante del mencio-

na-

nado castillo, cuya artillería cargada de metralla, y la fusilería de una parte de la tropa que se había retirado á él, causó tanto estrago en ellos, quanto su proximidad y sus filas cerradas diéron lugar á que ningun tiro disparase en vano. Escarmentada la inutilidad de sus esfuerzos, volviéron la espalda con una aceleracion difícil de expresar, y la confusion aumentó el horror de la carnicería, excusando á los Españoles de ir en su alcance. Su pérdida en esta empresa, segun se supo despues, llegó á mas de tres mil hombres, y la de los Christianos cerca de mil, entre muertos y heridos, no obstante el haber sabido los infieles manejar en aquella ocasion con bastante destreza su artillería y fusilería.

De esta accion de los Españoles con los Moros pudo decirse fué la última que causó alguna inquietud á la Plaza de Oran, pues aunque volviéron varias veces delante de ella, sus hazañas se reduxéron á piraterías y á robos, así de hombres como de ganados, dexando en lo demas construir pacíficamente los castillos y otros pequeños fuertes, para la seguridad de esta Plaza. Muchos Moros, cansados del tiránico gobierno de su pais, se pusieron baxo de la proteccion del Rey Católico, y pasáron á avecindarse en esa Ciudad con sus familias y ganados. Se consintió en que tuviesen el libre exercicio de su religion, y se ha reconocido en muchas ocasiones que su Magestad no tenia mejores súbditos: por tanto se han formado algunas Compañías baxo de la denominacion de Moros de paz, con sus Oficiales, que sirven útilmente y con la mayor fidelidad, de exploradores

Los Españoles, manteniendo á la Ciudad de Oran abundantemente provista de carnes que van á buscar tierra adentro.

Esta continuada próspera ventaja de las armas Católicas en Africa, no penetró hasta el Palacio de los Reyes en Sevilla, donde sus Magestades y su Real Familia se habian mantenido desde que acompañaron á la Serenísima Infanta de España, Princesa del Brasil, á Badajoz, si se exceptúa la ausencia de algunos cortos viages, como fuéron al puerto de Santa María, Granada y Cazalla; (como queda dicho en el Tomo antecedente) pero siempre restituyéndose á Sevilla, como centro entonces de la Corte, no obstante el mantenerse existentes los Tribunales en Madrid. La muerte del Rey Augusto de Polonia, las prácticas de la Francia, los disgustos de España en ver que la Corte Imperial difería en satisfacerla, la ocasion propicia que se ofrecia en la guerra que se meditaba contra el Cesar para el recobro de los Reynos de Nápoles y de Sicilia; en fin, la propensa inclinacion del Rey de Cerdeña para abrazar siempre el partido mas ventajoso á sus intereses, hicieron juzgar á sus Magestades Católicas ser preciso, en la presente coyuntura, remover su Corte de Sevilla á Madrid, asi para estar mas á mano en la ocurrencia de los negocios, como para facilitar el despacho de ellos.

Más de un año habia que el Rey Católico se mantenía encerrado en su Palacio del Alcazar de Sevilla, haciendo de la noche dia, y dia de la noche, pareciendo haber abandonado totalmente las cosas del mundo; pues á excepcion de un corto

número de sus familiares, y del Embaxador de Francia, era inaccesible á los demas. Vivía este gran Príncipe en este retiro con el mayor desaliño, entregado á la virtud, que siempre profesó con no vulgar exemplar. La Reyna, que le acompañaba, era quien despachaba todos los negocios, cuya cuenta le daba Don Joseph Patiño, entónces primero y único Ministro: el infatigable zelo de este grande hombre por todo lo que concernía á los intereses de sus Magestades Católicas, juntamente con ciertas representaciones lisonjeras, hicieron tanta impresion en el ánimo del Rey, que finalmente este Príncipe se determinó á salir de aquel letargo en que le tenia su desapego, sacrificando el género de vida que habia abrazado, y gozaba con tanta dulzura, para restablecer el alivio que su ausencia habia en algun modo desterado de la Capital del Reyno.

Resuelto el viage, quatro ó cinco dias ántes de executarse, se efectuó el 16 de Mayo para el Real Sitio de Aranjuez, á donde llegaron sus Magestades el 12 del siguiente mes. Allí se renovaron las conferencias que dicho viage habia interrumpido. Los correos de Alemania, Francia é Inglaterra fuéron freqüentes en la Corte; pero sus despachos no tenían con que satisfacerla. Los primeros dexaban mucho que desear. La Inglaterra como mediadora, ó á lo menos la que parecia interesarse mas en la pacificacion de la Europa, encontraba invencibles dificultades en conciliar las ideas opuestas que la muerte repentina del Rey de Polonia habia ocasionado. La Reyna Católica hubiera deseado hacer recayese esta Corona en las sie-

sienes del Serenísimó Infante Don Carlos su hijo; y aun envió poderes al Padré Araceli, Teatino, con amplias instrucciones para este fin; pero la viveza con que procedia en el mismo empeño el Christianísimo para el Rey Estanislao su suegro, hizo entender á esta Princesa Don Joseph Patiño, el que desistiese de aquella pretension, respecto de las oposiciones que hallaria, no solo por parte del Frances, sino tambien por la del Emperador, quien no consintiendo á la eleccion del Rey Estanislao por su estrecho parentesco con el Christianísimo, segun lo habia declarado ya públicamente, ménos consentiria en la del Señor Infante Don Carlos: que en la coyuntura presente se podia aprovechar de dicha eleccion para el recobro de los Reynos de Nápoles y Sicilia, uniendo las fuerzas de España á las de Francia; que esta Potencia lo solicitaba con ardor, y que se podia quasi asegurar tendrian feliz suceso las armas del Rey; y sin mucho estipendio, prolongando el ajuste con la Corte Imperial de Viena, hasta que la Francia diese principio á las hostilidades en el Rhin, para mejor comprehender á los Estados de Italia, donde no habia tropas, ni pensaba el Cesar en enviarlas, con motivo de la aparente seguridad en que vivia con la Corte de Turin.

Este dictámen de Don Joseph Patiño, conciliándose perfectamente con las ideas de la Reyna, y aun del Rey Felipe, que querian de todos modos la colocacion del Infante sin dependencia alguna, ademas de su natural inclinacion y afecto inseparable con la Francia, fué tan bien admitido, que ya no se trató mas que en la execucion del proyecto

del Ministro. Tuvo este varias conferencias sobre el asunto con el Embaxador de Francia Conde de Rottembourg, cuyos influxos no alimentaban pocas las favorables esperanzas que se habian concebido en la Corte de España: de manera que con las proposiciones y ventajas que ofrecia el Cardenal de Fleury no le fué difícil al Purpurado el inclinarse á esta Corona á tomar venganza de los ultrages que creia haber padecido, haciendo causa en los que la Francia pretendia igualmente recibir con las disposiciones y declaraciones del Cesar para excluir del Trono de Polonia al suegro de su Magestad Christianísima.

Lo cierto es que todo concurría para el feliz éxito de los designios de Don Joseph Patiño: guardaban las principales Plazas de Toscana Españolas naturales, que facilitaban la entrada á Italia segura y sin estorbo. Los repetidos asaltos de los infieles á la Plaza de Oran, tenia puesto á la Corte de España en la obligacion de mantenerse armada, y aun á aumentar sus fuerzas, sin que diese prudente motivo de zelos á la Casa de Austria, que proseguía con sobrada lentitud en las negociaciones con esta Corona. En esta confianza estaba el Emperador, á lo ménos no mostró inquietud acerca de los preparativos de guerra que se hacian en España; no creyendo aquel Monarca que esta emprendiese algo contra la quietud de Italia, mayormente quando á su parecer vivia en la mejor union con el Rey de Cerdeña, á quien acababa de conceder la extracción de todo género de granos del Estado de Milan, con el pretexto de que el Piemonte carecia de ellos.

Tratando el Duque de Ripperdá con la Corte Imperial de la paz que concluyó con España, habia creído el Cesar que en corroborando el artículo V de la Quadruple-alianza, se aseguraba un dominio pacífico en Italia, como tambien considerables ventajas al comercio de sus súbditos; pero este Ministro engañándose á sí mismo, y abusando de la confianza de los Reyes Católicos, alucinó sin pensarlo á la Corte de Viena. La union tan estrecha que formó no podia ser permanente, y no se tardó en percibir las vanas esperanzas que diéron lugar á ella: por lo mismo se fué disminuyendo poco á poco, hasta que restablecida la buena correspondencia con Francia é Inglaterra, acabó la España de separarse totalmente del Emperador por el Tratado que se firmó con aquellas dos Potencias en Sevilla el año de 1729.

Derogando en este al artículo V de la Quadruple-alianza, como ya se habia derogado por el Tratado de Madrid hecho con las referidas Potencias en el año de 1721, permutando las guarniciones Suizas, que debian presidir las Plazas de Toscana, Parma y Plasencia, en tropas Españolas, quedó establecido la inmediata introduccion de estas en las referidas Plazas, como asimismo la del Serenísimo Infante en sus Estados, haciéndose garantas las partes contratantes de su execucion. Este fué el efecto que produjo el Tratado de Viena. Asegurada la entrada á la Italia, siempre quedaba aquella puerta abierta á los proyectos de España, que se hubieran inutilizado en esta coyuntura, si los Suizos (tropas neutrales), ó por decirlo mejor, si dicho Tratado de Viena no hubie-

se dado lugar al de Sevilla, sembrando la desconfianza entre los dos Monarcas. El Cesar bien lo percibía, y por mas que levantó el grito contra la infraccion del Tratado de la Quadruple-alianza, é interesar al Imperio contra esta mutacion, que no anunciaba cosa buena para lo futuro; sin embargo, como se veía este Príncipe sin mas aliados, y su objeto, siendo el reconciliarse con las Potencias Marítimas, hizo depender su consentimiento en esta accesion, que solicitaban estos Potentados de la garantía de la Pragmática-Sancion, como tambien de los demas Estados que su Magestad Imperial poseia en Italia, á que concurriéron gustosas las expresadas Potencias Marítimas, poniendo fin de una vez á tanta negociacion como habia originado la colocacion del Señor Infante Don Carlos, y fixando el estado incierto de la Europa desde tanto tiempo.

Pero en vano se lisonjea el hombre de establecer cosa alguna permanente, porque siendo todo sujeto á las vicisitudes, por mas que le parezca haber alcanzado el fin de sus desvelos, la divina Providencia suele permitir por sus ocultos juicios se desvanezcan. Esta pequeña digresion hemos hecho para que se vea que no se deben imputar las turbulencias actuales, sino al Tratado de Viena (obra del Duque de Ripperdá), el qual despues dió lugar al de Sevilla: esto es por lo que mira á la España. En quanto á la Francia, sin duda era de su honor el que el Rey Estanislao volviese al Trono de Polonia; y el Ministro estaba prevenido de antemano para conseguir el intento.

Unida de interes esta Potencia con las de España-

paña y Cerdeña, se trató en el modo de hacer la guerra al Emperador. El Marques de Castelar, Ministro extraordinario en Francia, estuvo encargado de arreglar y formar el plan de las próximas operaciones, y se convino con el Ministerio de Francia en que dando principio las armas de España por la conquista de los Reynos de Nápoles y de Sicilia, después de efectuada, uniría esta Corona sus fuerzas con las de Francia y Cerdeña en Lombardía, á fin de que obrando de comun acuerdo pudiesen echar de Italia á los Alemanes, mientras los Franceses llamaban toda su atención en el Rin: que su Magestad Christianísima no pretendia conservar cosa alguna de sus conquistas; que los Reynos de Nápoles y Sicilia quedarian incorporados por siempre á España, y el Estado de Milan al Rey de Cerdeña. Ve ahí los preliminares de esta grande Alianza consistentes en tres artículos. Este Príncipe, que acababa de coligarse estrechamente con la Francia para desvanecer qualquiera sospecha en Viena, mandó á su Ministro en aquella Corte pidiese formalmente la investidura de los feudos que su Magestad Sarda posee en Italia, ya vencidas las dificultades que le habian retardado hasta entónces; pero habiendo sobrevenido un incidente en el ceremonial que se debia observar con el Marques de Solari, su Embaxador, no obstante haberle dado los Ministros Imperiales satisfaccion plena del pretendido desacato, le mandó este Príncipe se restituyese á Turin, sin despedirse del Emperador, ni ménos de sus Ministros.

Las Potencias Marítimas, que no tenian interes
al-

alguno en la eleccion de un Rey de Polonia, no miráron sin embargo con indiferencia lo que iba tramándose, porque preveian las conseqüencias que podian resultar de la contrariedad de intenciones de ámbas Cortes de Viena y Versailles. Temerosas pues de que la guerra se introduxese en los Países que podian interesarlas, y por consiguiente las empeñase en ella, como tambien de que corriese riesgo el importante y sobradamente cacareado equilibrio del poder en Europa, concertáron entre ellas las medidas para apartar la guerra de los Países Bajos, y aun para prevenirla si fuese posible. El César ya habia requerido á una y otra Potencia, á fin de que aprontasen los socorros estipulados en el Tratado de la Cuadruple-alianza, y posteriormente en el de Viena. La Inglaterra dió desde luego buenas esperanzas, mandando armar sus Esquadras; pero los Estados Generales halláron modo de eximirse, diciendo al Conde de Sintzendorff, Ministro del Emperador en la Haya, que no habiéndoles su Magestad Imperial comunicado los empeños que habia contraido de poco tiempo á esta parte con otras Potencias interesadas en la eleccion de un Rey de Polonia, y no teniendo sus Alti-Potencias derecho ni obligacion de ingerirse en ella, el partido que podian tomar en la presente coyuntura era el de una exácta neutralidad; que sin embargo, su Magestad Imperial podia estar seguro de que los Estados Generales exáminarian las alianzas que subsistian con este Príncipe, y que en conseqüencia tomarian de acuerdo con el Rey de Inglaterra las medidas mas eficaces para probar al Emperador

dor la fidelidad con que obraban en sus empeños.

Esta respuesta de los Estados Generales á las instancias de la Corte de Viena, fué como el preludio de la Convencion ó Acto de neutralidad, que firmáron con la Francia el dia 24 de Noviembre, en que se estipuló que los Países Baxos Austríacos, que sirven de barrera á la República de Holanda, no serian molestados ni atacados con motivo de la guerra que aparentemente ocasionarian los negocios de Polonia; bien entendido que sus Altas Potencias no tomarian parte alguna en ellos, ni en sus resultados, ni en sus consecuencias, con tal, sin embargo, que no fuesen en perjuicio de las alianzas que tenían con el Emperador; como asimismo con la Francia, y á las cuales no pretendian derogar. Esta Convencion con el Rey Cristianísimo, en la qual intervino la Gobernadora de los Países Baxos, con consentimiento del Emperador su hermano, ya que este Príncipe no pudo impedir tuviese efecto, aseguró la preciosa barrera de sus Altas Potencias; pero no por esto dexáron de trabajar con calor, de acuerdo con su Magestad Británica, por los intereses de la Corte de Viena, estableciendo en la Haya el pósito de las conferencias para una mediacion que diese lugar á un Congreso general, como se verá en adelante.

Mientras las Potencias Marítimas se conducian con tanta moderacion, los Polacos procedian con bastante inquietud en las deliberaciones de sus Juntas; y para cortar la animosidad que reynaba entre los principales de sus Magnates, el Primado publicó, los Universales para la convocacion de

la Dieta de Eleccion, cuya pieza enérgica no se dirigia ménos que á desarraygar el espíritu de parcialidad; pero en vano: la proximidad de los Moscovitas á la Polonia, alteró los ánimos de tal modo, que muchos Palatinos, separándose de sus Colegas, se retiraron del campo de eleccion á la otra parte de la Vístula, protestando contra la violencia que pretendian se les hacia de la libertad de sus votos.

Las cosas se hallaban en este estado quando el General Lascy, Comandante en Xefe de las tropas Moscovitas, publicó un Manifiesto en que decia substancialmente, que el Ejército Rusiano, entrando en Polonia por orden de la Czarina su ama, no era para otro fin, sino el mantener la libertad de los derechos y constituciones de la República, las quales se habian derribado enteramente en la última Dieta de convocacion con inauditas violencias y amenazas: que garante su Magestad Czarina de mantener la República en sus derechos y libertades, en conformidad de los Tratados solemnes que subsistian entre la Rusia y la Polonia, y confirmados por todos los Estados de la Nación, enviaba un Ejército á instancias de la mayor parte de los fieles patricios, para proteger la libertad de los votos en la próxima eleccion: que las tropas Moscovitas no estarian á cargo de los vasallos de la República; y que bien lejos de cometer el menor desorden, pagarian de contado quanto se les subministrase.

La resulta de las deliberaciones de la Dieta, sobre una declaracion tan improvisa por parte de la Corte de Petersburgo, fué el publicar en

Var-

Varsovia una especie de protesta en forma de Manifiesto, que cada uno de los Electores aprobó con juramento contra todos aquellos que habían llamado á estas tropas extranjeras en la patria, decretándose que sus bienes y los de sus sucesores serian confiscados, sus casas arrasadas en señal perpetua de su traycion, que no les concederia armisticio, y que jamas podrian ser rehabilitados en sus Dignidades, y que sus mugeres quedarian tambien privadas de sus bienes propios y de sus rentas, añadiéndose que si sucediese que un Obispo, General, ó otro qualquiera, por el Manifiesto de General de los Polacos, fuese igualmente privado de su dignidad, autoridad y actividad en las Juntas públicas, y sus rentas confiscadas hasta una decision definitiva acerca de esto; que esta protesta seria firmada en todos sus puntos y cláusulas; y que si alguno de los Obispos, Señadores, Ministros ó miembros de la Nobleza de ambas Naciones Polaca é Irlandesa se negase en firmarla, seria tenido igualmente *ipso facto* por enemigo de la patria.

El mismo dia 4 de Setiembre que se publicó dicha protesta, el Embaxador de Francia presentó al Primado y Senado una declaracion de parte del Rey su amo, diciendo en ella, que habiendo su Magestad Christianísima hecho ver en todos tiempos por sus cuidados y socorros, que nada deseaba tanto como procurar á la Serenísima República de Polonia el gozo entero de su libertad plena; independiente é ilimitada, declaró que no solo prometia mantener eficazmente esta libertad en el punto esencial de la eleccion de un Rey,

sino que no habia omitido paso ni medida alguna , ya fuese empleando sus buenos oficios, ó haciendo armamentos considerables para impedir que la Serenísimá República sea turbada por quien se fuese en su libertad ; pero que si la noble Nación Polaca, ahora congregada, convenia unánime en colocar sobre el Trono de Polonia al Serenísimó Rey Estanislao, así en consideracion de sus virtudes eminentes, como porque este Príncipe es Suegro del Rey Christianísimo, entónces su Magestad prometia mantenerle, no solo con todas las fuerzas que Dios le habia confiado, sino tambien en caso de que las inmediatas Potencias de la República quisiesen atacarla con motivo de esta eleccion, todo el dinero que seria menester para aumentar las tropas de la República ; pero que si despues de la eleccion del Serenísimó Rey Estanislao, las circunvecinas Naciones dexaban en paz á la República, así como lo requería la justicia, y como siendo dueña de sus derechos, con todo en testimonio de su sincero afecto y amistad, el Rey Christianísimo ofrecía al Estado de la Nobleza pagar puntualmente durante dos años, que empezarian á correr desde el mes de Marzo de 1734, las contribuciones regladas en la confederacion de 1717, para la paga del Ejército de la Corona, llamado *Capitacion* en el Reyno de Polonia, y *fumalia* (las chimeneas) en el Gran Ducado de Lithuania, esta declaracion puso el cúmulo á los afectos al Rey Estanislao; pero exâsperó á los indiferentes que no eran susceptibles del oro extranjero.

No habiendo determinado las leyes tiempo fixo

pa-

para el día de la elección, el Primado juzgó por conveniente, con los de su partido, terminarla lo mas pronto que pudiese, y ántes que las tropas Moseovitas se acercasen demasiado del campo de elección; por lo mismo habiéndose recogido los votos el 11 y 12 de Setiembre, con las acostumbradas formalidades, y pareciéndole al Primado la unanimidad de los sufragios comprobados á favor del Rey Estanislao, envió una Diputación á algunos Palatinos, los cuales, como queda dicho, habían retirado del campo de elección al obispo de Cracovia (V. el tomo de Praag), para empeñarse con el mismo Obispo, el Príncipe Wiesznowieski, á volver al campo entre Varsovia y Wola, y reunirse á lo demas de la República; pero ántes del regreso de estos Diputados, instado el Primado de los Palatinos, de su parcialidad, y de la mayor parte de los Senadores, proclamó el 12 á las quatro de la tarde por Rey de Polonia y Gran Duque de Lithuania á Estanislao Leszczirski. Al otro día de esta elección, el Obispo de Cracovia, algunos Palatinos, Castellanos, Senadores y otros Magnates que habían parecido indiferentes acerca de la elección, sentidos de la precipitación del Primado, salieron del campo electoral, y pasaron á Praag en el de los contrarios, los cuales todos al día siguiente en campo raso tuvieron Consejo, en el que aprobaron y firmaron en número de tres mil Caballeros, un Manifiesto contra la elección y proclamacion del Rey Estanislao, protestando contra quantos se habia hecho en ella.

Desde el día 9 de Setiembre ya se hallaba este Príncipe en Varsovia de oculto en casa del

Em-

Embaxador de Francia, el Marques de Monti, á donde pasaron el Primado, muchos Senadores y Nuncios, para cumplimentarle, recelándose en Francia de que los Ingleses, que á la sazón daban muestras de hacer grandes armamentos, no se opusiesen al paso de la Esquadra de Brest, que debia conducir al Rey Estanislao á Polonia: de resulta de una grande conferencia, mandó su Magestad Christianísima, que el Comendador de Thiange, de la misma edad que aquel Príncipe, muy parecido, con sus insignias, y aun sus mismos vestidos, se embarcase á bordo de la referida Esquadra, observándose con él los propios honores, como si fuese el verdadero Estanislao: de manera, que á excepcion del Marques de la Lucerne, y el Caballero de Luines, que eran del secreto, nadie dudó estuviese este Príncipe abordo de la Flota. Mientras figuraba el Señor de Tiange, recibiendo en todas partes los debidos honores á la dignidad Real, se dispuso que el Rey Estanislao emprendiese el camino á Polonia por tierra, llevando en su compañía al Caballero Dandelot, quien sabia la lengua Polaca y otras diversas con perfeccion. Disfrazados y con nombres fingidos de comerciantes, haciendo el Rey de factor al Caballero Dandelot, dirigieron su camino por la Lorena á Strasbourg, de allí á Francfort y Berlin, habiendo llegado el 9 á Varsovia, precisamente al tiempo en que su presencia era mas necesaria, y tres dias ántes de su eleccion.

No entraremos aquí en la relacion de lo que ocurrió entre los dos partidos opuestos; ni tampoco referiremos, porque no es de nuestro asunto,

to, la fuga de los contrarios al Rey Estanislao, perseguidos por las tropas de la Corona, ni el sitio del Palacio de Saxonia en Varsovia, ni la ridícula capitulacion que se hizo en él, ni las quejas de los Ministros de Rusia y Saxonia por lo que mira al derecho de las Gentes violado en esta ocasion. Basta decir que los contrarios, apoyados por los Moscovitas, fingieron al principio de Octubre tomar el camino del campo de eleccion cerca de Wola; pero habiéndose detenido en el camino, formaron allí un campo cerrado en el que se eligió al Rey de Polonia. El Conde de Lipski, Obispo de Cracovia, y Vice-Chanciller de la Corona, fué encargado de hacer las funciones de Primado, y el dia 5 de Octubre, víspera del dia fixado por los Universidades para terminar la Dieta de eleccion, habiendo el Obispo Vice-Primado recogido los votos que se hallaron unánimes; proclamó á Federico Augusto III Rey de Polonia, y Gran Duque de Lithuania.

De esta duplicada eleccion nació todo género de desgracias, que arruinaron la Polonia y parte del Gran Ducado de Lithuania. Haciéndose el teatro de una guerra civil, entraron Ejércitos Moscovitas y Saxonos, para sostener el partido opuesto al Rey Estanislao; este Príncipe se vió obligado con el Primado y los principales de sus afectos á abandonar á Varsovia, y retirarse á Danzick; y, entre tanto se mostrase la fortuna mas propicia, ordenó una convocacion general para que todos y cada uno tomase las armas en defensa de la patria, para echar de ella al enemi-

go, y destruirle, señalando el parage donde se debían juntar. El Elector de Saxonía no se mantuvo como se puede creer en la inacción, ántes bien opuso Universales á los de su competidor, publicando una amistad general para todos aquellos que habían seguido el partido contrario. Requirió igualmente á los pueblos proveyesen á la subsistencia del Ejército, que se veía precisado á hacer entrar en Polonia para proteger al inocente, y defender al oprimido: que todo lo que se le suministrase sería pagado á un precio razonable, y que bien lejos de ser á cargo de la República, luego que ella fuese pacificada mandaría retirar sus tropas del Reyno.

La estación ya adelantada no permitió á este Príncipe el pasar á Polonia para hacerse coronar, ni tampoco á las tropas Moscovitas obrar hostilmente: contentáronse estas de apoderarse de Varsovia, dar cuarteles de acantonamiento á sus tropas, y arreglar las contribuciones. En Dantzick, se diéron las mas acertadas providencias para poner á esta Plaza en buen estado de defensa, se levantáron varios Regimientos, á uno de los quales dió su nombre el Embaxador de Francia Marques de Monti, y los Condes de Potoki y Tarlo recorriéron el pais, quemando y talando todo con el pretexto de quitar las subsistencias á sus enemigos; así feneció el año en Polonia.

Sabida en Francia la eleccion del Elector de Saxonía, que se esperaba para dar principio á las operaciones de la campaña, mandó el Christianísimo al Duque de Berwick, pasase el Rhin sin dilacion, y la abriese por el sitio del fuerte de Keel.

En

En consecuencia se construyó un puente de barcas enfrente de la Ciudadela de Strasbourg, y se dió orden al Teniente General Marques de Dreux y Oficiales correspondientes, para que con veinte Compañías de Granaderos y dos mil Fusileros pasasen este rio en barcas, mientras todo el Ejército se dispuso á seguir este destacamento, que lo efectuó el dia 13 de Octubre sobre el puente que se habia concluido. El Mariscal de Berwick pasó el siguiente dia al amanecer con los Comisarios Comisario Comde de Eu y varios otros, y quedó embes-
tido a las once de la mañana.

Mandaba en esta Plaza el General Pfuhl, uno de los mayores Oficiales del Imperio: mucho tiempo antes que se pensase en atacar habia hecho este General las mas fuertes representaciones á la Dieta de Ratisbona, á fin de que se diesen las disposiciones correspondientes para reparar esta fortaleza, que las aguas del Rhin minaban cada dia; pero ya sea porque no se le diese crédito, ó reposase el cuerpo Germánico sobre el pacífico genio del Cardenal de Fleury, sus representaciones fueron desatendidas, y la Plaza, quasi indefensa, se vió acometida por un Ejército de quarenta mil hombres. No obstante duró el sitio ocho dias, y hubiera durado mucho mas, á no haberse cometido un yerro que merecia el mayor castigo: este fué trocar un gran número de balas destinadas para el calibre del cañon de Brisach, con las que debían servir para el del fuerte de Keel, á donde se traxeron, y no pudieron servir.

La bella defensa del General Pfuhl fué alaba-

bada de todos, y mereció los mayores elogios de sus enemigos: en consideracion á ella el Mariscal Duque de Berwich le regaló dos piezas de cañon ademas de las dos concedidas en la capitulacion, que fué de las mas honrosas. Salió la guarnicion con sus armas, bagages, y doce tiros para cada soldado, y fué escoltada hasta Ettlingen; desde donde dirigió su camino á Ulma.

Los Franceses no dexáron de perder bastante gente en este sitio, y segun la regulacion que se hizo pasáron de tres mil hombres. Despues de esta primera expedicion, que aseguraba á la Francia una puerta en la Alemania, el Exército se separó volviendo la una parte á repasar el Rhin, habiendo antes restablecido las líneas de Stolhoffen, y tirado otra guarnecida con reductos desde Keel hasta el fuerte Luis, para mantener la comunicacion, y reparado el puente de esta fortaleza, como tambien el de Hunningue, á fin de facilitarse el paso del rio en varios parages en caso de necesidad. Así puso fin la Francia á sus operaciones en el Rhin, que podian haber sido mas gloriosas, no obstante lo adelantado de la estacion; pero como su Magestad atacando al Emperador, no pretendia romper con el Imperio, le pareció usar de moderacion acerca de este cuerpo, y no causarle zelos. Por lo mismo hizo declarar á los Electores y Príncipes, que su intencion no era retroceder sus fronteras, y que si se habia apoderado del fuerte de Keel, no habia sido sino para asegurarse el paso del Rhin, á fin de tomar venganza de los agravios que habia recibido del Cesar en la persona del Rey Estanislao.

Esta declaracion era plausible, y produjo buenos efectos, especialmente en las Cortes de los Electores de Colonia, Baviera y Palatino; pero los Ministros Imperiales la hicieron inútil en la Dieta de Ratisbona, manifestando las ideas de la Francia y las peligrosas consecuencias que podian seguirse del atentado cometido contra el Imperio en la infraccion del Tratado de Baden, y no ménos de las instancias del Embaxador de Francia en Constantinopla: de manera, que el Cuerpo Germánico dispuso hacer causa comun con el Xefe en esta guerra; mas no tomó esta determinacion hasta el año siguiente, como se verá en su lugar.

Entretanto proseguia otro Ejército Frances, en número de quarenta mil hombres, su camino por el Delfinado hácia los Alpes para juntarse con el del Rey de Cerdeña, cuya union se hizo entre Turin y Verceli. Las tropas de este Príncipe llegaban á diez y ocho ó veinte mil hombres; y su Magestad debia mandar en Xefe las tropas de ambas Coronas, mediante un subsidio de cien mil doblones, que la España se obligó á pagarle. El Tratado que concluyó en consecuencia con el Christianísimo fué tan secreto, que ninguno de los Ministros extrangeros, ni aun el del Cesar, que tanto interes tenia en descubrir la trama, fuéron sabidores de cosa alguna, hasta que la Corte de Turin se los notificó. Todos los correos que recibia el Embaxador de Francia, Conde de Vaulgrenant, se detenian á tres y quatro postas distantes de Turin, y con sus despachos entraban disfrazados de paysanos en esa Ciudad. El de Alemania, Conde Filipi, trataba regularmente con los

Ministros Sardos acerca de las investiduras que el Rey Carlos Manuel debia recibir del Emperador, y se mantenia con afectada aceptacion en la Corte de Turin, mientras el Conde de Vaulgrenant á deshoras de la noche tenia secretas conferencias con su Magestad, sin íntervenir en ellas ni aún sus mismos Ministros, para mas bien deslumbrar al del Emperador, á quien la voz pública atribuia las negociaciones en que se ocupaba el de Francia, que vivia retirado de Palacio, segun aparentaba su circunspeccion.

Preténdese que el Conde de Daun, Gobernador General del Milanes, y en otro tiempo glorioso defensor de Turin (en 1704) sospechó de lo que se tramaba en aquella Corte contra los intereses del Emperador su amo, por lo que llamó al Caballero Castelli, Ministro del Rey de Cerdeña, á quien hizo cargo de su fundada opinion; pero protestando este no estar informado de cosa alguna, el Gobernador despachó al Conde Peralongo á Turin, para saber de su Magestad Sarda si dexaba de vivir en buena amistad con el Emperador; y aunque este Caballero no pudo penetrar del todo la verdad, sin embargo los avisos que dió no dexaron duda de los designios de la Corte de Turin contra los Estados de su Magestad Imperial. En consecuencia, el Conde de Daun expidió un correo á Viena, solicitando pronto socorros, y entretanto proveyó á la defensa de su gobierno, especialmente á la de la Ciudad de Milan. Las Plazas de Novara, Picigli-ton y Tortona fuéron abastecidas de todo lo necesario. Se aumentó la guarnicion de Mantua con las

las tropas que estaban en el Ducado de la Mirándula, y se resolvió á abandonar todas las Plazas que no podian hacer una larga resistencia, para emplear cerca de doce mil hombres (únicas fuerzas que tenia) á la defensa de las principales, hasta el arribo del socorro, que esperaba incesantemente de Alemania, baxo las órdenes del Conde de Merci, que debia mandar el Ejército Imperial en este pais.

Tomadas todas estas medidas con bastante precipitacion, se retiró el Conde de Daun á Mantua, desde donde, pocos dias despues, fué llamado á Viena, dexando el mando de las tropas al Príncipe de Wirtemberg y al General Vactendonk. Habiendo llegado el Rey delante de Vigevano (el 24 de Octubre), que ya se hallaba embestido, esta Plaza se entregó por capitulacion, y de allí se encaminó su Magestad á Milan, cuyas llaves llevaron los Diputados á este Príncipe, luego que supieron habia pasado el Ticino, en conformidad de un privilegio antiguo de entregarse al primer Ejército que pasa este rio. Ya habia tomado posesion de la Ciudad de Pavía, y los Generales de Peruza y Corail habian pasado con tropas para embestir las de Novara y Tortona.

El objeto de su Magestad Sarda pasando el Ticino era el apoderarse de la Ciudadela de Milan, y aprovecharse de la consternacion de los Alemanes. En consecuencia, dió orden al Señor de Coigni, Teniente General Francés, para que con diez mil hombres de Gali-Sardos formase el bloqueo de esta fortaleza. El Marques Visconti, que mandaba en ella, y estaba provista de todo lo necesario pa-

ra sostener un dilatado sitio, pareció dispuesto á defenderse bien, pues luego que vió asomar á los enemigos mandó disparar sobre el arrabal de los Hortelanos, con designio de arruinarle, é impedir á las tropas aliadas plantar en él sus baterías. Avisado el Rey por el Señor de Coigni, envió un trompeta á notificar al Marques Visconti á que hubiese de hacer cesar el fuego de su artillería, con amenaza de no dar quartel á la guarnicion si mandaba disparar mas sobre ningun parage que perteneciese á la Ciudad.

Mientras se daban las disposiciones necesarias para hacer el sitio de esta fortaleza, destacó el Rey al Duque de Harcourt con un grueso destacamento de Infantería y Caballería, para que fuese á tomar posesion de las Ciudades de Lodi y Cremona, que los Alemanes habian abandonado, á excepcion del castillo de esta última, que quedó presidiado; pero sin esperanza de socorro, á lo ménos de mucho tiempo, despues de un dilatado bloqueo fué tomado por asalto. Favorable la fortuna pasó el Rey á Picigliton con ánimo de hacer el sitio de esta Plaza, á la qual se mira como al baluarte del Milanesado; y creyendo que su presencia le facilitaria mas pronta su rendicion, llegando delante de ella, envió un trompeta al Comandante de la Gerra d'Ada que sirve de Ciudadela á esta Plaza, diciéndole que si queria ganar de su Magestad la benevolencia, habia de entregar la Plaza antes de que llegase la artillería, supuesto que se veria obligado á rendirla por fuerza. El Oficial Comandante, llamado Lurngston, Irlandes de nacion, irritado de semejante mensage, dió por res-
pues-

puesta al trompeta, que merecia la horca en premio de su osadía, por haberse encargado de esta comision, y que dixese al Rey su amo podia venir con la artillería quando gustase, que él no faltaria á su obligacion.

Entonces llegó de Paris en posta al Exército el Mariscal Duque de Villars, cargado de años, pero con el valor y ánimo que siempre le acompañó. De resultá de un Consejo que se tuvo en su presencia fué resuelto el sitio de la Gerra d'Adda, cuyo Comandante se defendió valerosamente; mas sin esperanza de socorro, se vió con efecto obligado á rendirla despues de diez dias de trinchera abierta. Quedaba Pizighiton aún ilesa; su Gobernador el Príncipe Lobkavitz convino en una suspension de dos dias con los Generales Gali-Sardos, para poder consultar al de Wirtemberg, que se hallaba en Mantua, porque no era prudencia aventurar la poca tropa que tenia sin estar seguro de un pronto socorro. Pero sabiéndose que este era imposible, se le concedieron ocho dias de término, durante los quales cesáron los actos de hostilidad, estipulándose que si en este intermedio no fuese socorrido, entregaria la Plaza; de la qual saldria con todos los honores militares para ser conducido á Mantua. Mientras llegaba el plazo, fué destacado el Conde de Broglio con quatro Batallones y quinze Esquadrones, para tomar posesion de Sabioneta y Borzolo, ámbas Plazas fortificadas, y la primera con Ciudadela; pero abandonadas de dos Imperiales. Sometida Pizighiton á las armas de los Aliados, dispuso el Rey de Cerdeña con el Mariscal de

Villers apoderarse del castillo de Milan antes de fenecer el año, fiado en que esta fortaleza llenaria su objeto, y le colmaria de triunfos. Prevenido todo para dar principio al sitio, se efectuó la noche del 15 al 16 de Diciembre. Se emplearon en él treinta y quatro Batallones y catorce Esquadrones. El fuego de los sitiados no fué nada violento aquella noche; pero al amanecer del dia, favorecidos de una niebla que se levantó, lo doblaron haciendo una horrorosa carnicería en sus enemigos, los quales sin embargo, adelantaron mucho sus aproches, alentados de la presencia del Rey, que se mantuvo por tiempo de quatro horas en la trinchera.

Queriendo su Magestad conservar la Ciudad, mirándola como propia; en virtud de la cesion por su Tratado con Francia, formó el desigño de atacarla por el campo, mandando construir una batería de quarenta cañones, y otra de doce morteros, cuyo fuego excesivo incomodó en extremo á la guarnicion. El Marques Visconti, Gobernador, nada omitió de quanto podia contribuir á hacer la mas vigorosa defensa; pero no le asistia su guarnicion: las centinelas se desertaban, y se vió obligado á hacerlas encadenar en sus puestos, mandando ahorcar á los que se cogian en el delito. En fin si los pocos fieles se defendian con valor, no eran atacados con menos ardor por los sitiadores, que avanzáron tanto sus trabajos, que el dia 24 se halláron alojados en la estacada del camino cubierto. El dia 27 batiéron en brecha, y arruináron enteramente una media luna, y el 28 executáron lo mismo con los dos baluartes colaterales, ha-

cien-

ciendo la cuenta de llevarse por asalto el casti-
llo en el término de tres dias: lo que probable-
mente hubiera sucedido, á no haber el Gobernador
tocado la llamada el 29 á las dos de la tarde.
Arreglada y firmada la capitulacion el dia si-
guiente, la guarnicion en número de dos mil hom-
bres salió con todos los honores de la guerra, y
fue escoltada por un destacamento de los Aliados
hasta Mantua, cuya Plaza se llenaba de tropas
con las tristes reliquias de las que habian presi-
dido el poderoso Estado de Milan: fruto del
descuido y de sobrada confianza del Ministerio de
Viena, el qual por atender á los negocios agenos,
abandonó los propios. Las Musas en Francia, como
en Turin, hicieron resonar bien alto su lira, acer-
cándose tan gloriosa campaña; y los Historiadores
de ambas Naciones no tuvieron poco en que exer-
citar su pluma. Lo cierto es que la Historia de los
pasados siglos no produce exemplo de que con tan-
ta rapidéz se hayan hecho semejantes conquistas
en el corto espacio de dos meses; pero si se atien-
de á las circunstancias y al total abandono de aquel
país, el mas apasionado reconocerá que nada era
extraordinario; y que el triunfo pierde mucho de
su valor: y es así; pues qué oposicion encontrá-
ron los Aliados en sus empresas? ninguna. Desti-
tuido de viveres el Estado de Milan por haberle
agorado el Rey de Cerdeña en la extraccion de
trescientos mil sacos de granos, presidiando las prin-
cipales Plazas guarniciones endebles, sin esperan-
za de pronto socorro; y atacadas por un Ejército
de más de sesenta mil hombres, mandado por un
Monarca guerrero y un General hábil, ¿qué de-
fen-

fensa podia hacer una tropa quasi desamparada, sino aquella mas justa á su honor y para no perderse, dilatando tal qual la defensa, hasta que la fortuna mas propicia restableciese la calma en la Corte Imperial, que la súbita invasion del Milanés habia alterado no poco?

Afligidísimo el ánimo de su Magestad Cesárea en verse asaltado con tanta furia, y quando ménos lo pensaba, se aplicó en recoger con la mayor brevedad toda la gente y dinero que le fué posible para oponerse á sus enemigos. Aunque tenia este Príncipe suficientes indicios por los grandes armamentos que se hacian en España desde principios de este año, no creia sin embargo que llegase el caso de que esta Corte tomase parte en la guerra que le hacian ambos Reyes de Francia y Cerdeña, mayormente quando á la sazón el Duque de Liria, Embaxador de España en Viena, en consecuencia de sus órdenes, estaba tratando de una nueva negociacion, relativa á las quejas de la Corte de Madrid por mediacion de la Inglaterra, y estaba en términos de finalizarse; pero el Duque de Liria, fingiendo negocios, la suspendió, y se retiró á Italia, dexando á su Secretario (Carpinter) en Viena, con el presupuesto de atender á la conservacion de los Estados del Señor Infante, que se hallaban rodeados de Gali-Sardos.

El velo con que pretendia este Ministro encubrir el misterio, duró poco, y no se tardó en saber la órden que habia recibido el Conde de Montijo de notificar á la Corte de Londres el Tratado de Alianza, concluido y firmado en el Escorial á 25 de Octubre, entre el Rey su amo y el de Francia, pre-
sen-

sentándola un Manifiesto en que se especificaban las razones que el Rey Felipe tenia para hacer la guerra al Emperador. Dió asimismo el Embaxador gracias al Rey Británico en nombre de su Soberano por sus cuidados, de que sus desvelos no hubiesen producido el efecto deseado; pero que su Magestad debia sentir, no ménos que los Reyes Católicos, el poco aprecio que habían hecho los Ministros Imperiales de la honra de su mediacion, y de la injuria hecha á Príncipes, cuya soberanía no reconoce superior: persuadiéndose sus Magestades Católicas de que satisfecho el Rey Británico del reconocimiento que tenían á sus laudables intenciones y buenos oficios, procuraria mantener mas que nunca una buena é inalterable correspondencia con su Magestad Católica, á fin de que ambas naciones continuasen en experimentar las ventajas mas útiles de un comercio fiel, y no interrumpido, gozando recíprocamente de los efectos mas favorables de la union perfecta y sólida de los dos Monarcas. Efectuado este paso preciso se pensó seriamente en la Corte de Madrid á no dilatar el embarco de las tropas, y todos los Oficiales Generales tuviéron orden de pasar á Barcelona.

Habiéndose nombrado al Duque de Montemar por Capitan General de la expedicion de Italia, el Rey quiso, ántes de su partida, hacer la ceremonia de ponerle, como tambien á Don Joseph Patiño, el Collar del Toyson de Oro, de que les habia hecho mereced el año antecedente con motivo de la conquista de Oran; poco despues, despidiéndose aquel de los Reyes, pasó á Barcelona

para dar las ulteriores disposiciones al embarco de las tropas que se hallaban acantonadas en Cataluña, ya provistas de quanto era necesario para la empresa, no habiéndose escaseado cosa alguna. El Conde de Clavijo con diez y seis navios de línea y varias fragatas mandaba la Armada, que se hizo á la vela á mediado de Noviembre para Liorna, donde se debía juntar toda. El Duque de Montemar tomó su camino por tierra atravesando la Francia hasta Antibo, en cuyo puerto se embarcó en una faluca para Génova. Veinte y cinco Esquadrones de Caballería siguieron el mismo rumbo; habiéndose destinado la Ciudad de Siena, en Toscana, para la junta general del Ejército; á fin de dirigir desde allí sus operaciones contra el Reyno de Nápoles.

En el ínterin se efectuaba la union de las tropas, el Rey Católico nombró al Serenísimo Señor Infante Generalísimo de su Ejército en Italia, permitiéndole disponer de todos los empleos que vacarian en él, desde el mas inferior hasta el de Mariscal de Campo. Como ya habia entrado su Alteza Real en los diez y ocho años de su edad, escribió con ocasion de esto una carta á los Ministros de la Regencia de sus Estados, declarándoles que estando fuera de tutela habia tomado la resolucion de gobernar por sí mismo; y aun estableció una ordenanza, por la qual mandó que sus sucesores en los Ducados de Parma y Plasencia, serian tenidos por mayores en la edad de catorce años. Así se trató al Cesar y al Imperio con esta emancipacion, en desprecio de las leyes y estatutos del Cuerpo Germánico. La Duquesa

viuda Dorotea recibió también un Acto de los Reyes Católicos, que la constituía Regenta de estos Estados durante la ausencia del Señor Infante, con plena facultad de ejercer los derechos de Soberanía en ellos.

Ya había llegado la avanguardia de la Armada Española en Liorna, compuesta de nueve navios de guerra, baxo el mando de Don Manuel de Alderete. Los Duques de Montemar y de Liria, que desde el mes antecedente se hallaban en Parma, concertaron los medios de abrir la campaña, y aprovecharse de la confusión que reynaba en Viena. En consecuencia, se destacó un cuerpo de tropas para que se apoderase de la Mirándula, mientras otro cuerpo de las de Toscana se hizo dueño del Principado de Piombino. Por otra parte, el Duque de Castropiñiano, que acababa de desembarcar en el puerto Especie, se apoderó de los fuertes de Aula y Lavenza, haciendo consentir á la Duquesa viuda de Massa recibiese guarnición Española en el castillo de la Ciudad de este nombre.

Esta guerra ya encendida en tantas partes contra el Emperador, no dexó de poner en grandes embarazos á la Corte de Inglaterra. La de Viena no cesaba de solicitarla para que concurriese con fuerzas poderosas en su socorro, en virtud de los Tratados y garantías tantas veces estipuladas á su favor. El Ministro de Francia, el Señor de Chauvigny, no omitía medio alguno para persuadir á su Magestad Británica la neutralidad. El Conde de Montijo en Londres esforzaba las plausibles razones de los Reyes Católicos en la determinacion

tomada contra el Cesar; y esto dexaba al Ministerio Británico en la mayor perplexidad, porque queria interesar á los Estados Generales en esta guerra; pero habiendo sus Alti-Potencias firmado ya la neutralidad por lo concerniente á los Países Baxos, fué preciso disimular, para no perder las ventajas que la respectiva buena union y correspondencia con España prometió á los vasallos de aquella Corona, cuyo goce no debia al parecer interrumpirse por muchos años.

No obstante, conociendo su Magestad Británica que la nacion entera se inclinaba en favor del Emperador, le pareció de la última importancia convocar á ambas Cámaras en una coyuntura tan delicada, y participarlas con quanto ardor habian emprendido la guerra contra su Magestad Imperial las Coronas de España, Francia y Cerdeña. Esta guerra, dixo, se hace hoy la atencion de la Europa; y aunque no me he empeñado, ni tengo parte en ella hasta ahora, con todo no puedo mirar con indiferencia las conseqüencias que dimanarán de semejante empresa, sostenida de tan poderosa Alianza; que era preciso considerar seriamente lo que con justicia se podia exigir por el honor de su Corona, la reputacion de sus Reynos, y el verdadero interes de sus pueblos; que así esperaba concurririan ambas Cámaras en mantener el decoro de ella, mayormente en tiempo en que se veia en armas á toda la Europa, dándole nuevas pruebas de su zelo.

Lo cierto es que á vista del semblante que tomaban los negocios generales, la prudencia dictaba prevenir con poderosas Flotas los futuros

acon-

acontecimientos: por tanto el Rey Jorge, con los extraordinarios subsidios que le concedió su Parlamento, se dedicó á aumentar la Marina de Inglaterra, y armar á toda priesa, sin dexar no obstante salir sus Esquadras al mar; en que hizo dos beneficios á la casa de Austria: el primero porque la Francia, recelándose de tan grandes armamentos, no se atrevió por esta razon á enviar socorro á Polonia; por lo que la guerra se concluyó en breve en aquel Reyno con la rendicion de Dantzick: el segundo para hacerse respetable, y dar mas peso á su mediacion, en caso de que los negocios se hiciesen mas críticos para el Emperador. Fundado en este principio dexó correr las cosas mirándolas de léjos, mientras el Cesar procuraba justificar la sinrazon de la guerra que los Aliados le hacian. La categórica respuesta que hizo á los motivos que la Francia publicó para hacérsela, no era lisonjera; y á pesar de la protesta de los Electores de Colonia, Baviera y Palatino, que se resistian á tomar parte en esta querrela, el Cuerpo Germánico tomó la resolucion de concurrir en las ideas de su Xefe, declarando no se concederia á ningun Príncipe ó Estado del Imperio neutralidad baxo de qualquier pretexto que fuese.

La España no estuvo mejor tratada que la Francia en el Manifiesto que mandó publicar el Cesar contra esta Potencia, refutando la Memoria que el Conde de Montijo presentó á la Corte de Londres, en que se contenian las razones que el Rey su amo habia tenido para unir sus fuerzas á las de los Aliados contra la Casa de Austria: jus-

ta satisfaccion que se debe á los Potentados , con los quales se quiere tener buena correspondencia, y aun á los pueblos , para estimularlos á que cooperen con su esfuerzo al fin de sus Soberanos. Es así que el Imperio, resentido de la invasion de su territorio , y de sus feudos en Italia , tomó las mas acertadas providencias para repeler la fuerza con la fuerza , y restaurar las conquistas que la buena fe y el descuido arrancáron de su poder. El Rey de Cerdeña publicó tambien los motivos de su determinacion contra el Cesar en un dilatado Manifiesto , en que se epilogaban los agravios que la Serenísimá Casa de Saboya habia recibido de la Corte de Viena desde el principio de este siglo, tomando por época la inexecucion de las cesiones estipuladas en el Tratado de 1703, los considerables gastos hechos en aquellos tiempos para la manutencion de las tropas Imperiales en el Piemonte , de los quales aún no se habia podido obtener satisfaccion ; la cesion forzada del Reyno de Sicilia por el de Cerdeña, y otros muchos cargos á que se agregaba el principal de todos, que era su estrecho parentesco con Francia , y la República de Polonia oprimida ; pero la realidad de su empeño se dirigia á extender los límites de sus Estados , y la ocasion no podia ser mas propicia, habiendo conseguido el fin de su alianza con Francia , en poco mas de dos meses, sujetándose el poderoso Ducado de Milan. El Emperador no juzgó digno de su atencion este Manifiesto , por considerar al Rey de Cerdeña su vasallo y del Imperio: por tanto no respondió á él.

Así se terminó el año con estas ruidosas expe-

pe-

pediciones. Prometianse los coligados mayores progresos el siguiente en Italia; y la Francia se lisonjaba de que los Reyes de Suecia y Dinamarca coadyuvarian, no poco, en sostener y defender la eleccion del Rey Estanislao; pero estas Potencias, aunque les paga anualmente el Christianísimo grandes subsidios para conservarlas en su alianza, nunca se ha visto uniesen sus fuerzas con las de este Príncipe, ni aun en los mayores aprietos en que se ha hallado; por lo que se infiere que la Corona de Francia, para no aumentar el número de sus enemigos, cuida de pagarles su amistad, sin que le resulte otra ventaja mas que la de su neutralidad.

AÑO DE MDCCXXXIV.

Con no ménos estrépito empezó el año que el que acababa de concluirse. En Polonia todo estaba en armas, y la confusion habia llegado á lo sumo: talaban y saqueaban los afectos á Estanislao las casas y haciendas de los del partido contrario, y estos no cometian menores excesos en venganza de los estragos que padecian; de manera, que el Reyno ardía en guerra sin hacerla, concurriendo así sus naturales como los extraños á su total destruccion. El Imperio no estaba mas sosegado, aunque con diverso fin. Reunidos todos los miembros del Cuerpo Germánico para su comun defensa, hicieron extraordinarios esfuerzos,

á

á fin de prevenir á sus enemigos sobre el Rhin, ó á lo ménos impedir sus progresos: cada uno de los Príncipes y Estados juntaba su contingente, debiendo unirse en cuerpo de Ejército todo en Hailbron, Ciudad situada nueve leguas distante del Rhin, en el Ducado de Wirtemberg. En Italia pensaban los Aliados en aprovecharse de sus precedentes conquistas, para poner fin al poder Aleman en aquel pais. Tres Ejércitos debian operar en consecuencia: la España, sujetar primero los Reynos de Nápoles y Sicilia, como queda dicho, mientras los Gali-Sardos, oponiéndose á la entrada de los Imperiales en Lombardía, favorecian este designio, para después con la union de los Españoles echarse sobre Mantua, y allí consumir la grande obra. El Pontífice no miraba con desagrado este proyecto: ya habia reconocido por Rey de Polonia á Estanislao, y consentido en que las tropas Españolas transitasen por el Estado Eclesiástico, nombrando su Santidad Comisarios para que no les faltase cosa alguna en su camino.

Aunque los Venecianos se hallaban cercados de tantos Ejércitos, sin embargo, no mostraron mucha inquietud: su cuidado fué presidir las Plazas fronteras sin dar que sospechar á nadie; y observando una exácta neutralidad, pusieron sus Estados á cubierto de todo insulto: es así que por su profunda política supieron conservarse la amistad de los Coligados, sin dar prudente motivo de quejas al Emperador. No sucedió lo propio con el Duque de Módena; la situacion de su pais, no permitiéndole mantenerse neutral, y no habiendo querido tomar partido alguno en este litigio, en que se

se mostró favorable á los Imperiales el Mariscal Duque de Villars, le obligó á que recibiese en su Capital y en la fortaleza de ella, guarnicion Francesa, no pudiendo eludir la instancia; pero por no padecer el desdoro de verse en sus Estados sometido á una nacion extranjera, este Príncipe se determinó á salir de ellos, retirándose á vivir en Venecia. La Duquesa su muger pasó á Francia, y sus hijos á Bolonia, donde se mantuviéron durante la guerra.

Impaciente el Rey de Cerdeña de sojuzgar lo restante de la Lombardia, ántes que la próxima primavera le inutilizase quizá sus proyectos, dispuso, no obstante lo riguroso de la estacion, hacer el sitio de Novara, cuya trinchera se abrió el 3 de Enero. Esta Plaza, fuerte por su situacion, podia hacer alguna resistencia; pero informada su guarnicion de que todo el Milanés estaba ya sometido, y que no tenia que esperar socorro tan pronto, tomó el partido de entregarse á los Aliados, temerosa de quedar prisionera de guerra. El Teniente General de Coigni, que mandaba el sitio, despues de quatro dias de trinchera abierta, la concedió una capitulacion honrosa, y se retiró á Mantua. Las fortalezas de Lecco, Tezzo y Fuentes tuvieron la misma suerte, con algunas otras de ménos importancia; pero la guarnicion de esta última fué hecha prisionera de guerra por haberse defendido mas de lo justo.

Aun quedaba Tortona y Mantua; ántes de hacer el sitio de esta se resolvió el de aquella, que se hallaba bloqueada desde el principio de la precedente campaña, así para no dexar atrás

una Plaza de esta consecuencia, como por estar dudoso el suceso de la otra. El Marques de Maillevois estuvo encargado de esta empresa, y mudando el bloqueo en sitio, hizo trabajar con tanto ardor á la tropa, que desesperanzado el Gobernador de poder hacer mayor resistencia, tocó la llamada. El Marques de Maillevois no admitió la capitulacion que este pedia, á ménos de entregarse también el Gobernador de la Ciudadela; pero resistiéndose este, la guarnicion de la Plaza se retiró al fuerte. El dia 8 de Febrero se abrió la trinchera delante de él; y despues de haber sostenido siete dias de fuego continuo, se entregó á los Aliados, saliendo los enemigos con los honores de la guerra, para ser conducidos á Mantua en virtud de su capitulacion.

El mismo dia que se rindió Tortona salió el Serenisímo Infante Don Cárlos de Parma para Florencia, en donde, despues de haberse mantenido algún tiempo, pasó á Siena, y de allí á Arezzo para revistar las tropas Españolas, que se componian entónces de veinte y cinco mil hombres. Tomadas todas las medidas conducentes á la conquista del Reyno de Nápoles, se encaminó el Ejército por el Estado Eclesiástico hácia aquel Reyno, que se hallaba en la mayor consternacion. El Cardenal Belluga se dió indecibles movimientos para prevenir las consecuencias que podia acarrear el arribo imprevisto de éstas tropas. Esta Eminencia pasó á Pontemole con el aviso de que habia llegado la primera columna de ellas, encargando mucho á los Oficiales de atender á que el soldado no cometiése el menor insulto á los vasallos

llos de la Iglesia; pero es tan difícil reprimir una tropa, que marcha con la seguridad de no encontrar obstáculos en sus designios, que sus precauciones fueron inútiles. El Gobierno de Roma dió quejas á los Cardenales Aquaviva y Belluga, y este salió por fiador de todo lo que pudiese acaecer.

Dándose por satisfecho el Santo Padre, y para que saliesen los Españoles quanto ántes de los Estados de la Iglesia, se mandaron construir diversos puentes sobre el Tiber; pero la marcha de estas tropas se hacia lenta, porque se sabia que el Marques Visconti, Virey de Nápoles, daba indicio de defender la entrada á este Reyno, haciendo varios destacamentos, no solo para inquietarlas, sino tambien para atacarlas, y habia mandado fortificar á San German, llave del Reyno de Nápoles, y construir unas líneas en sus cercanías, á fin de apostar detras la mas gente que pudiese, y dar batalla al enemigo, si intentase forzarlas. Con efecto algunas tropas Imperiales entraron en el territorio de la Iglesia, y se llevaron las provisiones que se juntaban para los Españoles. El Gobernador de Cipriano fué acusado de inteligencia con los Alemanes, y la Sagrada Consulta mandó arrestarle. Los soldados Españoles, que la proximidad de Roma estimulaba á la desercion, eran presos y conducidos á sus Regimientos, estipulando su perdon; á los enfermos se llevaban á los hospitales de esta grande Ciudad; y los Comisarios arreglaron con su Santidad lo que se habia de pagar por cada uno. Tanta condescendencia hizo gongor á los afectos al Emperador, que

que no podian mirar con indiferencia esta aparente parcialidad; y el Cardenal Cienfuegos manifestó varias veces su displicencia á la Corte de Roma; pero el Papa le respondió, para disculparse con el Cesar su amo, que estaba pronto en hacer por los Imperiales lo que habia hecho hasta entónces por los Españoles.

Esperábase en Roma al Señor Infante; todo estaba ya prevenido para su recepcion; pero como hubo alguna dificultad acerca del ceremonial que se habia de observar con su Alteza, este Príncipe se quedó en Monte Rotondo, tres leguas distante de esta Capital: entre tanto llegaba otro refuerzo de tropas, que venia de España, debiendo desembarcar en las costas del Reyno de Nápoles, para despues acometerle con todas las fuerzas reunidas. El Duque de Liria, que tenia á su mando ocho ó diez mil hombres, y habia de entrar en el Reyno por el Abruzzo para hacer una diversion al enemigo, recibió orden de incorporarse al Ejército, quien con este cuerpo, y el que se esperaba por instantes de España, debia ascender á quarenta mil hombres efectivos, la mitad mas de lo que era necesario para subvertir al dominio Aleman.

Bien lo preveia el Marqués Visconti, Virey; por tanto pensó prudentemente ante todas cosas poner en salvo los archivos y muebles mas preciosos, que envió por mar á Civitavechia: procuró asimismo asegurar el donativo gracioso que debia aprontar la Ciudad de Nápoles en virtud de las órdenes del Emperador; pero esta, ya contaminada á favor del Real Infante, buscó los medios de eludir las instancias que se la hacian.

Sin

Sin embargo esto no impidió al Virey tomar las mas acertadas medidas para defender la entrada del Reyno á los Españoles, mandando se adelantasen dos Regimientos de Caballería é Infantería hácia San German, que se habian sacado de Capua y Gaeta, creyendo que con tres mil hombres que acababan de llegar de Trieste, y dos mil que hacia venir de Sicilia, juntar un cuerpo suficiente para detener los progresos de los Españoles, á lo ménos hasta recibir mayores socorros que se le prometian de Alemania. El General Traun se puso al frente de estas tropas; pero vacilante la fidelidad de los Napolitanos, los cuales siempre codiciosos de mudar de dominio, hizo inútiles todas las medidas del Virey, á que no contribuyó poco la Esquadra del Conde de Clavijo, quien con el desembarco efectuado de las tropas que traia de segundo transporte se dexó ver en las costas de Nápoles, despues de haberse sometido las Islas de Procida, Ischia y Pozzulo, y con esto asegurada la entrada en el puerto de Nápoles.

No pudiendo Visconti contener el alborozo del pueblo Napolitano á vista de la Esquadra Española, y mucho ménos contrarestar un Ejército de quarenta mil hombres, tomó el prudente partido de retirarse hácia la Provincia de Bari, para aguardar en ella de los puertos de Istria los socorros que se le hacian esperar: ántes de tomar esta determinacion abasteció los castillos de Nápoles de todo lo necesario para una dilatada resistencia, como asimismo las Ciudades de Gaeta, Capua, Pescara y algunas otras de ménos importancia.

Mien-

Mientras tomaba el Virey las medidas mas oportunas para la conservacion de las principales fortalezas del Reyno, el Señor Infante salió con el Ejército reunido de Monte Rotondo, habiendo llegado el 25 de Marzo á Frosinone, último Lugar del Estado Eclesiástico, en donde encontró los Diputados de varias Ciudades y Lugares del Reyno de Nápoles, que venian á prestarle la obediencia: vaticinio seguro del anhelo con que deseaban los nuevos vasallos (que iba á conquistar sin armas) la presencia de su dueño; pues aun no habia pisado su Alteza la raya, quando se le mostraron afectos y sumisos. Por tanto mandó este Príncipe publicar un Decreto en nombre del Rey Católico su padre, en que despues de evidenciados sus incontrastables derechos al Reyno, que las circunstancias fatales de una guerra civil habian arrancado de su legítimo dominio, se concedió una armistía y perdon general y particular, comprendiéndose en ello todo género de delitos, sin excepcion alguna, confirmando todos los privilegios del Reyno, y anulando todos los impuestos y cargas que el Gobierno Aleman habia introducido, no obstante aprobando y ratificando las gracias que el mismo Gobierno habia concedido.

Este acertado paso acabó de someter á los mas ásperos al dominio de España. El Duque de Monteleon, que habia levantado en sus Estados un Regimiento para el servicio de los Alemanes, y cierto Don N. Caraffa otro, con que pretendian resistir á las ventajas que les hacia el Señor Infante, no fuéron de los últimos

á deponer las armas; pero no por esto se dexó de hacerles cargo, citándolos en la Corte Católica para dar cuenta de su conducta, como se dirá en su lugar.

Propio todo el Reyno para la recepcion de su Alteza, este Príncipe dispuso inmediatamente satisfacer su deseo, poniéndose en camino para este fin. El dia 27 del referido mes, llegó á Monte-Casino, donde el Abad de esta célebre Abadía le cumplimentó y ofreció guías para acompañarle, haciendo mil demostraciones de júbilo por el arribo de su Alteza, quien prosiguió sin oposicion su camino con el Ejército hasta Aversa, tres leguas distante de Nápoles, en donde descansó. El Duque de Montemar ya habia dado las disposiciones convenientes para forzar las líneas de Mignano junto á San German, mandando que dos mil Granaderos y mil Caballos pasasen por Benafre á tomarles la retaguardia, mientras el Ejército los atacaria por su frente; pero informado el General Español de que el Conde de Traun, por falta de fuerzas suficientes, las habia abandonado, prosiguió su camino sin obstáculo. Halláronse en el campo de los Alemanes doce piezas de artillería clavadas, con muchas municiones de guerra, que se habian ocultado debaxo de tierra, habiéndose retirado el General Traun entre Gaeta y Capua, para echarse en una ú otra de estas dos Plazas, segun apareciese de urgencia.

Noticiosa la Ciudad de Nápoles de haber llegado el Señor Infante á Aversa, el Ayuntamiento y los Diputados de todos los Tribunales vi-

niéron á cumplimentar á su Alteza, llevándole las llaves de la Ciudad, y prestarle juramento de fidelidad. Representaban estos Diputados el Electo del pueblo Duque de Madalona, quien con este motivo hizo una elegantísima arenga á este Príncipe, el qual por primera gracia concedió á la Ciudad el título de Grandeza de primera clase, mandando al Electo del pueblo y á los Diputados de cubrirse en esta qualidad.

Algunos dias despues, que fué el 13 de Abril, el Duque de Montemar entró en Nápoles con seis mil hombres, y ocupó inmediatamente los puestos que habian abandonado los Imperiales, haciendo requerir á los Comandantes de los cinco castillos llamados del Vovo, Nuovo, San Telmo, la torre de San Vincencio, y el toncon de Carmelitanos se entregasen, y que se les concederian los honores militares; pero habiéndolo rehusado, se dispuso el sitio de todos ellos á un tiempo, baxo la conducta del Conde de Charni. Sin esperanza de socorro era preciso que se rindiesen, pues aunque la defensa fué buena y justa, como de hombres que saben su obligacion, no les quedaba otro recurso. El castillo de San Telmo se entregó el 27 de Abril, quedando su guarnicion, que constaba de quatrocientos hombres, prisionera de guerra. Lo mismo sucedió el 30 del propio á la torre de San Vincencio y toncon de Carmelitanos, con trescientos hombres, El del Vovo en 5 de Mayo con ciento y cincuenta; y el último, que era Castil Nuovo, en 17 de Mayo con quatrocientos. Parte de estas tropas sentó plaza en el Ejército Español, y la otra se embarcó á bordo de la Esqua-

quadra para ser trasportada á España. Sojuzgada la Capital, fué nombrado por Virey del Reyno el Conde de Charni.

Todos estos progresos no colmaban aún la idea del Marques Visconti; se mantenía siempre en el Reyno, y era preciso echarle ó destruirle para sellar esta grande obra, mayormente habiéndose sabido que con quatro mil hombres se habia retirado hácia la costa del mar para esperar los socorros que le venian. Con efecto le llegaron á Taranto los dos mil hombres que el Conde de Sástago, Virey de Nápoles, debia enviarle, y poco despues quatro mil que baxaron de Trieste por el Adriático, y desembarcaron en la costa de Manfredonia, con cuyo refuerzo juntó un Ejército de cerca de nueve mil hombres.

Antes de haber recibido el Marques Visconti este refuerzo, se habian destacado del Ejército de Aversa dos mil Granaderos é igual número de caballos baxo el mando de los Tenientes Generales Marques de la Mina y Duque de Castropiniano, y de los Mariscales de Campo Marqueses de Castelar y de Bay, para ir en su seguimiento; pero sabido el socorro que habian recibido los enemigos, el Duque de Castropiniano pasó en posta á Nápoles á dar cuenta al Serenísimo Infante de esta novedad. El Duque de Montemar recibió orden de su Alteza Real, que con la mayor diligencia partiese á unirse con el Marques de la Mina, y se llevase algunos Batallones hasta formar un cuerpo de doce mil hombres, y procurase alcanzar á los enemigos y darles batalla; lo que executó despues de haber

dexado bloqueado Gaeta y Capua.

Mientras se daban disposiciones para lograr el intento, el Serenísimo Infante hizo su entrada en Nápoles (en 10 de Mayo), y en consecuencia de la declaracion del Rey Católico de quedar este Reyno en propiedad á su Alteza, quien lo habia conquistado con las armas de España, fué aclamado por Rey, reconociéndole inmediatamente por tal los Ministros de las Potencias coligadas. Luego despues, sin perder tiempo, se dió orden para que quatro navios de guerra, á cargo de Don Gabriel de Alderete, que se hallaban en el puerto de Nápoles, pasasen al Adriático, á fin de interceptar los navios Alemanes; el Gran Prior de Francia; el Caballero de Orleans; pasó con el mismo designio con sus galeras. El Teniente General Conde de Marcillac habia sido destacado poco ántes con seis Batallones para atacar el castillo de Baya, que se entregó el 23 de Abril con su guarnicion prisionera de guerra.

Informado el Conde Visconti de que el mismo Duque de Montemar venia en su seguimiento, levantó su campo de Taranto, y pasó á Bary, desde donde se transfirió despues á Vitonto, y se atrincheró en un parage sumamente ventajoso, y tanto que parecia impracticable. Una infinidad de murallas de piedra y tierra del alto de quatro á cinco pies, en la distancia de mas de un quarto de legua, cercaban su campo, de manera que no se podia ir á él sin Gastadores. El Teniente General Marques de Pozoblanco, y el Mariscal de Campo Marques de Castelar, que se habian adelantado con gran parte de la Caballería Española

para acometer á la enemiga, viendo que esta se habia reforzado con la Infantería debaxo de Vintono, lo participaron al Duque de Montemar, cuya idea era alejarlos del mar, á fin de que no pudiesen retirarse del Reyno, segun lo habian proyectado. Reglando el General Español sus movimientos sobre los de los enemigos, determinó ir á ellos formado en seis columnas, y eligió el parage mas accesible para el ataque.

Resuelto este, el dia 25 de Mayo las seis columnas avanzaron con intrepidez, llevando los Gascadores por delante para derribar las murallas y hacer practicable el camino, cuya aspereza no podia franquear la Caballería: por tanto se hizo pasar la de la derecha á la izquierda, porque el terreno era algo mejor, y porque se tomaba en flanco la línea de los Imperiales, que tenia menos extensión por aquella parte.

Sin aprovecharse los enemigos de su situacion y ventaja del terreno, esperaron á que los atacasen; pero abandonada su Infantería de la Caballería desde el principio de la accion, y aunque hizo aquella una vigorosa defensa, viéndose acometida en el centro por la columna que mandaba el Conde de Maceda, empezó á flaquear, lo que conocido por el Duque de Montemar, mandó hacer un ataque general por todas las tropas, las quales, trepando por las cercas y murallas, vencieron con indécible presteza el embarazo que parecia oponer la naturaleza y el arte de las trincheras de los enemigos, que huyeron con precipitacion. No es creible el ardor que la tropa Española manifestó aquel dia, pareciendo haber in-
flui-

fluido el mismo en los caballos, que franqueando las murallas medio derribadas, corrían como si nada se opusiese á su ímpetu. De esta suerte se hicieron dueños los Españoles del campo de los Alemanes, y de diversos puestos que habia dexado guarnecido con tropas el Conde Visconti. Ahuyentada la Caballería enemiga, y dispersa por el campo, el Duque de Montemar destacó varios cuerpos en su seguimiento, los que alcanzaron cogellos quasi toda, sin mas capitulacion que salva la vida.

El General Radoschi, que mandaba la Infantería, se retiró á la Ciudad de Vitonto, con lo que pudo escapar de la derrota; y aunque esta tiene un recinto de muralla, y un castillo de bastante defensa, discurrió que la serviria de capitular honrosamente; pero decaído de su intento, mandó hacer un fuego continuo hasta la noche, que viéndose sin esperanza de mejorar de fortuna, se entregó con harto sentimiento prisionero de guerra. La demas Caballería, que habia logrado mejor suerte, se dividió por diversos caminos, tomando todos el de Bary; pero la Española en su alcance no usó de picar su retaguardia hasta encerrar el todo en esta Ciudad. El Duque de Montemar pasó á ella luego que tuvo el aviso, y su presencia fué bastante para desarmarlos, habiéndose entregado el Marques de San Vicente (Pignatelli), su General, con las propias condiciones que los demas.

El número de los enemigos, segun la lista que se encontró á uno de los Ayudantes del General, pasaba de ocho mil hombres, de los cuales ninguno pudo evitar la muerte ó la prision, quedando

do todos por triunfo de la gloria de las armas de España. Los dos Generales, los Oficiales, las banderas, los soldados y caballos de los Alemanes, como asimismo sus provisiones y municiones, quedaron en poder de los vencedores, á los quales una victoria tan señalada no costó mas de ochocientos hombres entre muertos y heridos. Las Guardias Walonas fuéron las que mas padecieron, y los Capitanes de este cuerpo, Condes de Brias y Buenamour, quedáron muertos en el campo de batalla, y herido peligrosamente Don Luis Porter, porque esta columna fué la que decidió el suceso de esta jornada. El Virey Visconti tuvo la fortuna de salvarse, y se retiró á la Ciudad de Pescara; pero habiendo sabido que el Duque de Castropiniano se habia puesto en marcha con seis Batallones, y un tren de artillería suficiente para reducir esta Plaza, salió de ella el dia primero de Junio para Ancona, donde llegó el siguiente con quatro falucas y seis barcas armadas cargadas de su equipage.

Esta memorable batalla por sus circunstancias adquirió infinita gloria al Duque de Montemar, pues si se hubiera detenido en los sitios de Gaeta y Capua, segun se inclinaban los mas de los Generales, habria dado lugar á que los Alemanes se reforzasen con varios cuerpos de tropas, que estaban en marcha para unirse al Conde de Visconti, con especialidad seis mil Croatos, que debian embarcarse en Trieste, lo que quizá hubiera mudado de semblante el glorioso principio de esta campaña. Hay instantes preciosos en la guerra, que si se desatienden no vuelven á presentarse,

y el General avisado debe poner todo su conato en aprovecharse de las ocasiones oportunas que se ofrecen, como que de ellas pende la suerte de las armas. Esto no se ocultó á la penetración y experiencia del Duque de Montemar, quien pasó á Nápoles á dar cuenta al Rey Don Carlos de este suceso. Agradecido este Príncipe al servicio que acababa de hacerle este General, le creó Duque, nombrándole Gobernador perpetuo de Castel Nuovo, con catorce mil ducados de pension al año, y seis mil para sus sucesores. El Rey Católico le manifestó tambien quan grato le era su conducta, y le hizo Grande de España de primera clase para él y sus herederos.

Mientras todo sucedia á medida del deseo en el Reyno de Nápoles, en Lombardía los Aliados no estaban sin recelo; aplicáronse en fortificar y reparar sus conquistas del año precedente. Los Imperiales, que no habian conservado mas que Mantua, se reforzaban cada dia con los nuevos socorros que venian de Alemania. El General Conde de Mérci ya habia llegado al Mantuano en los principios de Febrero, y daba indicio de restaurar lo perdido mediante las medidas que tomaba; pero habiéndole acaecido un accidente de apoplexía, á que estaba sujeto, todas las operaciones que habia premeditado quedáron suspensas; y los Galisardos no se aprovecharon poco de ella para estrechar mas y mas á los Imperiales en sus quartes. Restablecido el General Austriaco de su indisposicion formó el designio, despues de haber juntado sus tropas detras del Pó y del Oglio, de pasar estos dos rios, y obrar hostilmente contra los

Alia-

Aliados. Estos, para impedir de todos modos su proyecto, se extendieron á lo largo de ellos dividido su Ejército en quatro cuerpos, que ascendia al número de setenta mil hombres. El primero, compuesto de veinte mil, se apostó en Colorno (en el Ducado de Parma) con el Mariscal de Villars: el segundo, baxo la conducta del Marques de Coigni, y ocupaba la derecha desde Bozzolo hasta el Ferrarés: el tercero á la izquierda, á la órden del Conde de Broglio, y ocupaba diversos puestos desde Soncino hasta el parage donde el rio Oglio desagua en el Pó: formaban el quarto los Piamonteses en un cuerpo separado hácia Picighiton, para defender el paso del Adda; pero apostadas todas estas tropas de manera que podian en breve reunirse.

Tomadas todas estas medidas, segun la prudencia dictó, sin embargo ellas no impidiéron al General Merci pasar el Pó en virtud de las órdenes expresas de la Corte de Viena. La noche del dia 1 al 2 de Mayo mandó echar dos puentes sobre aquel rio, entre Borgoforte y San Benedetto, obligando á los Regimientos Piamonteses á retirarse, bien que sin pérdida, hácia Guastala. Lo propio sucedió al Marques de Coigni, quien habiendo reconocido la posicion de los enemigos, no se atrevió á atacarlos, y se retiró hácia esta Plaza, á excepcion de algunos Batallones que se quedaron por la parte de Revere y la Mirándula. Avisado el Mariscal de Villars de esta novedad, y de haber pasado los Alemanes el Pó, dispuso acudir prontamente desde su campo de Colorno á Bozzolo, donde juntado la mas tropa que pudo,

do, la hizo pasar en tres columnas el Oglio, y se encaminó hácia Serraglio para atacar la testa del puente de los Austriacos. La primera columna se enderezó á Curtatone, donde habia un puesto de doscientos Imperiales, que el Brigadier Ratzki logró derrotar enteramente: la segunda columna, á cuya frente estaba el Rey de Cerdeña y el Mariscal de Villars, se acercó al Lugar de Martinara; pero habiéndose separado su Magestad y el Mariscal de su Infantería, y no teniendo consigo mas que un destacamento de ochenta Granaderos, y las Guardias de Corps de este Príncipe, encontraron una partida de doscientos hombres, que hicieron fuego sobre ellos, cuyo lance apretado les hizo tomar la resolucion de hacerse lugar con espada en mano, echándose sobre los Imperiales con tal ímpetu, que los ahuyentaron con pérdida de treinta hombres muertos y algunos prisioneros: la tercera columna, que se componia solamente de Caballería, atacó Borgoforte, que defendian los Coraceros Imperiales, los que se vieron precisados á abandonarle. En este parage se reunieron las tres columnas de los Aliados.

De resulta de un Consejo de guerra, que se tuvo en presencia del Rey de Cerdeña, se destacó al Mariscal de Campo Marques de Lisle con buen número de Granaderos, para que fuese á atacar los puentes construidos por los Imperiales; pero llegando dicho Mariscal de Campo al parage en que creia estaban, halló que los Alemanes los habian hecho baxar enfrente de San Benedetto, con lo qual, viendo el Mariscal de Villars que el Ejército Austriaco habia pasado el Pó, ménos un cuer-

po que mandaba el Conde de la Torre en el Mantuano, hizo hacer alto á la tropa, y la puso en marcha para Gazzolo, habiendo forzado algunos puestos que el Príncipe Luis de Wirtemberg habia dexado para cubrir la marcha de su Ejército. La idea de los Gali-Sardos en su marcha forzada desde Colorno á Borgofonte era de atacar á los Imperiales ántes que hubiesen acabado de pasar el Pó, pero bien inútilmente, pues llegaron después de efectuado. No se puede negar que el Príncipe de Wirtemberg hizo una accion digna de alabanza en pasar tan oportunamente aquel rio, pues por este medio quitó á sus enemigos la ventaja de tener á su Ejército encerrado en el Mantuano, en donde ya carecia de víveres y forrages.

Después de haber pasado el Pó el General Mercy, se adelantó hácia Luzara, manifestando queria penetrar por el Modenés al Parmesano; pero dexándose caer hácia San Benedetto tomó allí su puesto, campando sobre dos líneas, dexando algo mas atrás un cuerpo de reserva, y no llegaba el todo á cincuenta mil hombres. La Plaza de Mantua, mandada por el Langrave Darmstad, estaba abastecida de todo lo necesario para una vigorosa defensa, y su guarnicion se componia de siete ú ocho mil hombres, sin contar cinco á la orden del Conde de la Taxis, que acampaban en sus cercanías.

Vencido el obstáculo de pasar un rio tan caudaloso como es el Pó, y en presencia de un Ejército muy superior al de los Alemanes, y las órdenes de Viena precisas para acometer á los enemigos, los Austriacos se movieron en las orillas de

este rio hácia Torizela , y de allí continuáron su marcha , formados en tres columnas , pasando los rios Lenza y Parma , con lo que se halláron á corta distancia de Colorno.

La opinion del Mariscal de Villars era que se presentase batalla á los Imperiales , mientras las fuerzas de estos no podian al parecer competir con las de los Aliados , para después hacer el sitio de Mantua. El Consejo del Rey de Cerdeña no fué de este dictámen , lo que originó alguna discordia entre los Gali-Sardos ; pero habiendo llegado cartas de Paris al Mariscal , se le dió á entender , que teniendo por este medio distraidas las fuerzas Imperiales , era consiguiente que vencida la Italia , y expulsas estas de ella , se uniesen todas al Rhin , impidiendo los progresos de los Franceses en aquella parte. La prudencia exíge atender á su casa primero que á la agena , y con esta sábia máxîma se conformó el Mariscal de Villars , quien consultó con su Magestad Sarda varias disposiciones que juzgaba ventajosas á los Aliados ; después de lo qual emprendió su regreso para Francia , que habia solicitado con motivo de su crecida edad y achaques , dexando el mando de las tropas Francesas al Marques de Coigni , Teniente General mas antiguo , segun las órdenes que tenia , entretanto el Rey Christianísimo lo dispusiese de otro modo: el suceso demostró que esta mutacion de General no habia sido perjudicial á las tropas Aliadas.

Quando todo estaba ya prevenido para una accion decisiva , si se juzga del ardor con que los Imperiales deseaban llegar á las manos con los Gali-Sardos , no podia ménos de ser sangrienta la

batalla que el General Mercy habia resuelto, á no haberle acometido otra vez el accidente apoplético, que le obligó á retirarse á Mantua, dexando el mando del Ejército al Príncipe Luis de Wirtemberg. Queriendo este General señalarse, destacó doscientos Dragones para que se apoderasen del sitio de Colorno (casa magnífica de los Duques de Parma), y tambien porque le pareció á propósito este palacio para fortificarse, y tener á los enemigos siempre en movimiento, y con esto debilitarlos ínterin se restablecia el Conde de Mercy de su indisposición. La idea era aparente; pero prevenidos por los Aliados se trabó una escaramuza bastantemente viva. No queriendo los Imperiales abandonar el empeño, cargaron de gente, hasta que finalmente se apoderaron de Colorno. Los Gali-Sardos hicieron sus esfuerzos para recobrarlo. El dia 28 de Mayo pasaron el Pó, y camparon entre Sacca y Colorno: el 3 de Junio el Rey de Cerdeña y el Conde de Coigni diéron orden al Marques de Maillevois, que con veinte Compañías de Granaderos, é igual número de piquetes acometiese por diferentes partes el Burgo de Colorno; y procurase apoderarse de él, penetrando de casa en casa hasta llegar al castillo, á fin de que por este medio quedasen frustrados los Imperiales de su proyecto sobre el Parmesano, á cuyo fin se dirigia su anhelo.

Resueltos estos á defenderse bien, hicieron traer de su Ejército la artillería, y reforzaron á Colorno con doce Compañías de Granaderos y mil hombres de piquetes, baxo las órdenes del Mayor General Conde de Sins, al aspecto del mutuo em-

pe-

peño de las dos naciones, contra una bicoca que no merecia se sacrificase tanta gente: el Ejército Gali-Sardo se adelantó formado en quatro columnas: el de los Austriacos se puso en orden de batalla mas acá del rio Parma, para recibir á sus enemigos. A las ocho de la mañana de aquel dia, el Marques de Maillevois atacó con gran furia el puente de piedra que está sobre el rio Orno; pero, despues de tres horas de fuego infructuoso, se retiró á las casinas inmediatas, de donde no cesó de disparar lo restante del dia, á que correspondiéron los Imperiales con no poco destrozo en los Aliados. Estos trabajáron toda la noche en construir baterías para batirle en brecha, mientras su Ejército dió la vuelta, pasando el rio Orno sobre dos puentes que tenían, para dirigirse á Parma; lo que hizo sospechar á los Alemanes intentasen los enemigos alguna empresa sobre Regio, donde tenían sus principales almacenes. Resolviéron pues al alba del dia 5 hacer desfilár su artillería con los pontones y equipages, abandonando Colorno, y se retiráron á su campo de Sorbolo, sin que en su retirada tuviesen el menor estorbo. Igualmente los Aliados entráron en Colorno sin oposicion alguna, y el Rey de Cerdeña con el Conde de Coigni asimismo aquella noche.

La toma y expugnacion de Colorno no dexó de costar caro á uno y otro Ejército: la pérdida fué quasi igual; y apenas reconocieron los Aliados este bello sitio, quando entráron en él, no habiendo contribuido ménos que los Imperiales á su total destruccion. El Conde de Mercy, que se restituyó mal convallecido de su enfermedad al

cam-

campo dos dias despues de esta última accion, desaprobo que se hubiesen sacrificado tantos hombres por un puesto de tan poca consecuencia, y mucho mas de que se hubiese abandonado, porque podia servir para las operaciones que meditaba.

Habiendo llegado al campo el 9 de Julio quatro ó cinco mil hombres, conferenciado el Conde de Mercy con los Generales de su Ejército, y reconocido la posicion de los enemigos, como tambien el parage en que el rio Parma desagua en el Pó, dispuso echar tres puentes de comunicacion sobre el rio Lenza. Despues destacó ochocientos hombres para reforzar Regio, donde tenia sus almacenes, como queda dicho. Concluidos los puentes, el dia 13 pasó con todo el Ejército el rio Lenza, y se acampó entre San Próspero y las montañas del Parmesano. La misma noche destacó al Mayor General de Furstembusch con mil y quinientos infantes, seis Compañías de Granaderos, y novecientos caballos, para ocupar el castillo de Montechiarugolo, que guardaban cien hombres de Milicias Parmesanas; y aunque esta Plaza era de bastante resistencia, y con mucha municion, ninguna hizo la guarnicion, entregándose á la primera intimacion del General Aleman. Presentaba el Ejército Imperial dos cabezas, la una hácia Montechiarugolo, y la otra á Colorno, formando su retaguardia una especie de ángulo agudo, que terminaba á los puentes sobre el rio Lenza.

El Ejército Gali-Sardo se dispuso tambien á recibir á sus enemigos: despues de haber dexado en su campo de Sacca dos mil y seiscientos hombres

para guardar las líneas de él, vino á ponerse en órden de batalla á Cerbara, en las cercanías de la Abadía de San Martin, para observar desde mas cerca el Ejército Imperial, de manera que distaba solo milla y media uno de otro. El dia 20 llegaron dos expresos al campo aliado, el uno de Paris con la noticia de haber promovido el Rey á Mariscales de Francia al Conde de Coigni y al Marques de Broglio; el otro de Turin á su Magestad Sarda, con la triste nueva de estar la Reyna enferma de peligro, con lo que el Rey tomó la posta para su Corte.

(Indio)

La ausencia del Rey no causó mutacion alguna en el Ejército aliado, que se mantuvo en la misma posicion en que su Magestad le habia dexado, hasta el 29, que los Imperiales resolvieron atacarle, acercándose para este efecto hasta quasi debaxo de las murallas de la Ciudad de Parma, en donde los Gali-Sardos habian dexado reforzada la guarnicion de esta, por lo que pudiese acontecer. Queriendo el Conde de Mercy ocultar su marcha á los enemigos, y atacarlos ántes que estuviesen formados, dexó en las cercanías de Parma suficiente tropa, y subió el rio que pasa junto á esta Ciudad: despues de haberle pasado se acampó entre este y el riachuelo Baganza. Informado el Mariscal de Coigni de la marcha de los Imperiales, discurrió que su intento era atacarle, por lo que habiéndolos reconocido con el de Broglio, se preparó á la batalla.

Avanzándose á un tiempo ambos Ejércitos, se encontraron en presencia uno de otro, separándolos solamente una calzada que va de Parma á Plasens-

sencia, bordada por ambos lados de un foso bastante profundo y ancho. La accion empezó á las nueve de la mañana. Todas las brigadas de los dos Exércitos se sucedian unas á otras con pruebas de extraordinario valor. Siendo el terreno en que se dió la batalla angosto, y de un frente ménos que moderado, no se pudo emplear la artillería, ni tampoco la Infantería pudo usar de la bayoneta; pero el fuego de la fusilería fué tan continuado y ardiente, que apénas se podrá encontrar exemplo en las historias de otro semejante. La Caballería tampoco pudo obrar, por estar el terreno cortado y con muchas casinas, en las que tenian los Gali-Sardos varios destacamentos, que causaron bastante daño en los Imperiales. El furor con que se peleó hasta la noche, sin poder estos llegar á las manos con sus enemigos, no puede atribuirse sino á la muerte del General Mercy, que sucedió á principio de la accion, animando á la tropa con su exemplo; pues es de creer que en breves horas hubiera hecho aquel General la jornada mas gloriosa ó mas desgraciada, segun la idea que se tenia de su modo de guerrear. El Príncipe Luis de Wirttemberg, como Teniente General mas antiguo, tomó luego el mando; y aunque dió muestras de perfeccionar la victoria que se le habia declarado al principio, las heridas que este Príncipe recibió, y los caballos que le matáron sucesivamente entre las piernas, no le diéron lugar de obrar con aquella agilidad y presencia de espíritu que requiere un enemigo activo y vigilante, como es el Frances; por lo mismo se aprovechó este de la mutacion que habia introducido la muerte del General

ral

ral Aleman, manteniendo con teson el ataque, hasta que los Imperiales lo suspendieron, retirándose á su campo de Chiarugolo. Hay quien dice que el Príncipe de Wirtemberg, despues de la muerte del General Mercy, desatendió en sostener á los suyos (que ya se habian apoderado de una casina con seis piezas de cañon, y apuntaron contra los enemigos), dexándose arrancar de las manos una victoria infalible, cuya resulta le hacia dueño de Lombardia. No hay duda que de haberse conseguido, el Rey de Cerdeña se hubiera visto bien apretado, y mucho mas los Franceses; pero no es creible que el Príncipe de Wirtemberg, cuya grandeza soberana no sirve al Xefe del Imperio mas que por dilatar sus dominios, y hacerle mas respetable en el orbe, acreditando el valor Germánico, pretendiese disminuir los laureles con que cubria sus sienas, por una emulacion que no cabe sino en ánimos de bajos pensamientos: por tanto nadie le puede disputar el haber cumplido con su obligacion.

Fenecida esta memorable batalla á una hora de noche, se retiró el Ejército Imperial á su campo, que ocupó el dia precedente, dexándose entre muertos y heridos cerca de seis mil hombres, aunque recogió los mas de estos en su campo: los Franceses hicieron subir la pérdida de sus enemigos á mucho mas, disminuyendo la suya (como es regular á cada partido); pero en realidad la que tuvieron no fué inferior, si no excedió, pues el luto en Francia fué quasi general, por haber perecido infinita nobleza: de los Oficiales Generales fueron los Mariscales de Campo Marqueses de Lisle, de Mizon, de Valence y de la Chartre. De los Ale-

manes ademas del General Mercy, el Príncipe de Culmbach, y el Mayor General Baron de Vins, sin contar muchos heridos de una y otra parte. Los mas distinguidos de estos fuéron el Mariscal de Coigni, los Tenientes Generales de Guerchois, de Savines, Cadrieux y Louvigni, los Mariscales de Campo y Brigadieres Conde de Boissieux, Príncipe de Montauban, Cadeville, Duques de Biron y de la Tremouille, Contades, Duque de Crusol, Marques de Fimarcon, los Condes de Hautefort y de Maillevois, y el Marques de Suza, hermano del Rey de Cerdeña, sin contar setenta Oficiales de todos grados, en servicio de este Príncipe, muertos ó heridos. De los Alemanes el Príncipe de Wirtemberg, los Tenientes Generales Conde de Diesbach y Marques de Este, los mayores Generales de la Tour, Taxis y Palfi, y tres Coroneles.

El Rey de Cerdeña, que como hemos dicho se habia ausentado del Ejército con motivo de la enfermedad de la Reyna su muger, volvió al día siguiente á esta batalla, con no poco sentimiento de no haberse hallado en ella; y queriendo aprovecharse de la muerte del General Aleman, al otro día hizo marchar el Ejército, con ánimo de cortar á los Imperiales la retirada hácia San Benedetto, donde tenian sus puentes; pero esta empresa no tuvo el efecto que su Magestad se habia lisonjeado. Habiéndole faltado los víveres, despues de haber pasado el Cróstolo hizo alto en Guastalla, donde tenian los Alemanes un cuerpo de mil y doscientos hombres, que hizo prisioneros de guerra, porque estos ignoraban aún la noticia de la

batalla de Parma. El Mariscal de Broglio con un cuerpo de tropas tomó hácia la derecha, para observar y perseguir al Príncipe de Wirtemberg, quien sin perder tiempo hizo conducir hácia la Mirándula y Revere (donde tenia un puente de comunicacion con el Mantuano) el bagage grueso, y la mayor parte de las provisiones y municiones que tenia en Regio. Los Aliados, que proseguian su camino con bastante lentitud, creyendo apoderarse de la Mirándula con tanta facilidad como de Guastala, se acercaron á la Secchia; pero allí supieron que el Príncipe de Wirtemberg les habia prevenido, haciendo fortificar sus puentes en Revere, y tirar una línea desde esta Plaza hasta la Mirándula, con lo qual su Magestad Sarda estableció su quartel en San Benedetto, haciendo acampar el Ejército de los Aliados cerca de la Secchia junto, á Bondanello. El Mariscal de Coigni mandó echar un puente sobre aquel rio enfrente de Zuistello, donde tomó puesto.

Mientras los Gali-Sardos, acampados enfrente de sus enemigos mas de dos meses en una total inaccion, pareciendo haber dado fin á la campaña, los Franceses en el Rhin no la empezaron hasta principios de Abril. La primera expedicion fué apoderarse de la Ciudad de Tréveris, y de todo aquel Electorado. El Conde de Belleisle, que la mandaba, se hizo dueño tambien de Traerbach despues de un corto sitio. El Mariscal de Berwick, que habia juntado todo el Ejército junto á Spira, dispuso pasase el Rhin, lo que se efectuó el 5 de Mayo por los puentes de los fuertes Luis y Kehl, despues de lo qual destacó al Duque de Noailles

para forzar las líneas de Etlinguen, donde habia hasta diez ó doce mil Imperiales, que las abandonaron al acercarse los enemigos. La construccion de estas líneas habia costado mucho trabajo y mucho dinero; y á fin de que los Austriacos no se prevaleciesen de ellas para oponerse á los proyectos que meditaba el Duque de Berwick, mandó que los habitantes de las cercanías las demoliesen. El Príncipe Eugenio, que no habia llegado al campo Imperial hasta fines de Abril, se acercó hácia Mulhberg; pero sabido que las líneas estaban forzadas, se determinó hacer marchar parte de sus tropas hácia Phortsheim, y la otra á Hailbron.

Creiase que despues de haberse apoderado los Franceses de las líneas de Etlinguen buscarian á sus enemigos para darles batalla, mayormente quando estos no pasaban de veinte y cinco á treinta mil hombres, y cuya destruccion no era difícil á un Ejército de ocho mil hombres, de que se componia el de los Franceses; pero ya las negociaciones y solicitudes de las Potencias Marítimas no influian poco en la Corte de Francia. Temian estas con razon que disipadas las tropas Imperiales quedase el Imperio abierto por todos lados; por tanto no se descuidaron en conjurar la tempestad que amenazaba al Cuerpo Germánico, cuya variedad de intereses le impedia obrar con aquella union tan necesaria á su conservacion.

No obstante, para romper todas las medidas de los Franceses, por si estos querian penetrar en el Imperio, el Príncipe Eugenio se mantuvo en su puesto de Hailbron en el ínterin llegaban los socorros que el Imperio habia prometido, y debian

ascender á quarenta mil hombres, que verdaderamente se aumentaron mucho algun tiempo despues; pero la lentitud con que executó sus promesas obligó al Príncipe Eugenio á mantenerse en la inaccion, no atreviéndose á medir sus fuerzas, que no pasaban entónces de cincuenta mil hombres, con las del enemigo, que llegaban con la union del Conde de Belleisle á cien mil combatientes; y así se vió obligado este Príncipe á ser simple espectador de las talas y saqueos que cometian los enemigos en el Imperio, cuyos excesos, llegando á los oidos del Rey Christianísimo, escribió al Duque de Berwick remediase pronto y eficazmente semejantes desórdenes, castigando con rigor á todos los que se cogiesen en contravencion de los bandos: orden que fué tan bien executada, que no tuviéron poco exercicio los verdugos.

Desvanecidos los designios del Mariscal de Berwick por la habilidad del Príncipe Eugenio, y para no mantenerse aquel en la inaccion, emprendió por orden de su Corte el sitio de Philipsbourg, cuyo memorable sitio hizo demasiado ruido en el mundo para dexar de apuntar sus principales circunstancias.

Esta fortaleza, situada á quatrocientas toesas del Rhin por el lado de Alemania, la circundan siete bastiones regulares con sus flancos derechos y fosos de veinte toesas de ancho. Tiene por delante de cada cortina una media luna, y tenazas en el foso, con un camino cubierto precedido de otro, y reductas bastionadas. La situacion de esta Plaza en un pantano hace el ataque quasi imposible en la mayor parte de su circunferencia. El frente,

te,

te, que hace cara al Rhin, está cubierto de una obra coronada, compuesta de un bastion y de dos medios, con orejones y flancos curvos; y esta obra está rodeada de un foso de quince toesas de ancho, de un camino cubierto, y de un foso delante. La distancia de esta obra al Rhin la ocupa una obra coronada con una media luna delante de su cortina, un foso de quince toesas, un camino cubierto, plazas de armas, travesías y reductos avanzados. Philisbourg tiene sobre el Rhin un puente de barcas, defendido por esta parte del río de una obra en forma de cuernos, con una media luna delante de la cortina, un camino cubierto y un foso. Todas estas obras, que forman la fortificación mas perfecta y mas regular, hacen á esta Plaza una de las mas fuertes de Alemania.

Prevenido todo lo necesario en Strasbourg para el sitio de esta Plaza, el Marques de Asfeld se presentó el 23 de Mayo delante, haciendo construir desde luego dos puentes, el uno sobre el alto Rhin, y el otro sobre el baxo, donde tenia su quarter. Despues hizo trazar líneas de circunvalacion de grande extention, y defendidas de distancia en distancia con bastiones y reductos. Se hiciéron venir de Strasbourg cien piezas de cañon, quarenta morteros y muchos pedreros; y todas las tropas se fuéron acercando, habiendo dexado su campo el Mariscal de Berwick para abrir la trinchera, que se efectuó la noche del 1 al 2 de Junio, despues de haber hecho entrar la mayor parte de la Infantería en las líneas. En los primeros dias el fuego de los sitiados no fué muy vivo, y los Franceses se aprovecharon de él para trazar las prime-

meras paralelas, y alojarse sobre el ángulo del camino cubierto, que les costó muy poca gente, y les fué de grande utilidad para establecer en él las baterías de cañon y morteros.

Habiendo establecido el Duque de Berwick su cuartel en Rhimheusen tomó la direccion del sitio, que hasta entónces habia tenido el Marques de Asfeld, y llevó los ataques con tanto vigor y suceso, que se apoderó de un reducto, en donde se alojó. Conforme adelantaban los Franceses sus trabajos, el fuego se hacia mas vivo; y el 9 se vieron obligados á pedir una suspension de armas para enterrar sus muertos. El 12 de Junio á las siete de la mañana, visitando este Mariscal los trabajos de la trinchera, fué muerto por una bala de cañon que disparó la Plaza; pero esta pérdida no interrumpió la prosecucion del sitio, cuyo mando tomó el Marques de Asfeld, como Teniente General mas antiguo. Dícese que esta muerte le fué pronosticada por el Padre Guardian de los Capuchinos de Philisbourg, el qual, habiéndose retirado la víspera ántes de amanecer de esta Ciudad, por estar destruido su Convento por las bombas, y no haber seguridad en la Plaza, habia sido preso en la trinchera con un compañero que las sombras de la noche habia separado. Este fué conducido al Duque de Berwick, quien mandó le ahorcasen por espía; y aunque procuró disculparse de lo que se le acumulaba, sus representaciones no fuéron atendidas, y se le llevaba al suplicio quando sabido por el Padre Guardian, acudió prontamente al cuartel del General, haciendo las mas vivas instancias para que se suspendiese

un juicio tan indecoroso, y por consiguiente la execucion, ofreciendo dar todas las seguridades del contrario, mediante los informes de los motivos que le habian obligado á salir de la Plaza, y quedar preso mientras venian. Las lágrimas, instancias y protestaciones del Padre Guardian no pudieron ablandar el endurecido corazon del General; y resignado en la voluntad divina no le quedó otro arbitrio que el de exhortar á su compañero á bien morir, ofreciendo esta víctima al cielo. Despues de esta injusta execucion levantó los ojos á Dios, pidiendo manifestase al mundo su poderoso brazo, y no permitiese se quedara sin castigo tal inhumanidad, diciendo con espíritu profético sería la última que exerceria. No se puede negar que el Duque de Berwick era algo áspero en sus órdenes, y esta aspereza degeneró con la edad en crueldad; pero los que saben la necesidad indispensable de la rigidez en los Exércitos disculparán sin duda á este General, mayormente sabiéndose la poca subordinacion de los Franceses á sus Oficiales, cuyo libertinage en campaña es con exceso, y se necesita del rigor para reprimirle.

No fué muy sentida la muerte del Duque de Berwick del soldado; y aunque le sucedió en el mando otro, por cuya orden no habian derramado ménos sangre los verdugos en el Reyno de Valencia y Cataluña, sin embargo parece que cobraron nuevo brío en el ataque de Philisbourg, cuyas crecientes de las aguas del Rhin inundaron sus trincheras, haciendo imposible el pasar de unas á otras sino en barcas, y las aguas del cielo destruian sus trabajos conforme los adelantaban. La proximidad
del

del Ejército Imperial, que despues de haberse reforzado se habia acercado á las trincheras con designio de acometerlas, no los inquietaba ménos, y era menester todo el valor posible para resistir tantos cuidados. Con fundamento creian todos los políticos que el Príncipe Eugenio haria levantar el sitio. Para este efecto habia dispuesto su Ejército de tal modo, que formaba un medio círculo, que por una parte encerraba el de los sitiadores. Mandó tambien este Príncipe hacer algunos atrincheramientos para ponerse á cubierto de las bombas; y su campo lo defendian dos baterías de cañon de catorce piezas cada una, que abrigándose de ellas los trabajadores, tiraban sin intermision contra las líneas de los Franceses, impidiendo en algun modo la comunicacion de las dos alas.

Para desvanecer todos los proyectos del Príncipe Eugenio, el Marques de Asfeld, á quien el Rey habia nombrado Mariscal, dividió en tres cuerpos las tropas de su mando. Treinta mil hombres se quedáron delante de la Plaza para proseguir y concluir el sitio. Quarenta y cinco mil, baxo de las órdenes de los Duques de Noailles, de Richelieu, Príncipe de Tingri, y del Conde Mauricio de Saxonia, guardáron la testa de las trincheras, mientras un tercero cuerpo de Caballería, en número de treinta y seis mil hombres, ocupaba las orillas del Rhin, á fin de impedir el paso á los Imperiales: este cuerpo le mandaba el Duque de Duras y el Conde de Belleisle. Con estas disposiciones el Mariscal de Asfeld se preparó á qualquiera sucesos, habiendo enviado al otro lado del Rhin los equipages y bagages para mejor oponer-

nerse al enemigo en caso de llegar á las manos.

Habiendo resuelto el Mariscal atacar la obra coronada, el 4 de Julio ordenó que doce Compañías de Granaderos, de aumento á la regular que montaba la trinchera, dieran principio al ataque. Los sitiados, que tenian hasta trescientos hombres en esta obra, hiciéron avanzar quarenta y cinco sobre cada una de las brechas, distribuyendo lo restante sobre las cortinas de la obra coronada. Los Granaderos montaron sobre las brechas con bayoneta calada, atacaron los destacamentos, y despues de haberlos obligado á retroceder hasta el puente que comunicaba con la Ciudad, los mas quedaron muertos, y muchos ahogados, por haberse rompido los puentes. Hiciéron en esta ocasion los Franceses ochenta prisioneros: despues de esta accion establecieron estos una batería, á donde se conduxéron con la mayor brevedad los cañones de la obra coronada. El fuego de los sitiados fué horroroso aquel dia y el siguiente; una bala de cañon derribó y echó á fondo una barca, en la qual habia doce criados del Príncipe de Conti, con un servicio entero para una gran comida que debia dar este Príncipe á mas de cien personas, sin que se escapase mas que un hombre.

No obstante, á pesar del gran fuego de los sitiados, los trabajos se adelantaron con tanta diligencia y suceso, que el 16 ya estaban los Franceses al pie de la contraescarpa. Entónces, viendo el Baron de Wutgenau (Gobernador) que habia una brecha suficiente al cuerpo de la Plaza, y que su cañon no podia casi causar daño á los sitiadores por su proximidad, pidió capitulacion. El 18 se en-

viaron los rehenes de una y otra parte, y se firmó la capitulacion á las seis de la tarde del mismo dia. El 21 salió la guarnicion con todos los honores militares para ser conducida á Maguncia, habiéndosele negado pasar al campo del Príncipe Eugenio. Al salir el Baron de Wutgenau de la Plaza, los Mariscales de Asfeld y Noailles hicieron grandes elogios por su bella defensa; y para manifestar ó dar un testimonio auténtico de su valor, el primero, como General en Xefe, le obligó á que recibiese de regalo uno de los mas bellos cañones que hubiera en la Plaza, ademas de aquel que se le concedió en la capitulacion, en consideracion á su mérito, y de los seis á la guarnicion. Es así, que los Franceses saben reconocer en sus enemigos la virtud: verdad es que el Comandante de Philisbourg no se entregó hasta el extremo, y despues de haberse defendido quanto podia permitir el uso de la guerra.

La guarnicion, que se hallaba al principio del sitio en número de quatro mil y quinientos hombres, se componia quando salió de la Plaza de dos mil ochocientos. La toma de Philisbourg no dexó de costar caro á los Franceses; ademas del Mariscal de Berwick, el Príncipe de Leixin de la casa de Lorena, y tio carnal de la Duquesa de Bejar, fué muerto en el sitio, pero no de un tiro de falcnete, como se publicó. En un banquete tuvo este Príncipe algunas palabras sobre negocio de familia con el Duque de Richelieu, á quien dixo se habia limpiado con haberse casado con una Princesa de su sangre: esta expresion, tan mal concebida como desmedida, en presencia de los mas distinguidos del Exér-

Exército, que arrancó funesto el vapor de la mesa, fué motivo para que saliesen en desafio; y aunque en el primer ímpetu de la cólera fuéron heridos ámbos, no quiso el Príncipe sobreseer en el empeño hasta quitar la vida al Duque; pero sucedió lo contrario, habiendo fenecido así un Príncipe que merecia ciertamente por sus prendas mejor suerte. Se procuró ocultar este duelo al Christianísimo hasta que informado de sus circunstancias pronunciase el juicio: lo cierto es que sabido lo que ocurrió, y aunque transgresor el Duque de Richelieu á la ley que establecieron varios Reyes de Francia, y por último Luis XIV con el mayor rigor á los contraventores, se dexó penetrar su Magestad de las razones que insistian sobre el perdon del matador; y aun á instancias del Rey todos los Príncipes de la Casa de Lorena, en servicio de Francia, se calmáron sobre un hecho de tanta sensibilidad para ellos, conociendo la sinrazon del Príncipe de Leixin, y se quedó en perpetuo silencio. También murieron el Marques de Sully y un sobrino del Mariscal Du-Bourg.

Mientras duró el sitio de Luxemburgo, el Exército Imperial se mantuvo en el campo de Weisen-thal, en donde el Príncipe Eugenio hizo quanto se podia esperar de su grande habilidad para socorrer á esta Plaza. Confesó ingenuamente que esto era impracticable, y que de haber emprendido el forzar los atrincheramientos de los Franceses, habria de sacrificar la mitad de su Exército. Con efecto, la línea de circunvalacion de estas trincheras estaba hecha con tanto arte, y defendida con tantos reductos y artillería, que jamas se habia

visto otra igual. Todo el Imperio descansaba sobre la fortuna y talentos del Príncipe Eugenio; pero el mundo nunca reconoció mejor la gran prudencia con que este Príncipe acompañaba todas sus acciones; y aunque su Ejército constaba de cerca de cien mil hombres, no le pareció deber aventurar tantos valerosos que le componian, sin contar mas de cincuenta Príncipes del Imperio, que se hallaban en él, y entre otros el Rey de Prusia con el Príncipe su hijo, hoy Rey, á quien sucedió un caso de los mas singulares que produjo el hervor de la juventud, ardiendo en el deseo de pasear las Cortes de Europa.

Inmediatamente despues de la rendicion de Philipsbourg, el Príncipe Eugenio se puso en marcha para ir á ocupar su antiguo campo de Brucksal. Libertados los Franceses de la proximidad del Ejército Imperial, el Mariscal de Asfeld hizo reparar el Rhin á la mayor parte del Ejército; de manera que con la toma de esta Plaza feneció la campaña en aquellos parages, no atreviéndose unos ni otros á llegar á las manos, pues lo restante del año se pasó en observarse recíprocamente, sin emprender la menor cosa.

En Polonia sucedió quasi lo propio: habiéndose retirado el Rey Estanislao á Danzick con todos los de su partido, el General Lasci se dirigió hácia esta Ciudad, por ver si mediante alguna negociacion con los Magistrados de ella podia inclinarlos á que reconociesen al Rey Augusto, é hiciesen salir á Estanislao, negándole aquel asilo; pero no teniendo sus tentativas efecto, del que dió cuenta á la Czarina su ama, esta dió orden al Conde de

de Munich para que sin dilacion pasase al campo á tomar el mando del Ejército. Apenas llegó este General delante de Danzick , quando hizo otra requisicion al Magistrado , dándole veinte y quatro horas para responder ; pero en lugar de amedrentarle sus amenazas, crecia su afecto por Estanislao, lo que determinó al Ruso á obrar hostilmente contra la Plaza. A fines de Marzo se formó el sitio de ella ; pero por falta de gruesa artillería los ataques fuéron lentos hasta últimos de Abril, que habiéndola recibido comenzó á bombardear la Ciudad : desde entónces los ataques se fuéron multiplicando , señalándose en ellos los sitiados, pues disputaban el terreno paso á paso ; y los sitiadores, cuyo número se disminuia cada dia, se viéron obligados á hacer baxar por el rio Vístula la tropa que tenian en Varsovia, á la qual se juntáron hasta quinientos Saxones.

Por este tiempo llegó á la rada de Danzick el socorro que tanto se esperaba de Francia, y consistia en tres Batallones, compuesto de dos mil y quatrocientos hombres ; pero no habiendo podido entrar en la Plaza , se quedó en el fuerte de Wechselmunde. Asimismo llegó al campo Ruso el Duque de Saxonia Veissenfelts, General de las tropas Saxonas, con ocho Batallones y veinte y dos Esquadrones ; y este refuerzo era tanto mas necesario, quanto sin él era de temer hubiesen levantado el sitio los Rusos. Los Franceses intentáron echarse en la Ciudad , y forzar las trincheras de los sitiadores, para cuyo fin se presentáron divididos en tres columnas, de acuerdo con la guarnicion, que habia de hacer una salida para favorecer este des-

signio; pero sea que empezasen el ataque ántes de tiempo, ó conociesen la imposibilidad de forzarlas, tocáron la retirada, dexándose muerto al Conde de Plelo, Embaxador de Francia en Dinamarca, que se habia embarcado á bordo de la Flota, y mandaba la primera columná en el ataque. Poco despues la Esquadra Rusa, compuesta de diez y seis navios, llegó con intencion de atacar la Francesa; pero no siendo las fuerzas de esta mas que seis navios para competir contra aquella, levantó el án-cora, y se retiró á Copenhague, y la tropa que habia desembarcado en Wechselmunde formó un campo, baxo del cañon de esta fortaleza. A su regreso á Dinamarca la Esquadra Francesa se apoderó de una fragata y tres embarcaciones Rusas, cuyos efectos y mercaderías se apropiáron, despues de lo qual enviáron la fragata y tripulaciones á Francia.

El 11 de Junio fué quando la Flota llegó á la rada de Danzick: de resulta de un Consejo de guerra que tuviéron los Generales Munich y Saxonia-Weissenfelts á bordo del Almirante Gordon, sobre los medios de reducir la Ciudad, y obligarla á que réconociese al Rey Augusto, dos bombardas, venidas con la Flota, se acercáron al fuerte de Wech-selmunde para bombardearle, como tambien al campo de los Franceses, que padeciéron en extremo, y uno de los almacenes de pólvora saltó: al otro día sucedió el mismo accidente á la Ciudad vieja.

No se puede ponderar la triste situacion á que estaba reducida aquella poca tropa, sin seguridad en parte ninguna, sin pan ni ropa, careciendo de un todo, y durmiendo en el suelo desde mas de un

mes que habia llegado. Con todo, insistia el Marqués de Monti á que se defendiese; pero siendo humanamente imposible de resistir á tanta calamidad, el Señor de la Peyrouse, su Comandante, tomó el prudente partido de capitular, no creyendo que fuese del servicio del Rey dexar sacrificar una tropa que habia dado muestra de tanto valor y paciencia: así salió con todos los honores militares, estipulándose, que el fuerte de Lagsmunde se entregaría quarenta y ocho horas despues. La guarnicion del fuerte de Wechselmunde, viéndose sin el apoyo de los Franceses, pidió tambien capitulacion, saliendo con todos los honores militares, á fin de que con toda libertad pudiesen en plena campaña prestar juramento de fidelidad al Rey Augusto.

Habiéndose sabido en el campo Ruso que la Esquadra Francesa se habia apoderado, al tiempo de retirarse á Copenhague, de quatro navios Rusos, se vió obligado el Conde de Munich á quebrantar la capitulacion hecha con los Franceses, reteniéndolos y haciéndolos conducir á uno de los puertos de Rusia (Cronstad), hasta dar satisfaccion de la presa de estos quatro navios, que se habian cogido contra toda regla de justicia, no habiendo guerra entre la Rusia y la Francia, ántes bien comerciando con toda libertad los vasallos de esta Corona en los dominios de aquella. En consecuencia, sobre esta detencion, se quejó altamente el Señor de la Peyrouse á la Corte de Rusia; pero obtuvo de su Magestad Czarina el permiso de enviar á uno de sus Oficiales á Francia con la declaracion de esta Princesa, en que decia, que se veia obligada á retener estas tropas por derecho de re-

pre-

presalias, hasta que se restituyesen dichos quatro navios con sus Oficiales, Soldados, Marineros, efectos y mercaderías, el cañon y municiones; en fin todo en el mismo estado en que se hallaba quando fuéron apresados, sin excepcion ni detencion alguna, restituyéndolos en uno de los puertos de Rusia.

Entretanto esto pasaba, los Moscovitas estrechaban cada dia mas á Danzick, cuyo Magistrado, viéndose en fin sin esperanza de socorro, despues de dos salidas, que aún hicieron sin duda para favorecer la fuga del Rey Estanislao, y temerosos del asalto, pidieron treguas para capitular, enviando Diputados al campo. El Conde de Munich recibió esta proposicion con altivez, no queriendo conceder al Magistrado mas de ocho horas; sin embargo convino despues en una de ocho dias, mediante que se le entregase al Rey Estanislao el Primado, el Conde Pontowski y el Marques Monti, Embaxador que fué de Francia; pero habiéndosele respondido que el Rey Estanislao habia salido secretamente dos dias ántes, sin ser sabedores de cosa ninguna, el General Moscovita entró en furor, y estuvo para no dar oidos á proposicion alguna: volvió á empezar el bombardeo con mas viveza que nunca; y segun el ímpetu de su cólera, parecia queria reducir esta Ciudad á cenizas; pero dexándose mover de la sinceridad con que se disculpó, y no haber tenido noticia de la evasion del Rey, recibió al otro dia los mismos Diputados, con facultad de tratar en nombre del Magistrado (que se sometia á reconocer y jurar á Augusto por su Soberano) de las condiciones para la rendicion.

Algunos dias ántes de firmarse la capitulacion
los

los Señores Polacos, que se hallaban en Danzick, cautelosos signáron un acto, por el qual reconocian al Elector de Saxonía por su legítimo Rey: esto executáron el 29 de Junio.

El Marques de Monti, que se vió preso y puesto á la custodia de una guardia de ciento y cincuenta hombres, reclamó altamente el derecho de las gentes, protestando de la violencia que se hacía á su carácter de Embaxador de Francia; pero inútilmente: bien instruido el General Ruso no le soltó por eso; y aunque todas las Potencias de la Europa parecieron tomar parte en un hecho que tanto los interesaba, la refutación de los escritos del Marques de Monti hablaban á favor del mismo derecho que este reclamaba, concluyendo, que no debía ser mirado sino como una persona particular, supuesto que su carácter habia fenecido con la muerte del Rey Augusto II, cerca de quien residia en calidad de Ministro. Lo cierto es que no habia recibido nuevas letras de creencia para con la República (Trono vacante); y quando las hubiera recibido, un Ministro público no debe tomar parte en las turbulencias de un Estado, y mucho ménos levantar tropas, formar Regimiento con su nombre, mandarle, y encerrarse en una Plaza sitiada para cometer hostilidades, como lo prueban sus órdenes, para la defensa de ella. Qualquier Embaxador; dice Wicquefort (Lib. I; sect. 29, p. 429) que abraza partido, pierde el privilegio de su carácter; como asimismo el Eclesiástico á quien se coge con las armas en la mano. Grocio es del mismo dictámen (Lib. III; cap. II; §. 4; n. 7): *Quod si vim armatam intente legatus;*

sane occidi poterit. El Conde de Plelo, revestido de un carácter mas real que el que se apropiaba, pagó con su vida la temeridad de su afecto por el Rey Estanislao en el ataque de las trincheras de los Moscovitas. En fin, de todos los afectos al Rey Estanislao solo quedó el Primado, quien no quiso reconocer á Augusto; por tanto fué conducido prisionero á Thorn del mismo modo que el Marques de Monti, á quien guardó prisionero la Czarina hasta la pacificación general de Polonia, temerosa no fomentase dicho Marques la discordia.

Sin embargo ella no dexó de continuar; y aunque los mas de los Magnates de Polonia habian reconocido y jurado á Augusto, los alhagos y promesas de la Francia hacian que cada dia algunos de estos Señores, perjurándose, se retirasen á Konigsberg, donde se mantenía el Rey Estanislao desde su huida de Danzick; de manera que aumentándose su partido causaba siempre zelos con las correrías que hacia, hasta que finalmente se llegó á saber que las Potencias marítimas habian entablado y propuesto á los Reyes aliados, como tambien al Emperador, ciertos Preliminares para poner fin á la guerra. Mientras los dos partidos opuestos se la hacian de un modo bien singular, porqué el arte no la regia, reduciéndose por parte de los Polacos á acometer quando encontraban propicia ocasion, y huir quando no, respecto de que toda su fuerza consiste en Caballería y muy poca Infantería; porque como esta Nacion blasona de nobleza mas que ninguna otra de la Europa, tiene á desdoro servir á nadie; y así se ve que quando hay una con-

vocacion general para tomar las armas, todos los nobles salen á caballo con sus criados, y en poquísimo tiempo suelen formar Exércitos de veinte, treinta, y hasta cincuenta mil caballos; de manera que cargan al enemigo, y se retiran del mismo modo, al simil de los Moros; de suerte que no es fácil conseguir en su pais una total destruccion en ellos. Lo restante de la campaña se pasó en estas hostilidades, que aniquilaban al Reyno, sin decidir cosa alguna á favor de Estanislao, ántes los verdaderos patrienses clamaban por su quietud, que solo las fuerzas Moscovitas y Saxonas podian restituir, y á esto se dirigian sus operaciones, tratando con suavidad á los que se sometian. El nuevo Rey Augusto por su agrado y munificencia no procuraba ménos el atraerse su obediencia; pero no se consiguió hasta el siguiente año, y despues de exhaustos de todos medios sus contrarios.

Tantas desgracias como puede discurrir el lector que se seguian de la animosidad que reynaba en Polonia, cuyas conseqüencias se extendiéron en el Rhin y en la Italia, y funestas hácia el famoso sitio de Philisbourg, como en la batalla de Parma á los Franceses, Sardos y Alemanes, parece que la divina Providencia queria, manifestando visiblemente los derechos del Rey Católico, atender á la conservacion de los vasallos de este piadoso Monarca en la conquista de los Reynos de Nápoles y Sicilia. Ya se ha visto al principio de esta campaña con qué felicidad se apoderaron de aquel Reyno, haciendo prisioneros quantos lo guardaban, si se exceptúan las Plazas de Gaeta y

Ca-

Capua, con algunas otras de ménos importancia. El Rey Don Carlos no quiso perder el grande objeto de su pacífica posesion, resolviendo ántes de concluir el año dar fin con el poder Austriaco en aquellos dos Reynos.

Con varios refuerzos y remesas considerables que habian venido de España, porque este Príncipe no queria ser á cargo de sus nuevos vasallos, pues el yugo que pretendia imponerles era el alivio, dispuso sin perder tiempo hacer el sitio de Gaeta, mientras la Ciudad de Capua quedaba bloqueada desde el principio de la campaña, esperando reducirla por hambre. A este fin el tercer comboy, que vino á mediado de Julio de Barcelona, tuvo orden de desembarcar parte de la tropa, y la numerosa artillería y municiones que llevaba delante de Gaeta, á donde el Duque de Liria era llegado, y empezado con la tropa que tenia á mover tierra para las trincheras y baterías. Poco despues el Duque de Montemar pasó al mismo campo, á fin de tomar la direccion de la empresa; y por un proyecto que dió aquel á este de formar un caballete en el mar, mediante algunas barcas que se echáron á pique, se estableció una batería para batir la puerta del mar de la misma Plaza. Todo estaba ya pronto para atacarla, quando se supo que el Rey Don Carlos habia resuelto asistir en persona al sitio, por lo que se suspendiéron las hostilidades contra ella hasta 30 de Julio, habiendo llegado su Magestad la víspera al campo á bordo de la galera Capitana de España. El Conde de Charny exerció su empleo de Virey en ausencia de su Magestad.

Apénas puso pie en tierra este Monarca, pasó á visitar los trabajos y reconocer las trincheras: dió asimismo orden al Duque de Liria para que requiriése á la guarnicion Imperial de rendirse, ofreciéndola partido ventajoso, y que de lo contrario no se la concederia capitulacion ninguna. Este paso se dirigia á conservar la tropa Española, pues prevenia que la Plaza, la mejor fortificada del Reyno, y con una numerosa artillería, habia de costar mucha sangre; pero el Comandante respondió, como es regular en semejantes ocasiones, que estaba dispuesto á defenderse hasta el extremo. Esta respuesta fué como la señal para el disparo de sesenta piezas de cañon y veinte y quatro morteros, que hicieron aquel dia un fuego qual no podia ser mayor, y causó mucho daño en la Plaza. La batería construida en el mar no hizo ménos; y para animar á los soldados que estaban de trinchera, mandó el Rey que les distribuyesen doscientos doblones.

El incesante fuego de los sitiadores puso en aprehension al Gobernador, el qual, despues de siete dias de trinchera abierta enarboló bandera blanca pidiendo capitulacion. Creia que entregándose algunos dias ántes podria obtener el pasá con su guarnicion al Exército Imperial de Lombardia; pero los Españoles, que no querian que los Alemanes aumentasen las fuerzas del Conde de Königseg, no atendieron á su demanda, y se estipuló en la capitulacion, que saliendo la guarnicion con todos los honores militares, entregarían las armas en el parage donde se hizo la primera abertura de la trinchera, y quedaria prisionera de

de guerra. El Conde de Tuttembach, Gobernador de la Plaza, á quien se concedió, y á la mayor parte de los Oficiales, el permiso de pasar á Roma por algun tiempo sobre su palabra de honor, padeció algo en su estimacion, rindiendo una Plaza tan fuerte y en tan breves dias. Verdad es que estaba sin disculpa; pero una resistencia mas dilatada no hubiera salvado la Plaza ni la guarnicion. En fin ella salió en número de dos mil y quinientos hombres. Halláronse en Gaeta ochenta piezas de artillería y muchas municiones, pero pocos víveres. El hijo primogénito del Pretendiente se halló en el sitio baxo el nombre de Caballero de San Jorge: acompañó al Rey D. Carlos hasta Nápoles despues de la toma de aquella Plaza, y volvió á Albano con el nuevo Duque de Berwick y de Liria, su primo.

Las Ciudades de Pescara, Gallipoli, Brindisi y Aquila se rindiéron casi al mismo tiempo á los destacamentos Españoles que el Duque de Montemar habia enviado para ocuparlas. La primera se entregó al Duque de Castropiniano despues de una defensa mas que mediana, quedando su guarnicion prisionera de guerra, del mismo modo que de las otras tres. La guarnicion de Cortona, despues de haber clavado el cañon de la Plaza, se retiró á Trieste á bordo de una embarcacion Genovesa, no obstante la diligencia del Gran Prior de Francia, que cruzaba en aquellos mares con ocho galeras.

Solo restaba Capua en el Reyno de Nápoles. El Conde de Traun, que mandaba en ella, y bloqueado desde tanto tiempo, dispuso hacer una vi-

gorosa salida para procurarse con qué subsistir, pues carecía de un todo: habiendo resuelto hacerla con dos mil y quinientos hombres divididos en tres partes, dos atacaron cada una por su lado los puestos Españoles, para facilitar á la otra el medio de salir al campo, y traerse todos los víveres que encontrase. La idea tuvo buen éxito, pues conduxo á la Ciudad hasta mil carneros, cien vacas, y otras muchas provisiones que encontraron sobre las tierras del Príncipe Corsini. Los otros no tuvieron la misma suerte, habiendo corrido riesgo de que ninguno volviese á la Plaza, porque como toda la fuerza se hallaba por aquellas partes, la resistencia fué tal, que cediendo al valor de los Españoles, estos los siguieron con espada en mano hasta la entrada de la Ciudad, donde se disponian á dar el asalto; quando los Imperiales se retiraron al castillo, entónces los habitantes abrieron las puertas, sucediendo lo propio á Villacampina, donde los Españoles entraron á fines de Agosto, después de haberse retirado los Alemanes á la fortaleza, y roto los puentes de comunicacion.

Siendo de la mayor importancia reducir por la fuerza esta Plaza, se resolvió en un Consejo que se tuvo en presencia del Rey poner fin á las correrías de aquella guarnicion, pues los habitantes de las cercanías representaban cada dia á los Españoles que no habia seguridad para ellos ni en el campo ni en sus casas, y que á pesar del bloqueo hallaban los enemigos medio de salir de la Plaza, y forragear hasta tres y quatro millas distante de ella. Por este tiempo un grueso destacamento se

atrevió el 20 de Octubre á pasar hasta la Abadía del Monte Casino, y sacarla setenta mil ducados, muchos granos y otras provisiones, en venganza del afecto de su Abad por los Españoles; á quienes hizo grandes recepciones quando el Señor Infante pasó por allí. En otra ocasión, habiendo sabido el Conde de Traun que el rio Volturno habia salido de madre, y se habia llevado los puentes que mantenía la comunicacion entre los diferentes Cuerpos Españoles que le bloqueaban, mandó al General Goeldi que saliese con tres mil hombres y algunos carros cubiertos, haciendo ademán de que toda la guarnicion, aprovechándose de esta coyuntura, quería retirarse hácia el Estado Eclesiástico. Con efecto, percibido por los Españoles al parecer el intento, destacaron dos mil caballos con alguna Infantería para impedir ó retardar la retirada; pero el General Goeldi hizo parar su gente, y descubrir sus carros, los quales de repente, convertidos en cañones cargados de metralla, hicieron desde luego un daño considerable en la Infantería Española. La Caballería de esta Nación se extendió con designio de cercar los Imperiales; pero el General Goeldi, previniéndola, envió un destacamento que tomó á esta Caballería por el flanco y por detras, hizo trescientos prisioneros, y obligó á los demas á huir. Además de éstos prisioneros, los Imperiales les mataron mucha gente, se llevaron mil puercos, dos mil sacos de harinas, muchos granos, bagages y algunos cañones. Entre los prisioneros se encontró un General y un Coronel. Este golpe, juntamente con algunos otros, hizo se tomase la resolucion de no diferir mas el sitio desta fortaleza

za en toda forma. El Conde de Charny, los Duques de Liria y Castropiniano fueron encargados del sitio: habianse propuesto al Conde de Traun varias condiciones para que entregara su Plaza; pero no viéndose obligado por la necesidad, nunca habia dado oidos á ningun ajuste, mayormente quando su valor le habia hecho encontrar recursos durante mas de quatro meses que estaba bloqueado para mantenerse; pero al fin, viendo que se arrimaba la tropa Española á la fortaleza, y se construian baterías en oportunos sitios para batirla y bombardearla, despues de haber aguantado por algunos dias el fuego de los sitiadores, y correspondido con lo mismo, conociendo por último sería preciso imitar á las demas guarniciones del Reyno, resolvió capitular, y obtuvo el salir con todos los honores militares, con la condicion de que él ni su tropa pudieran tomar las armas durante un año: así fenecieron los progresos de las armas Católicas en el Reyno de Nápoles con la rendicion de esta Plaza, la qual sellaba la posesion absoluta del Serenísimo Infante Don Carlos.

Como el puerto de Nápoles se hallaba lleno de los navios Españoles, que habian comboyado en varias ocasiones tropas, municiones y dinero, y siendo ya la mayor parte de ellos inútil, despues de haber descargado el último transporte millon y medio de pesos, que se destinaba para el recobro de Sicilia, mandó el Rey Don Carlos se restituyesen á España, con cuya ocasion envió al Católico, su padre, hasta dos mil prisioneros Alemanes, habiendo tomado los restantes partido en las tropas Españolas.

Presumiase con fundada razon, que el Reyno de Sicilia no habia de costar mas que el de Nápoles. Ansiosos sus habitadores del dominio Español, habian enviado desde el mes de Junio sus Diputados al Real Infante, suplicándole no dilatase el recobro de su pais, que la propicia coyuntura le ofrecia sin estorbo. En Barcelona se prevenia para este fin todo lo necesario para esta empresa, y no habiendo ya enemigos que combatir en Nápoles (si se exceptúa la Plaza de Capua que estaba bloqueada), se efectuó el 21 de Agosto en el puerto de este Reyno el embarco para esta nueva expedicion. Constaba el Exército de diez y ocho mil infantes y dos mil caballos. Los Generales nombrados fuéron el Duque de Montemar, General en Xefe, á quien el Serenísimó Infante declaró Virey de Sicilia al tiempo de embarcarse. Los Tenientes Generales eran los Condes de Marcillac y Mauda, el Marques de la Mina y los Duques de Castropiniano y Gracia-Real. Puesta la Armada á la vela, parte de ella al mando del Conde de Marcillac, tornó sobre la izquierda dirigiendo el rumbo al Faro de Mesina, mientras el Duque de Montemar dirigió el suyo hácia Palermo, habiendo dado fondo en Solanto. Allí vino el Príncipe de Paligonia con quasi todo el Senado, á reconocer y prestar juramento de fidelidad al Serenísimó Infante en manos del Duque, quienes le acompañaron á Palermo, donde hizo su entrada el dia primero de Setiembre. Los Alemanes, que se habian retirado de aquella Capital, dexaron quatrocientos hombres de guarnicion en el fuerte de Castellamare, situado junto á la Ciudad, con ór-

órden de hacer la mas vigorosa defensa. Entre tanto se desembarcaba la artillería para atacarle, el General Español, después de haber ocupado terreno, destacó algunas tropas para bloquear á Trapani y Siracusa.

Mientras daba disposiciones el Duque para someter en breve la Isla, el Conde de Marcillac habia desembarcado en la torre del Faro. Luego que el Comandante de ella descubrió á los Españoles se retiró con la guarnicion á Mesina, después de haber clavado los pocos cañones que tenia y puesto fuego á la pólvora, de cuyo efecto saltó la mayor parte de la torre. Después se adelantó Marcillac hácia Mesina, donde encontró los Diputados del Magistrado, que le aseguraron del deseo que tenian de recibirle y abrir las puertas de la Ciudad, luego que se obligase al Príncipe de Lobkowitz á retirarse á la Ciudadela. A vista de la revolucion general que habia en los ánimos á favor de los Españoles, la mayor parte de las guarniciones de los castillos y fortines intentaron retirarse á Mesina, Trapani ó Siracusa; pero en vano, las mas fuéron cortadas, destruidas ú obligadas á volver á sus Plazas, de manera que en pocos dias se rindiéron quasi todos á los Españoles, quedando prisioneros de guerra. Estas rápidas conquistas, hechas en ménos tiempo que el que sería necesario para recorrer la Isla, y á las cuales no coadyuváron poco sus moradores, determináron al Duque de Montemar pasar á Siracusa, que hizo inmediatamente imbestir el Conde de Sástago, Virey de Sicilia, que desde Palermo se habia retirado á ella: salió pocos dias
án-

ántes con su familia y efectos para Malta, despues de haber exhortado á la guarnicion á hacer su deber.

De toda la Sicilia no quedaban á los Imperiales á fines de Noviembre mas que la Ciudadela de Mesina, las Plazas de Trapani y Siracusa, situadas á los tres extremos de la Isla, que estaban estrechamente bloqueadas, no habiéndose juzgado á propósito formar el sitio de ellas, porque se hallaban en estado de hacer una larga resistencia, y hacer perecer mucha gente; y el Duqué de Montemar, cuya máxima era conservar la tropa, discurrió con fundamento, que viéndose sin esperanza de socorro se entregarían, como en efecto sucedió; y no siendo ya necesaria su persona en aquel pais, en virtud de las órdenes de España se restituyó á Nápoles, donde se concertáron las medidas para la próxima campaña de Lombardía, debiendo pasar á ella con un Ejército de veinte y cinco mil hombres, unirse á los Gali-Sardos, y obrar de acuerdo con ellos.

No habia sido tan propicia la actual para los Aliados en Lombardía, como la que acababan de terminar los Españoles en los Reynos de Nápoles y Sicilia, pues nada habian aumentado á sus conquistas de la precedente. Desde la batalla de Parma se habian mantenido ámbos Ejércitos en una total inaccion; y el arribo del Conde de Konigseg á mediado de Julio, no los habia hecho mudar de posicion. Este astuto General, despues de revistar sus tropas, y hecho transportar á Mantua las municiones y artillería, de que no necesitaba, se aplicó en dar mas extension á su Ejército, para lo
qual

qual, cinco dias despues de haber llegado, se puso en marcha para Quingentolo, sin que los Aliados hiciesen el menor movimiento para inquietarle, no obstante ser superiores en fuerza, aunque su Caballería no era tanto, con mucho, como la de los Imperiales.

Separaba ámbos Exércitos el rio Secchia; y como el Conde de Konigseg, desde su arribo, buscaba todos los medios de sorprehender á sus enemigos, dispuso una extratagema, que de haberle salido bien, hubiera mudado de semblante la situacion de los negocios del Emperador en Italia. Informado por sus espías, á quienes recompensaba largamente, y mantenia no pocos, de que el Rey de Cerdeña se hallaba freqüentemente en su quartel de San Benedetto, sin mas custodia que la de su guardia ordinaria, discurrió le sería fácil sorprehenderla, y hacer á este Príncipe prisionero. Para este efecto, el dia 9 de Agosto formó un destacamento de gente escogida, y dió al Comandante las instrucciones oportunas para la execucion de una empresa tan importante. Favorecido de la noche, el destacamento se adelantó sigilosamente hácia el quartel Real; pero sucedió por fortuna de su Magestad, que en aquel mismo dia habian concurrido los dos Generales del Exército aliado á un gran banquete, llevando cada uno cincuenta hombres de escolta: de manera que el destacamento Imperial, que lo ignoraba, habiendo reconocido por su intermediacion que habia mas tropa que la regular, resolvió volver la espalda y retirarse. Los Gali-Sardos, que advirtiéron el intento, tomaron las armas y corriéron sobre los Alemanes, á quienes

nes no fué posible alcanzar; sin embargo, se consiguió hacer dos prisioneros, los quales, llevados á la presencia del Rey de Cerdeña, confesaron la idea de su expedicion: esto motivó á que los Aliados hubiéron de ceñir mas su campo, para que la persona del Rey no estuviese en adelante expuesta á semejantes riesgos.

Lo restante de este mes, hasta el dia 14 del siguiente, ámbos Exércitos quedaron en sus respectivos campos bien atrincherados, de forma que el uno no podia intentar un ataque contra el otro sin evidente peligro. Con todo, cansado de estar tanto tiempo en inaccion, fraguó el Conde de Konigseg el proyecto de atacar á los Aliados y sorprehenderlos, para cuyo fin juntó en su quartel todos los Generales del Exército, y les dixo: que tenia noticias ciertas de que los enemigos campaban sobre una línea, que su Caballería, ó la mayor parte de ella, tenia sus quarteles en el Modenés, y que pudiéndose vadear la Secchia en algunas partes, le parecia muy fácil el pasarla, y por este medio lograr una memorable sorpresa. Aprobada la proposicion del Conde de Konigseg, quedó acordado que cada General fuese á su puesto, y estuviese pronto á marchar al parage que se le indicase. Separóse el Exército en dos columnas, la una mandada por el Conde de Welseg, que con el mayor silencio debia encaminarse á la Secchia, dar el alerta desde Quistelo hasta donde desagua este rio en el Pó, y servir para defender el paso de la tropa que quedaba á la retaguardia. La otra columna, mandada por el Príncipe Luis de Wirtemberg, debia executar el verdadero ataque;

que; y para mejor desconcertar ó deslumbrar á los Aliados, se habia enviado al Conde de Gallés hácia Borgoforto con dos mil Croatos, y al Baron de Bestichingen con tres Regimientos de Caraceros sobre el Oglio.

Dispuestas así todas estas tropas, marcháron secretamente hácia el Lugar de Gabiana, donde se dividiéron en seis columnas, tres de Infantería y otras tantas de Caballería. La primera consistia en dos Batallones, y doce Compañías de Granaderos, haciendo de vanguardia baxo las órdenes del Príncipe Hilburgshausen: seguian á este el Marques de Valparaiso y el Baron de Wachtendonck con siete Batallones; la segunda marchaba á distancia de doscientos pasos, compuesta de dos Batallones, é igual número de Granaderos, mandada por el Señor de Lindesheim, y sostenido por los Condes de Neuperg y Colmenero, con siete Batallones. Entre estas dos columnas, y algunas otras, seguia la tercera, compuesta de seis Batallones, mandada por el Baron de Sukuw, para acudir á una y á otra, segun lo requiriese la urgencia. De las tres columnas de Caballería, la una á la orden del Conde de Waldeck, marchaba inmediatamente despues de la tercera de la Infantería, y se componia de dos Regimientos: el Conde de Hohenembsy, el Príncipe de Saxe-Gotha con la otra, que se componia tambien de dos Regimientos, marchaba á la distancia de una milla de la Secchia; y los Barones de Zungenberg y de Cavanack con la tercera, asimismo de dos Regimientos, marchaban á la distancia de una milla mas arriba, con todos los Húsares á su frente.

(Acerca de) Todas estas columnas marcharon con tanto silencio y orden, que una hora antes del dia 15 se hallaron en las orillas de la Secchia enfrente del puesto por donde se debia principiarse el ataque, sin que los Aliados hubiesen percibido la menor cosa. Al amanecer, que era la señal para acometer á los enemigos, el Príncipe de Wirtemberg lo executó por la derecha, y el Conde de Konigseg por la izquierda, porque de allí podia dar mejor sus ordenes á la Caballería, y porque este ataque era fingido, y solo para poner en agitacion á los enemigos, y dar tiempo á las columnas de la izquierda para pasar la Secchia, lo que se executó tan felizmente, que á un mismo tiempo la Infantería y Caballería Imperial penetraron el Ejército aliado; y aunque la primera columna al paso del rio llevaba agua hasta la cintura, y tuviese por delante una casa fortificada, que servia de quartel al Mariscal de Broglio, fué tomada con tal ímpetu, que apenas aquel General pudo escaparse en camisa con algunos de su familia por las accesorias de su casa, y se fué á poner al frente de la Brigada de Campagne, que era el cuerpo de tropas que tenia mas inmediato. El remanente de su gente, su guardia compuesta de cincuenta hombres con una bandera, diferentes Oficiales, y entre estos su hijo menor, Brigadier de los Ejércitos, fueron hechos prisioneros. Todo su equipage, hasta el mismo cordon de Sancti-Espiritus, sus papeles, la caja ó arquilla en que tenia una suma considerable en dinero, fué presa del vencedor, calculándose que la pérdida de este General ascendiese á mas de ciento treinta mil ducados Venecianos.

Lue-

Luego que los Imperiales hubieron pasado la Secchia se echáron sobre la Brigada llamada del Delfin, haciendo al mismo tiempo adelantar hácia Bondanelo un destacamento de Infantería para impedir fuese socorrida, con lo que no pudiendo resistir por su debilidad se entregó á la fuga, dexándose muchos muertos y heridos. Avisados el Rey de Cerdeña y el Mariscal de Coigni de los movimientos del Ejército Imperial, acudieron con indecible presteza á ponerse á la frente de la línea, donde halláron al de Broglio, que habia formado en batalla las Brigadas de Champagne y Chivergne, y uniéndose otras dos, se adelantáron todas quatro hácia un canal seco; pero los Imperiales, que con teson proseguian la victoria que se les habia declarado, habiendo llegado con fuerzas superiores, los desalojáron de su puesto, retirándose los Franceses detras de otro canal paralelo al primero, y abandonando sus trincheras de Quistelo. El Conde de Waldeck, retirándose para reconocer este movimiento de los Franceses, fué muerto de un cañonazo.

Habiendo llegado el Ejército Imperial al mediodia á Quistelo observó que los enemigos juntaban sus fuerzas detras del canal ó foso donde se habian retirado, teniendo á su retaguardia la Secchia, y á su izquierda y frente muchos reparos y casinas guarnecidas de artillería, por lo que el Conde de Konigseg resolvió hacer alto, porque la tropa estaba sumamente cansada, pues habia quince horas que estaba en movimiento. Esta sorpresa costó á los Franceses mas de quatrocientos muertos y mil prisioneros. En este puesto mandó el Conde

de Konigseg á los Generales Welseg y Lantieri vi-
niesen á juntarse con las demas tropas por el puente
que los Aliados tenian en Quistelo, donde descan-
saron aquel dia distante una milla de los enemi-
gos. Estos pasaron de noche detras de su canal, y
fueron reforzados antes del amanecer con siete Re-
gimientos, siete Esquadrones de Caballería France-
sa, é igual número de Saboyardos.

Habiendo reconocido el dia 16 á la punta del
dia el Rey de Cerdeña con el Mariscal de Coigni,
que el Ejército Imperial, despues de haber dexa-
do delante de Quistelo un destacamento de Infan-
tería, se adelantaba por la parte de Gonsaga pa-
ra oponerse al proyecto que los Imperiales pare-
cian haber formado de hacerse dueños de aquella
Plaza, y quitar á los Aliados la comunicacion con
sus puentes: el Ejército aliado levantó el campo
para marchar á Guastala, y cortar las ideas del
General Aleman: el Marques de Maillevois mandó
la retaguardia en esta marcha, que se hizo con buen
orden, no obstante el fuego continuo de algunos
destacamentos de Caballería, y de todos los Húsar-
es que se habian juntado para inquietarla. Sin
embargo no dexaron de perder los Aliados en esta
ocasion mas de quatrocientos hombres muertos,
trayéndose los Imperiales al campo tres Batallones
de tropas Piamontesas prisioneras con sus Oficiales
y banderas, y un destacamento de quinientos Fran-
ceses: de forma que los Imperiales hicieron aquel
dia quasi tres mil prisioneros, sin contar la mayor
parte de los equipages que los enemigos perdiéron.

El Ejército Imperial campó aquella noche en
San Benedetto, así para reposarse, como para aguardar

dar las barcas que traian el pan y la cebada. El de los Aliados llegó el 17 á Guastala, y campó con su derecha al confluente de los rios Botta y Crostola, y la izquierda al Pó cerca de las trincheras de los puentes. El Conde de Conigseg, siguiendo su marcha, se adelantó hasta Monteggiana al puesto de Borgoforte, donde hizo juntar el puente que habia servido en Quingentolo. Al amanecer del dia 18 volvió á ponerse en marcha, y llegó al medio dia á Luzara, resuelto á atacar á los enemigos el siguiente. A este fin destacó el General Zungenberg con dos Regimientos de Caballería y quatro Compañías de Granaderos, que se apostaron á la vista de los enemigos para observarles, y por la mañana del dia 19 todo el Ejército se avanzó sobre el dique del Pó, marchando la Caballería en la llanura. Tenian los Imperiales á su derecha el Pó, cuyo rio, ántes de llegar á Guastala, hace un giro que dexa delante de aquella Plaza un verdadero y formal triángulo, y de que la orilla está llena de árboles, xara y broza, formando enmedio un bello prado. En este triángulo estaban apostados los Aliados, teniendo su Infantería hácia el dique y entre los árboles, de forma que los Imperiales no podian juzgar exáctamente de su número. La Caballería se habia apostado en la llanura.

No obstante esta ventajosa situacion que ocupaban los Aliados, el Conde de Konigseg no sobreseyó en el empeño de atacarlos, y mandó al Coronel Lindenheim se pusiese á la frente de doce Compañías de Granaderos para echar á los enemigos de una punta, de donde podian incomodar á su

tropa. Siguiéron inmediatamente los Generales Valparaíso y Wachtendonck con siete Batallones para sostenerle; y aunque hicieron los mayores esfuerzos no pudieron penetrar, porque los Aliados sostenian aquel cuerpo continuamente con nuevas tropas; de manera que se vió Königseg precisado á enviar al Príncipe de Hilbourgshausen con diez y siete Compañías de Granaderos y seis Batallones, baxo las órdenes del General Sichau, para sostener la derecha, que empezaba á flaquear. Los Condes de Neuperg y Colmenero siguiéron tambien á este con otros siete Batallones, con lo que toda la Infantería Imperial se halló empeñada en un ataque formal, que empezó á las diez de la mañana, y duró hasta las quatro de la tarde: ataque de los mas sangrientos y obstinados que se han visto. Detras de esta Infantería se apostáron diversos Esquadrones de Caballería para sostenerla; mientras la restante, mandada por los Generales Lanthieri, Zungenber, Saxe-Gotta, Balayra y Cavanack peleaban con la de los Aliados, haciendo los mayores esfuerzos para quitar á estos la comunicacion de sus puentes sobre el Pó, donde apoyaban su izquierda.

El Mariscal de Broglio la mandaba, y mientras daba sus órdenes para que la Infantería hiciese los mas convenientes movimientos, á fin de sostener el ataque, los Carabineros Reales, que no estaban distantes, pusieron pie á tierra, y sostuviéron con indecible ardor el primer ataque de los Alemanes. Los Coraceros de esta Nación se avanzáron para sostener á su Infantería; y entonces los Carabineros, que habian dexado sus caballos,

llos, volviéron á tomarlos para resistir al ímpetu de los Imperiales, cuyo fuego no fué ménos vehémente. La Infantería de uno y otro campo combatió con extraordinario valor, habiendo mostrado ambos Exércitos la mayor intrépidéz y observando una órden inexplicable. Todas las tropas hicieron maravillas, y la batalla tuvo tales y tantas alternativas en sus ventajas, que quasi no se pudo fixar la victoria, pues ámbos Exércitos previniéron todos los ardides de su enemigo.

La conducta del Mariscal de Coigni fué muy celebrada, pues la derecha de su Exército, no siendo atacada, mandó tan á propósito desfilas diferentes cuerpos de ella, para sostener la izquierda en los parages donde mas se necesitaba, que con esta maniobra impidió que la izquierda no se aculase en el estrecho del triángulo, donde se hallaba embarazada de los continuos asaltos de los Imperiales, que hubieran logrado una victoria completa, si lo hubiesen conseguido, y á esto se reducian sus ésfuerzos; pero aunque avanzáron con intrépidéz y con ventaja al principio de la accion, nunca pudieron romper la Caballería de los Aliados, por lo espeso de los árboles, casinas y profundos fosos donde se habian estos apostado, siendo tan seguido su fuego, que al principio de la accion quedáron heridos el Marques de Valparaiso y Warchtendonek, como tambien la mayor parte de los Oficiales del Estado mayor. Siguióse á esta desgracia la de perder al Príncipe de Wirtemberg en medio de la accion, y quando su presencia era mas necesaria para conducir la Infantería. El General Colmenero quedó asimismo muerto al fin de la

la batalla; de manera que tantas desgracias obligaron al Conde de Konigseg, despues de siete horas de combate, á hacer cesar el fuego, y retirarse á su precedente campo de Luzara, á donde llegó á las siete de la tarde, dexando muchas piezas de cañon, muchas banderas y algunos timbales.

Se hace la cuenta que quedáron en aquella sangrienta accion doce mil hombres entre muertos y heridos: á saber, siete mil Imperiales, y cinco mil de los Aliados. El Príncipe de Wirtemberg se distinguió infinitamente, y recibió varias heridas sin querer retirarse, y por fin de un fusilazo en la frente quedó muerto en el campo. Los Generales Valparaiso y Wachtendonck muriéron tambien de sus heridas; igualmente los Generales Lanthieri, Zungenberg y Hennin, gran número de Coroneles, Tenientes Coroneles, y otros Oficiales; en fin no hubo Generales á quienes no se matase algun caballo entre las piernas, y al Conde de Neuperg muchos, lo que produjo alguna confusion. Los Aliados perdieron un Teniente General, un Brigadier y cinco Coroneles: quatro Tenientes Generales quedáron heridos, quatro Mariscales de Campo, tres Brigadieres, y diez Coroneles, de que muriéron algunos. Son infinitas las alabanzas que se deben á los Mariscales de Coigni y Broglio, que manifestáron en esta batalla su grande experiencia en el arte militar. El Rey de Cerdeña con su conducta dió á conocer la capacidad del General mas consumado, por su presencia de espíritu é intrepidez en exponerse á los mayores peligros, y prudencia en dar las órdenes mas oportunas. Las tropas Piamontesas,

á la vista de su Príncipe, no se distinguieron ménos que las Francesas; ántes bien se asegura que uno de sus cuerpos, que vino á sostener la izquierda á la mitad de la batalla, tuvo la fortuna y la gloria de resolver los enemigos á retirarse. Ambos Ejércitos se atribuyeron la victoria, y en Paris como en Viena fué celebrada.

Sin duda uno y otro tuvieron motivo para contarla. Los Imperiales por la sorpresa de la Secchia, y de los dos dias siguientes, en que hicieron un botin inmenso, muchos muertos y gran número de prisioneros, estaban fundados. Los Aliados no lo fueron ménos por lo que mira á la batalla, aunque nada ganaron, pero quedaron dueños del campo, y los enemigos precisados á retirarse. Sin embargo, si se juzga por las consecuencias que ella tuvo, no se puede decir á punto fixo quién de los dos quedó victorioso. Aunque el Conde de Königseg se retiró el subsiguiente dia á esta accion al campo de Montegiana, para comunicarse con el Serraglio, la falta de víveres y forrages le hizo resolver á ello; y aunque los Aliados destacaron alguna tropa para observarle, no se atrevieron á aventurar segunda accion: es verdad que estaba acampado en una situacion ventajosa, de difícil acceso, y quasi imposible de forzar. No obstante la ventaja de este puesto, no encontrándose forrages en el pais circunvecino, determinó pasar el Pó: habiendo hecho venir los barcos de Quingentolo formó un puente, sobre el que hizo desfilir el dia 24 la mayor parte del bagage y alguna Caballería, y el siguiente lo executó el Ejército con la artillería sin embarazo alguno: rompió el puente, enviando las

las barcas al Mincio, y se acampó en Borgoforte, donde llegó un refuerzo de dos mil Croatos y algunos reclutas.

Temerosos los Aliados de verse quitar su puesto hácia el Oglio pasáron tambien el Pó el 27, y se extendieron á lo largo del rio Oglio, con su derecha á Estrada, y la izquierda á Bozzolo. Una parte de su Ejército quedó acampada cerca de Guastala baxo las órdenes del Rey de Cerdeña, que se aplicó á fortificar mejor aquella Ciudad: de allí destacó al Marques de Maillevois para que fuese á sitiar la Mirándula. Aunque este Príncipe no estaba de parecer que se hiciese esta empresa, por estar quasi á la vista el enemigo, no obstante se resolvió á ella, por haberle dado á entender los Generales Franceses que con la toma de esta Plaza se coronaba la victoria, y quitaban á los Alemanes este recurso de la parte de acá del Pó. El Conde de Konigseg, despues de varios movimientos, y haber dispuesto su Caballería en varios parages, por la comodidad de recibir sus forrages, dió orden para que se conduxese á Mantua el grueso bagage del Ejército; y á fin de dar á entender á los Aliados que meditaba alguna nueva empresa, mandó distribuir á la tropa pan por algunos dias. Avisados los Generales Franceses vivían con no poca inquietud, no obstante ser superiores en fuerza; y temerosos de una segunda sorpresa, descansaban de dia, y vigilaban de noche, habiendo dispuesto su tropa, de modo que en poquísimo tiempo podia reunirse. El Rey de Cerdeña dexó tambien los contornos de Guastala, y tomó sú quartel en Sabioneto.

Mientras procuraba el astuto Konigseg deslumbrar

brar á los Aliados en las varias marchas y disposiciones que daba en su escrito, el Marques de Maillevois se presentó delante de la Mirándula con seis mil hombres, y sin perder tiempo intimó al Comandante que se rindiese, para evitar á su guarnicion, que se componia de quatrocientos hombres, los trabajos de un sitio y los daños de un asalto. El Comandante respondió con alguna mas urbanidad, de que irritado Maillevois mandó bombardear la Plaza entre tanto disponia lo necesario para formar el sitio de ella. El Conde de Konigseg, que no cesaba de buscar arbitrios en los ardides de su imaginacion, despachó un correo al Gobernador de la Mirándula, con carta fingida, en que le decia estaba en marcha con diez mil hombres para socorrerle. Habiéndose preso el correo, siguiendo en esto sus instrucciones, el Marques de Maillevois no dudó de la realidad del aviso, que confirmaban varios Oficiales Franceses, destacados del Ejército para observar los movimientos de los enemigos, con que levantó el campo de las cercanías de la Mirándula, y fué á reunirse con el Mariscal de Coigni: lo mismo executáron diversas partidas que estaban hácia Rovera. Esta retirada hizo mas plausible las razones del Rey de Cerdeña, manifestando no era á propósito ni oportuno el emprender este sitio mientras los dos Ejércitos estaban poco distantes uno de otro, y que los Imperiales se habian reforzado con muchas reclutas y seis mil hombres de tropa reglada. Esto ocasionó alguna disension, y dió priesa á censurar la conducta de los Generales que lo habian aconsejado; pero habiéndose reconocido el engaño, el Marques de

Maillevois tuvo orden de retroceder con un tren de artillería mas numeroso para formar el sitio en toda forma.

Reflexionando el Conde de Konigseg que sus fuerzas no le permitian aventurar una accion general para salvar á la Mirándula , usó de su sagacidad para inquietar á los Aliados con sus movimientos hácia el Oglio ; á este fin dió orden á todos los Oficiales de estar prontos á marchar , y la misma noche del 7 de Octubre levantó su campo , con cuyo motivo discurriéron los Aliados que Konigseg tenia intencion de atacarlos , por lo que hicieron tocar la generala , y poner sus tropas en batalla. Mientras esto pasaba habia destacado de su Ejército hasta cinco mil hombres á las órdenes del Conde de Neuperg y los Príncipes de Anhalt y Hilburghausen , para que alucinando á los Aliados hiciesen un gran rodeo , y se juntasen con un destacamento de Caballería , que estaba en Governolo y Ostiglia. Los Generales Gali-Sardos , atentos al Ejército enemigo , para cuya observacion habian destacado una Brigada de cada nacion para avisar de sus movimientos , desatendieron al principal objeto de los enemigos , que era socorrer á la Mirándula. Con efecto , habiendo juntado estos barcas suficientes para formar un puente sobre el Pó , ellos lo pasáron el 12 de Octubre ; y quando el Marques de Mouceuil acudió con su destacamento , halló que la mayor parte habia ya pasado , con lo que no pudiendo impedir se retiró hácia la Mirándula , en donde no juzgó conveniente esperarlos el Marques de Maillevois ; y aunque se hubiese este General establecido ya sobre el cami-
no

no cubierto de la Plaza, y tuviese hecho brecha á ella, y dadas las disposiciones para baxar al foso, sin embargo tomó el partido de retirarse el dia 13; pero con tanta precipitacion, que abandonó ocho piezas de artillería gruesa, dos morteros y todas sus municiones y provisiones.

El Conde de Neuperg llegó con su destacamento delante de la Mirándula un quarto de hora despues de haberse retirado Maillevois. La Plaza, que se hallaba en el estado mas triste, fué abundantemente provista de todo género de municiones que habían dexado los Gali-Sardos, y se reforzó la guarnicion. Lo cierto es que el socorro no podia llegar mas á tiempo: el Comandante hizo mas de lo que moralmente se podia esperar. Arruinada la Ciudad de las bombas, y solo con quatrocientos hombres, resistió á los esfuerzos de los Aliados, que perdiéron mas de mil hombres en este sitio. Bien reparada y abastecida la Plaza, y deshechos los trabajos de los sitiadores, el Conde de Neuperg volvió á repasar el Pó, despues de haber dexado una fuerte guarnicion en Rovera, y se juntó al grueso de su Ejército, dexando una memorable idea de la capacidad y grandes talentos del Conde de Königseg en la guerra. Lo restante de esta campaña no le merecieron ménos elogios de toda la Europa; y aunque se le frustró su designio en atacar á los Aliados en Guastala, no se le pudo negar las acertadas medidas que habia tomado para lograr el fin. Si al principio de la accion no hubiese perdido los mejores Generales de su Ejército, hay apariencia que hubiera conseguido la mas completa victoria, porque estrechando á los Aliados en el ángulo don-

donde estaban acampados, no les quedaba otro recurso que arrojarse al Pó para salvarse, no pudiendo el puente que tenían sobre este rio contener todo un Ejército que huye delante de su enemigo, en la suposicion digo de acularlos en la punta del triángulo que formaba su campamento.

Malograda la empresa de la Mirándula, los Aliados no pensáron mas que en precaverse de las emboscadas del astuto Konigseg, disponiendo su Ejército de forma que cubria el campo del Rey de Cerdeña en Sabioneta; y en esta situacion hubiera fenecido la campaña, si las copiosas lluvias, que continuáron hasta el dia 7 de Noviembre, é hicieron salir de madre los rios Pó, Oglio y Mincio, no precisasen á los Generales de ámbos Ejércitos á buscar campos mas acomodados. El Conde de Konigseg se retiró al Serraglio. El Rey de Cerdeña, que habia ido á dar una vuelta á Turin, habiéndose restituido al campo, de resulta de un Consejo de guerra, á vista de la posicion de los Imperiales, determinó abandonar las orillas del Oglio, donde carecia de muchas cosas necesarias, y retirarse á campar debaxo de Cremona; y aunque algunos Generales eran de parecer contrario, sin embargo se siguió el dictámen del Rey, que mandó retirar los pontones, quemar los demás puentes que tenia en el Oglio, echar á pique las barcas; y cegar las líneas y otras obras; con lo que se puso el Ejército en marcha hácia su destino.

El Conde de Konigseg, que habia recibido varios refuerzos, sabiendo la resolucion de los Aliados quiso concluir la campaña con una accion ruidosa.

dosa. Para este fin se acercó al Oglio, é hizo hacer varios movimientos á su Ejército, siempre con la expectativa de ocultar sus verdaderos designios. Fué ocupando todos los puestos que habian dexado los Aliados: estos, después de dexar presidia- dos á los Estados de Milan y Parma, recogieron todas sus tropas hácia Cremona para cubrirlos, y abandonáron los Estados de Módena, sacando los pertrechos que habia en ellos; establecieron sus hospitales en Parma; y para poner esta Ciudad al abrigo de los insultos de los Imperiales, destru- yéron el famoso arco de Alexandro Farnesio, y muchos edificios contiguos, para formar una expla- nada, temerosos que las ideas de este General fue- sen contra esta Plaza: en fin los Aliados tomaron todas las precauciones que la prudencia dictó, es- perando que lo rígado de la estacion, las nieves y los caminos impracticables le impedirian executar sus proyectos, mayormente quando sus tropas ne- cesitaban de reposo.

Sin embargo todas estas consideraciones no im- pidiéron á Konigseg intentar la conquista de Guas- tala, ó penetrar en el Ducado de Parma. Para es- te efecto el dia primero de Diciembre se puso á la frente de un cuerpo de quince á diez y seis mil hom- bres hácia el Pó, que pasó el dia 8; la Infantería se avanzó á Luzara, y la Caballería á Novellara y Carpi. Hizo al mismo tiempo remontar el Pó con cantidad de barcas cargadas de cañones, morteros y municiones, que habia hecho baxar de Mantua por el Mincio, mientras el Príncipe de Saxe-Hil- burghausen, con un destacamento de mil y dos- cientos hombres con quatrocientos Húsares, pasó el

el Pó en Viadana sobre un puente volante, y fué á ocupar el puesto de Bersello, con intencion de quitar la comunicacion de Parma á Guastala, habiéndose puesto otro cuerpo en Sabioneta á la órden del General Wallis para socorrerle en caso de necesidad. Avisados los Aliados de estos movimientos, el Mariscal de Broglio acudió á Guastala, donde el Gobernador habia tomado ya las medidas necesarias para su defensa inundando las cercanías de esta Ciudad. Despues de haber visitado el Mariscal sus fortificaciones y reforzado su guarnicion, se puso en marcha para observar de mas cerca á los Imperiales. Habiendo llegado á Bersello halló que el Príncipe de Hilburghausen acababa de abandonarle repasando el Pó, con que pudo disipar los proyectos del Conde de Konigseg, cuya intencion era construir un puente entre Viadana y Bersello, unir despues allí sus tropas, y emprender el sitio de Guastala; pero sabido lo sucedido á Hilburghausen llamó las tropas que estaban en Carpi y Luzara, y volvió á repasar el Pó, tomando la una parte el camino de Sabiocello, y la otra Buon-Porto y Final.

En este estado feneciéron en Lombardía las operaciones de la campaña. Despues de haber dado este General pruebas de su ánimo, actividad y experiencia consumada entregó el mando del Ejército al Conde de Wallis, y partió para Viena. El Rey de Cerdeña volvió á Turin, donde estaba la Reyna en los últimos períodos de su vida, y murió pocos dias despues del arribo de este Príncipe. El Mariscal de Coigni tomó la posta para Paris, quedando el de Broglio solo encargado del mando del

del Ejército. Esta segunda campaña hácia Italia, como en el Rhin y en Polonia, era memorable por las dos sangrientas batallas de Parma y Guastala, y por los famosos sitios de Philisbourg y Danzick. Aquellas no decidieron de nada, y la pérdida fué quasi igual. No sucedió lo propio en Philisbourg, pues parece que la toma de esta fortaleza estancó las operaciones, no atreviéndose unos ni otros llegar á las manos, contentándose con observarse recíprocamente. El sitio de Danzick fué el que quitó la Corona á Estanislao, haciéndola pasar á las sienes del Elector de Saxonia, habiéndose reducido con este motivo á su obediencia la mayor parte de los Grandes de Polonia, que le reconocieron por su Rey legítimo.

AÑO DE MDCCXXXV.

Con gran disgusto de las Potencias marítimas, que no habian tomado parte en esta guerra, la continuaban los Aliados contra el Emperador. Los recelos de que este Príncipe perdiése enteramente la Italia, las tenia en continuo movimiento, y buscaban todos los medios posibles de conciliar el honor de la Francia, ultrajada en la persona del Rey Estanislao, con los intereses del Cesar. Ya habian entablado desde el año antecedente algunas negociaciones para procurar la pacificacion general, temerosas de verse obligadas á empeñarse en esta revolucion, que, no atajándose con tiempo, sus consecuencias podian derribar el cimiento con que habian

bian establecido su seguridad en el Tratado de Utrech. El Emperador no cesaba de reclamar los socorros á que estaban obligados por el mismo Tratado, respecto de su contravencion por parte de la Francia; y aunque habia pretexto plausible para eludir las instancias de su Magestad Imperial, sin embargo conocian las Potencias marítimas que les era indispensable el mantenerse quietas, á ménos de consentir tácitamente en la destruccion del equilibrio en la Europa; y esto era obrar contra una máxíma, por la qual habian sido tan zelosos defensores: dependiendo pues la cesacion de hostilidades de su conservacion, insinuáron á la Francia ciertos Preliminares que no podia ménos de serle gratos. La Archiduquesa Gobernadora de Flandes consultó al Emperador, y por ella pasáron á Francia, de donde se traslucióron algunos de sus artículos, que pusieron en bastante aprieto á los Aliados de esta Potencia, buscando cada uno sacar el mejor partido que pudiese. Las secretas conferencias que se tuviéron en Madrid, Paris y Turin fuéron freqüentes. La primera quiso prevenir la Francia, haciendo algunas proposiciones en Viena; el Christianísimo no desechó las que se le hacian por parte de las Potencias marítimas, que no le disimuláron las amenazas: solo el Rey de Cerdeña, embarazado con sus ideas, no se atrevió á explicarse, fiando al tiempo su suerte: de manera que entre tres Aliados, unidos con los vínculos de la mas estrecha amistad, reynaba una suma desconfianza.

Entre tanto se hacia visible el fundamento de ella, la España no sobreseia en los continuos prepa-

parativos para proseguir la guerra. No quedaban de los Reynos de Nápoles y Sicilia mas que las Plazas de Mesina, Siracusa y Trápani en este último, y era preciso reducirlas por la fuerza ántes que algun contratiempo dilatase su conquista. A este efecto mandó Felipe V al Rey Don Carlos pasarse incontinenti á Sicilia, no solo para que le reconociesen y jurasen sus nuevos vasallos, sino tambien para acelerar la rendicion de dichas fortalezas. El dia 3 de Enero salió este Soberano de Nápoles, emprendiendo su viage por tierra hasta Reggio, donde se embarcó para Mesina. El mismo dia se puso el Duque de Montemar á la frente de la tercera columna de las tropas que marchaban á Lombardía; y el subsiguiente tomó solemnemente el Conde de Charny la posesion de su dignidad de Virey de Nápoles, para exercerla en ausencia de su Magestad de las dos Sicilias.

Quando este Monarca llegó á Sicilia estaba ya la Ciudadela de Mesina en punto de rendirse. El Príncipe de Lobkouwitz, que mandaba en ella, se habia comportado durante el sitio, no solo como soldado valeroso, sino tambien como Capitan experimentado y Príncipe generoso: la falta de víveres le obligó por fin á capitular despues de cinco meses de sitio. Quando el Conde de Marcillac le puso cerco, no tenia para seis semanas de provisiones; y para subsistir, avisó y mandó se cortasen por trozos varios cañones que no podian servir, vendiéndolos á los Patronos ó Capitanes que pasaban el Faro, y á quienes obligaba á abordar mediante algunos cañonazos que se les disparaban. Con este motivo sacaba Lobkouwitz algun di-

nero de sus provisiones superfluas; pero en fin viéndose sin esperanza de socorro, pidió el 23 de Febrero capitulación, que se le concedió con los honores militares. Salió de la Plaza con número de ochocientos hombres, para ser conducidos á Trieste.

Después de esta conquista se pensó en sitiar formalmente á Siracusa, que hasta entónces estaba bloqueada; y sin embargo de la dificultad de transportar la artillería y municiones, el Marques de Gracia-Real halló medio de colocarla en oportuna situación, con lo qual intimó al General Roma á que se entregase: este, que mandaba en la Ciudad, pidió licencia de despachar un Oficial á Malta, donde se hallaba el Virey de Sicilia (Conde de Sástago) para informarle de su situación, y saber cuál era su resolución á vista del total abandono de la Sicilia. La respuesta fué una orden expresa al Gobernador de defenderse hasta el extremo: orden disparatada, y que no podía tener efecto, á ménos de privar á su Soberano de la gente que tenia, y poder servir en otra parte con mas suceso: bien lo conocia el General Roma, sin embargo al riesgo de lo que le podia suceder, se defendió hasta el dia 2 de Junio, que capituló salir con los honores de la guerra. Sin pérdida de tiempo pasó el mismo Marques de Gracia-Real á Trápani, y habiendo requerido á su Comandante el Señor Caneras, se entregó con las mismas condiciones que Siracusa. Esta última conquista de Sicilia sometió el Reyno al Rey de Nápoles, que pasó inmediatamente á Palermo á coronarse, lo que se efectuó el dia 3 de Julio con la

ma-

mayor pompa y magnificencia.

Las operaciones de la precedente campaña en Lombardía, no habiendo aumentado nada á las anteriores conquistas, se dispuso al principio de este año en Paris fuese superior el Exército de los Coligados al de los Imperiales, para poder obrar con mas acierto, y acabar de echarlos de la Italia. A este fin el Duque de Montemar recibió repetidas órdenes para que despues de arreglado todo lo concerniente á la seguridad de los Reynos de Nápoles y Sicilia, se pusiese en marcha, sacando la mas tropa que fuese posible, y pasase con ella á tomar quarteles de invierno á la Toscana. El Duque las dividió en tres columnas, y se puso á la frente de la última, como queda dicho, y se encaminó por el Estado de la Iglesia. Su Santidad mandó construir en las cercanías de Roma tres puentes sobre el Tiber, á fin de facilitar con prontitud el tránsito de estas tropas, para evitar por este medio su detencion; pero las providencias del Papa no impidiéron se cometiesen varios desórdenes. Con motivo de algunos desertores, los Oficiales Españoles tomaban como en rehenes el duplicado de habitantes de los Lugares de donde habian desertado los soldados, aunque despues de algunos dias los soltaban; y esto no remediando el que la desercion continuase, se atraxéron los Españoles el odio de los pueblos por donde transitaban, el que se comunicó á todo el Estado Eclesiástico. Por otra parte gran número de Oficiales, los mas Italianos, pero en servicio del Rey Católico, esparciéndose por el pais abusaban abiertamente de los privilegios de la hospitalidad, usurpaban las

las regalías del Soberano, cometiendo otros excesos que excusamos referir; y en desprecio de las leyes y Bulas Apostólicas, alistaban de un modo irregular y artificiosamente, no solo los peregrinos, sino tambien los habitantes de las Ciudades y del campo: proceder que irritó de tal modo los espíritus, que al año siguiente prorrumpiéron en una sedicion, que pudo haber atraído fatales conseqüencias si no se hubiesen atajado con tiempo, como se dirá en su lugar.

En fin, con bastante inquietud de los pueblos, atravesó el Ejército de España el Estado Eclesiástico, y pasó á Toscana á tomar quarteles de invierno. La artillería y municiones se transportaron por mar desde Nápoles á Liorna, donde llegó tambien un nuevo refuerzo de tropas de España, de manera que el Duque de Montemar se halló con veinte y cinco mil hombres á sus órdenes para la empresa de Lombardía. Habiase formado el plan de la campaña en la Corte Christianísima en la forma siguiente: el Rey de Cerdeña, Generalísimo de los tres Ejércitos de los Coligados: el Duque de Montemar con el suyo debía obrar separadamente por la parte del Parmesano y del Modenés; y los Gali-Sardos juntos, cuyas fuerzas ascendian á ochenta mil hombres, debian dividirse en dos cuerpos, el uno de cincuenta mil atacar á los Austriacos á la parte del Oglio alto, y el otro de treinta mil por la del Oglio baxo. El número de las tropas Imperiales era muy inferior, pues no pasaban de veinte y ocho mil hombres; pero cada dia se iba aumentando con muchas reclutas que venian de Alemania.

nia. Para precaver la discordia que regularmente suele haber entre los Generales sobre la precedencia en el mando tocante á la antigüedad; habia la Corte de Francia prudentemente dispuesto que el Mariscal de Coigny pasase á mandar en el Rhin en lugar del de Ansfeld, á quien se concedió la licencia de retirarse, así por su crecida edad, como por sus achaques; y que el de Noailles pasase á Lombardía, quitando por este medio todo género de disension, pues desde la guerra de Cataluña el Rey Católico habia nombrado al expresado Duque de Noailles Capitan General de sus Exércitos, con cuyo título no habia embarazo en que mandase al de Montemar, respecto de ser ménos antiguo.

Antes de juntarse este General con los Aliados pasó á principios de Marzo á reconocer las Plazas de los Presidios de Toscana, Orbitelo, Puerto Hércules y Monte Felipe, en que habia guarnicion Imperial. Se destacó para el sitio de estas fortalezas al Marques de la Mina, con mucha artillería y un buen cuerpo de tropas, el que se presentó delante á principios de Abril. El Castillo de San Felipe se embistió inmediatamente, y la casualidad de haber caido una bomba sobre el almacén de pólvora, hizo que los sitiados se entregasen prisioneros de guerra, despues de haber resistido mas de lo que se creia. El de Puerto Hércules no tardó en seguir el exemplo, porque dominado de aquel era preciso se rindiese tambien, no obstante el haberse defendido bastante, y vendido caro la fortaleza á los Españoles. Orbitelo fué la que se mantuvo con mas teson; pero sin esperanza de socorro, despues de haberse resistido su

Gobernador mas de dos meses, y defendido valerosamente se entregó, capitulando salir con los honores militares, para ser conducido á los puertos de Istria en el mar Adriático, estipulándose no serviria su guarnicion contra los Aliados en el término de un año. Estos sitios no hicieron mucho honor al Marques de la Mina, y perdió bastante gente en esta expedicion. En llegando delante de Monte Felipe puso su campo en posicion tan contraria á las reglas del arte, que el cañon del enemigo lo barria por todas partes, y ni aun su quartel estaba seguro de las balas. Habiendo caido algunas en su tienda, le obligó á mudar de situacion y alojarse algo mas distante, y la casualidad de haber caido una bomba en el almacén de la pólvora del Castillo, como queda dicho, le aseguró el éxito de la empresa, que sin este accidente hubiera encontrado obstáculos grandes á sus designios.

Mientras estaba ocupado en el sitio de estas Plazas, el Duque de Montemar, que se habia restituido á Florencia, á fin de dar las disposiciones convenientes para la marcha del Ejército, se despidió del Gran Duque Juan Gaston, y pasó á Prato, desde donde la tropa fué desfilando sobre una columna hácia Lombardía (á principios de Mayo). En las orillas de la Secchia se juntaron los Españoles con los Aliados, quedando estos á la otra parte del río, y aquellos en Bendanelo. El Rey de Cerdeña estaba en Guastala, á donde pasaron los Duques de Noailles y Montemar, con algunos Generales, para conferenciar sobre las operaciones de la campaña, á fin de echar enteramente á los

Ale-

Alemanes de Italia, y hacer el sitio de Mantua.

El Conde de Konigseg, que desde el principio de la campaña había procurado mantenerse sobre la defensiva, por no permitirle sus fuerzas emprender cosa alguna contra los Aliados, los tuvo sin embargo en continuo movimiento. Luego que llegó al Ejército Imperial, que fué el día 16 de Marzo, su primer objeto fué mandar se fortificasen la Plaza de la Mirándula con los puestos de Borgoforte, Revere, y algunos otros, á lo largo del Oglio, y se abandonasen y demoliesen las fortificaciones de algunas Plazas, que no le parecia poder conservar con las endebles fuerzas que tenia. La Corte de Viena no había juzgado á propósito aumentar el Ejército de Lombardía, solo sí hacer respetable el del Rhin, impidiendo al de Francia pudiese emprender ninguna cosa de importancia, entre tanto se trataba del interes de algunas Potencias en la Corte Imperial por medio del Señor de la Beacune, que habia pasado á ella disfrazado para deslumbrar y aun prevenir las ideas de la Reyna Católica, que buscaba modo de componerse separadamente con su Magestad Imperial. Este Príncipe habia ya recibido de las Potencias Marítimas los Preliminares para la paz, y admitidos con alguna mutacion. La Francia, que igualmente los habia recibido, daba muestras de condescender á las instancias de las referidas Potencias; pero no podia resolverse á abandonar al Rey Estanislao su suegro, objeto único del motivo de esta guerra. Buscáronse diversos temperamentos que pudiesen conciliar la honra de la Francia en este empeño, y por esto se trabajó con indecible calor, sin que

que los Aliados de esta Potencia sospechasen la menor cosa.

Por lo mismo el Rey de Cerdeña, deseoso de concluir la guerra de Italia, buscó todos los arbitrios posibles para lograr el fin. Para este efecto luego que llegó al Ejército, que fué el 11 de Mayo, mandó reunir en un cuerpo los varios destacamentos que estaban esparcidos en el Parmesano y Modenés, y pasó el Pó el 17 del mismo entre Viadana y Bercelo, y se avanzó hácia Guastala. En un gran Consejo de guerra se decidió hacer los mayores esfuerzos para obligar á los Alemanes á repasar el Pó, y si no presentarles batalla; hacer despues el sitio de la Mirándula con una parte de las tropas Aliadas, mientras que lo restante del Ejército penetrase en el Mantuano. El Conde de Konigseg, que transpiró los designios de sus enemigos, hizo reforzar su campo de San Benedetto y varias obras en las avenidas. Tenia sobre el Pó dos puentes para la comunicacion del Mantuano, y otros tres sobre la Secchia; y en esta situacion ventajosa esperó á los Aliados, quando el arribo de las tropas Españolas le hicieron mudar de posicion. Bien conoció el General Aleman que la intencion de los Coligados era unirse á la ribera opuesta de la Secchia, y llevar despues todas sus fuerzas sobre el Pó, para estrechar mas al Ejército Imperial; y para evitar esta idea de sus contrarios, tomó el partido de levantar su campo y repasar el Pó, lo que se efectuó sin pérdida, y sin que los Galisardos tuviesen la menor sospecha de esta resolucion, no obstante tener diversos destacamentos á media legua de distancia; y quando quisieron
car-

cargar sobre los Imperiales halláron que estos habían ya recogido sus puentes, y dirigido hácia el Serraglio para cubrir el Mantuano.

Sin embargo, conociendo que esta retirada era demasiado precipitada, y que no le haria honor en el mundo, no obstante tener un Ejército tan inferior al de sus enemigos, dispuso retroceder y venir á acampar baxo de Ostiglia, y volver á establecer sus puentes sobre el Pó enfrente de Revere. Habiendo sabido que un cuerpo de Gali-Sardos habia tomado el camino de San Benedetto, mientras los Españoles se iban extendiendo á lo largo de la Secchia hasta Quistelo, tramó el proyecto de sorprehender á estos y reconocer las obras que se hacian en Revere, por si podian hacer alguna resistencia, y establecer en ellas una guarnicion capaz de defenderlas, y practicarse con este motivo la comunicacion con la Mirándula. Para este efecto pasó aquel rio con una escolta de quinientos infantes, quatrocientos caballos y trescientos Húsares, dexando dispuesto lo mas de su Ejército para que lo siguiese; pero los Húsares, haciendo mas de lo que se les mandaba, marcháron hácia Quingentolo, donde estaba una gran guardia de Españoles mandados por el Teniente Coronel Moron. Este, sin atender á su obligacion, mandó al Cura del Lugar, por ser dia de fiesta, que al amanecer dixese Misa: tiempo oportuno para los Húsares, que se echáron sobre la gran guardia, y se la lleváron prisionera de guerra con su Comandante y demas Oficiales que estaban oyendo Misa. El alarma se introduxo luego inmediatamente en el campo por dos soldados que pudiéron escapar; y

habiendo mandado el Duque de Montemar tocar la generala, tomaron las armas todos los Granaderos del Ejército, y con toda la Caballería se encaminó el Duque para reconocer á los enemigos, que se retiráron á Revere, mientras el Marques de Bay, Teniente General de dia, dió las disposiciones necesarias en el campo para recibirle en caso de ataque. (pues se creía viniese Konigseg á este fin), derribando un sin número de árboles, cuyo país está lleno, y sirviéndose de sus troncos y ramas para atrincherar el Ejército, haciendo trabajar con un foso profundísimo y ancho, que cubría su frente; pero todas estas precauciones fuéron inútiles. El Duque de Montemar, que habia ido al encuentro de los Alemanes, como queda dicho, halló que se retiraban hácia Revere, con lo qual se volvió el Duque á su campo.

Conocida la intencion del Conde de Konigseg, al otro dia los dos Ejércitos Español y Frances se pusieron en marcha para forzar este puesto, y obligar á los Imperiales á repasar el Pó. Los Duques de Noailles y Montemar, á la frente de los Granaderos, sin pérdida de tiempo, hicieron atacar sus puestos avanzados, que aunque endebles, no dexáron de resistir hasta la noche, en que habia resuelto el Conde de Konigseg evacuar á Revere, y retirar sus puentes, como en efecto se executó; de manera que al amanecer del dia siguiente 7 de Junio, quando el Teniente General Conde de Maceda se presentó delante de la Plaza con los Granaderos Españoles, halló que los enemigos habian pasado el río, y se fortificaban á la ribera opuesta para defender el paso en caso de intentarse; y como

mo tenían tambien algunas galeotas armadas, que podian causar no pequeño perjuicio, así en el establecimiento de puentes sobre aquel rio, como para facilitar el tránsito de él á sus tropas ligeras, el Duque de Montemar resolvió echarlas á pique.

Establecióse una batería de diez y ocho piezas de cañon en la orilla para este fin; pero como los Alemanes tenían otra igual al otro lado, se cañoneáron con este motivo los dos campos, bien que se logró la idea de echar á pique las referidas galeotas. Los Franceses, que servian la artillería Española, por estar los Artilleros de esta nacion ocupados en los sitios de Orbitelo y Puerto Hércules, perdiéron dos Oficiales y algunos Soldados. El Rey de Cerdeña, que estaba en San Benedetto con su Ejército, dispuso levantar el campo para pasar á Bozolo, despues de haber dexado doce Batallones, ocho Esquadrones y un destacamento de Húsares á las órdenes del Marques de Maillevois, para unirse en caso necesario con los Españoles, y atender á lo que pasaba sobre el Pó. Destacó tambien su Magestad al Marques de Bonas con igual número de Batallones, y algunas Compañías de Dragones para observar á los enemigos, mientras otro cuerpo considerable de tropas se avanzó hácia el Oglio para asegurar los puentes que tenia en este rio, por los quales habia pasado Bonack: disposicion que se dirigia á cortar la retirada al Conde de Konigseg, si hubiese permanecido mas tiempo en Ostiglia; por tanto se retiró este General á Governolo, y de allí á las cercanías de Mantua.

No siéndole posible contrarrestar á un tiempo tres Ejércitos, de que el menor era superior al suyo,

ántes bien viéndose estrechado por los Gali-Sardos, que intentaban cortarle la retirada, usó de su sagacidad para burlar su vigilancia, unas veces haciendo ademán de presentarles batalla, otras con varios movimientos deslumbrar sus verdaderas intenciones, hasta que pudo llegar con su Ejército baxo del cañon de Mantua, que fué el dia 14. Apénas se retiráron los Alemanes de Ostiglia, quando dispuso el Duque de Montemar pasase el Pó el Ejército sobre un ponton, que causó bastante admiracion á los enemigos, que creian no podria efectuarse el paso de aquel río en algunos dias por falta de puentes. De Ostiglia se destacó al Marques de Castelar, que acababa de llegar de Madrid, con los Granaderos del Ejército y algunas Compañías de Carabineros; el Conde de Secile tuvo orden de seguirle con tres Regimientos de Caballería, y Don Joseph Aramburu con alguna Infantería para sostenerlos, en caso de alcanzar á los Imperiales, que sin embargo se retiraban en buen orden. El dia siguiente el General Español se puso en marcha con todo el Ejército para Governolo, donde acampó. El Teniente Coronel Moron, que habia sido cangeado con su gran guardia en Revere con otro igual número de Imperiales, fué destacado con una partida de cien caballos para dar sobre la retaguardia de los enemigos, y vengarse de la sorpresa de Quingentolo; pero á pesar de su diligencia, con todo que llegó cerca de Mantua, no pudo dar con ellos, porque el Conde de Konigseg, despues de haber provisto de todo lo necesario á la Plaza de Mantua, y reforzado su guarnicion, se fué retirando hácia el Trentino, á donde habian

bían ya llegado los enfermos y equipages; y habiendo pasado el Adige el día 22 de Junio, opuso un obstáculo á sus enemigos de perseguirle.

Con esta retirada, hallándose los Aliados dueños de todo el país, ménos Mantua, recogieron gran cantidad de granos que los Imperiales habian abandonado, y no cupo poca parte á los Españoles, que prosiguieron su marcha hasta Castellaro, donde se acuartelaron por el rigor de la estacion, mientras se tomaban las convenientes medidas para el sitio de Mantua. A este campo se restituyó el segundo destacamento, que se hizo baxo las órdenes del Coronel Don Fernando de la Torre, y del mismo Moron, para acometer la retaguardia de los enemigos que alcanzaron. Tratóse una pelea bastante reñida; y no pudiendo superar los esfuerzos de los Españoles, aunque no tenian mas que trescientos caballos, los Húsares, Corazas y Dragones, en número de mil y quinientos, se vieron estos obligados á poner ple en tierra para contenerlos, é impedir ocupasen los desfiladeros, con lo qual hubieran quedado cortados con el grueso de su Ejército; y aunque los Imperiales fueron atacados varias veces con vigor, pudieron mantenerse en su puesto; pero no sin pérdida de gente, pues pasaron de ciento y cincuenta entre muertos y heridos. Los Españoles perdieron varios Oficiales, entre ellos cinco Capitanes y un hijo de Don Fernando de la Torre, y hasta quarenta hombres entre muertos y heridos. Esta accion se tuvo por gloriosa á vista de la superioridad de los enemigos.

Retirados los Imperiales al Tirol, tuvieron los
Ge-

Generales Español y Frances un gran Consejo de guerra con el Rey de Cerdeña, en que fué resuelto, que en el ínterin llegase la artillería para formar el sitio de Mantua, hiciesen los Españoles el de la Mirándula, y quedase estrechamente bloqueada la Ciudad de Mantua, acampando los tres Ejércitos aliados, de manera que no pudiese entrar ni salir nadie. En conformidad de esta resolución, el Conde de Maceda fué nombrado para mandar el sitio: se le dió un tren considerable de artillería; y con los piquetes que se sacáron del Ejército se le formó un cuerpo de ocho mil hombres. El Duque de Montemar pasó á la Concordia, para estar mas inmediato á dar las disposiciones mas eficaces á esta empresa, desde donde requirió al Comandante á que entregase la Plaza, que se hallaba bloqueada desde que los Españoles llegaron á las inmediaciones del Pó; pero su Comandante, el Baron de Stentez, respondió que tenia órden de su Soberano de defenderse hasta el extremo, con lo que se trató de rendirle por la fuerza.

Mientras se daban las disposiciones convenientes para el sitio de la Mirándula, el General Vutguenew, Comandante de Mantua, tomaba las mas precisas medidas para su defensa. La primera diligencia que hizo fué desarmar á los habitantes, por lo que pudiese acontecer, ofreciendo restituirles sus armas (que se depositáron en el arsenal) despues del éxito del sitio. El Marques de Maillevois, que mandaba los Gali-Sardos, se acercó á las puertas de Mantua por la parte del Serraglio, y con unas quantas galeotas que tenia sobre el lago que rodea á Mantua, impidió que nada pudiese entrar

en ésta Ciudad, habiendo tambien prohibido á los paisanos de los Lugares circunvecinos, pena de la vida, transportar cosa ninguna á ella; pero las enfermedades que se introduxéron en su campo, con motivo de las exhalaciones fétidas del lago y demas pantanos, le obligáron á alejarse, dividiendo sus tropas en cuerpos de mil y quinientos hombres cada uno.

Atento el General Aleman á los movimientos de los Aliados, se aprovechó de su distancia para recoger gran número de provisiones que hizo entrar en su Ciudad, con todo que tenia las necesarias para mas de un año; y queriendo indagar las de los particulares registró sus casas y todos los Conventos; mas habiendo encontrado en estos mas de doce mil sacos de granos sobrantes para su subsistencia, mandó distribuirlos al pueblo, con la obligacion de entregar el valor á los propietarios. Las solicitudes y desvelos con que se portaba en todo lo que podia contribuir á la conservacion de Mantua, le sirviéron para descubrir una peligrosa conspiracion que habia tramado cierto Bigheliry. Este malvado habia trazado un plan de los parages más endebles de la Plaza, y comunicado á los Generales de los Aliados (por medio de su padre, que residia en Verona), á quienes tambien avisaba de quanto pasaba en la Plaza.

AÑO

NOTA. Por mas diligencias que se han practicado en busca de los quadernos, que sin duda alguna escribió el Autor de estas Memorias, pertenecientes á este año, y siguientes de 1736, 1737, 1738, 1739 y 1740, no se han podido encontrar; y solo se han hallado algunas correspondientes á los años de 1741, que ponemos aquí, y son las siguientes.

AÑO DE MDCCXLI.

Inmediatamente que sucedió la muerte del Emperador Carlos VI se principió en los Estados de la Monarquía Española y en los del Rey de las dos Sicilias á reclutar gente, prevenir tropas, aprontar Esquadras de navios, fundir cañones y morteros, y preparar todo género de víveres y municiones de guerra. El Rey Católico nombró luego por Generalísimo de todo este armamento al Duque de Montemar, sugeto bien conocido por la fortuna que siempre le acompañó. Dió asimismo este Príncipe orden á sus Ministros para que exâminasen los escritos que se conservaban en los archivos; y habiéndose executado, decidieron tocaba á su Magestad Católica la herencia de los Estados de la Casa de Austria en Italia, y aun á la sucesion universal de ellos, en virtud del testamento de Carlos V, quien llama á la línea Austriaca de España, en falta de Baron en la de Alemania. No tardó esta Corte en manifestar sus pretensiones: á mediado de Enero Don Joseph Carpintero, Secretario de Embaxada, que habia quedado en Viena despues de la partida del Conde de Fuenclara, Embaxador de los Reyes Católicos, protestó, en la forma acostumbrada, contra la posesion tomada por la Reyna de Hungría de los Estados del Emperador su padre, entregando al Gran Canciller, Conde de Sintzendorff, el escrito, cuya protesta incluia varios títulos, y señaladamente el
del

del Orden del Toys on de Oro : despues de lo qual partió improvisamente de Viena , sin despedirse de nadie , para restituirse á España. El Conde de la Peyrouse , Ministro de Baviera , habia executado lo mismo pocos dias ántes , en virtud del testamento del Emperador Ferdinando I , porque se sentia apoyado de la Francia , que á toda costa queria aniquilar esta formidable Potencia , y hacer pasar la Diadema Imperial á otra casa. El Rey de Prusia , mas sagaz que ninguno de los pretendientes , deslumbrándolos , ofreció á la Reyna de Hungría , que como uno de los Garantes de la Pragmática-Sancion estaba resuelto á defender sus Estados , para cuyo fin tenia un Ejército de veinte mil hombres ; y no obstante el rigor de la estacion se fué internando en la Silesia con tal ardid , que ya se habia apoderado de ella , quando apenas podia creerse en Viena obrase de mala fe ; pero corridos los bastidores , el engaño se manifestó , y quedó hecha la Silesia teatro de la guerra.

Las hostilidades que la guarnicion Española de Orbitelo empezó á cometer contra los súbditos de Toscana , persuadia á los Austriacos que la Corte de Madrid no diferiria tampoco mucho tiempo el poner en execucion sus designios. Varios destacamentos de la guarnicion de esta Plaza hicieron diferentes correrias , quitando á los habitantes del campo granos y ganados. Los Húsares de Grosseto salieron para contener estos robos , y con este motivo hubo entre ámbas tropas en los meses de Enero y Febrero algunas escaramuzas. Noticioso el General Wactendock de este desorden , dió quejas al Gobernador de Orbitelo , quien pro-

testó ignoraba quanto le decia ; pero que se haria informar de la verdad , y de lo que hubiesen quitado sus tropas , y que entre tanto estaba pronto á pagar los daños cometidos por ellas. Esta centella pudo ántes de tiempo encender la guerra en aquel pais , si el Cardenal de Fleury no se hubiese mostrado mas indulgente con el Gran Duque de Toscana , que con la Gran Duquesa su muger.

Como las prevenciones militares que se hacian en España se dirigian á la Italia , y que las tropas desembarcarian sin duda (segun habia ideado el Duque de Montemar) en las costas de Génova , para desde allí empezár las operaciones en la Toscana , ó en el Parmesano ; temerosos los Genoveses de que se dixese habian concedido lo que no podian impedir , es á saber , el paso por sus Estados ; el Senado envió orden á su Ministro en Paris de sondear sobre este propósito al Cardenal de Fleury. El Ministro de España hacia fuertes instancias á este Purpurado para que su Magestad Christianísima permitiese el paso por la Francia á las tropas Españolas , y las mismas instancias se hicieron en la Corté de Turin para obtener el de Saboya ; pero este Príncipe manifestó claramente su intencion , excusándose con el Rey Católico , pretextando de que , siendo la Reyna de Hungría y el Gran Duque de Toscana sus cuñados , no queria darles prudente motivo de quejas. Las intenciones de la Francia eran mas recónditas , aunque no se tardó en percibir el verdadero interes que la movia ; y para ocultarlas mejor declaró , que queria mantener los empeños contratados en la garantía de

de la Pragmática-Sancion, especialmente en la parte que tocaba al Gran Duque de Toscana. En este sentido respondió al Pontífice, conjurándole su Santidad apartase la guerra que amenazaba á la Italia; y aunque esta carta no era en nada ménos que categórica, el Cardenal de Fleury le aseguró positivamente en otra posterior, que el Rey su amo estaba resuelto á no conceder á las tropas Españolas el tránsito por la Francia.

Satisfecho el Santo Padre, de las seguridades que le daba el Cardenal de Fleury, exhortó tambien al Rey Católico á que no fuese autor de nuevas turbulencias en Italia, rogándole se sirviese emplear las fuerzas que Dios le habia dado, contra los Ingleses, enemigos de la Iglesia: que le resultaria á su Magestad en esta guerra mucha gloria y ventajas: que Dios le colmaria de felicidades. A vista del anhelo que el Padre comun de los Christianos mostraba de la quietud pública, la Corte de España buscó modo de aplacar el ánimo de su Beatitud, insinuándole se habia descubierto tenían resuelto los Ingleses apoderarse del puerto de la Especie, baxo el pretexto de asegurar su navegacion en el Mediterráneo; añadiendo tambien, solicitaban del Gran Duque el que vendiese ó hipotecase al Rey de la Gran Bretaña la Ciudad y puerto de Liorna por la suma de seis millones de florines; y que consiguientemente parecia fuese más útil á la Santa Sede, que se asegurase de aquellos parages una Potencia Católica. Ya sea que el Santo Padre se aquietase, por creer no tendrian efecto estas ideas, ó se confiase en las promesas del Cardenal de Fleury, lo cierto es que no insistió más; y aquel

Pur-

Purpurado le juró palabra, á lo ménos por este año, negando constante el paso á la España, y aún la persuadió con razones y promesas se mantuviese quieta, en que condescendió con harto daño suyo.

Mientras duraban estas diferencias continuaban las hostilidades entre la España y la Inglaterra; pero no con tanta fuerza en Europa como en América. No hubo forma de que se pudiese conciliar la paz entre estas dos Potencias, porque ni una ni otra se emplearon seriamente al logro de ella. La Francia, que parecia hacer el oficio de mediadora, no obstante el empeño que ya la ocupaba en la premeditada guerra de Alemania, tenía sobrados motivos de quejarse de la altivez de los Ingleses, que no respetaban su pabellon, habiendo atacado diversos de sus navios, con pretexto de que creían ser Españoles; y aunque este proceder agrió la Corte de Francia, y dió quejas á la de Londres, esta orgullosa nacion no hizo caso. Es verdad que esta le acumulaba el no haber tenido sus empresas el éxito que esperaban, por haber unido sus Esquadras en la América á la Española, mandada por Don Rodrigo de Torres, pero en fin, restituidas á Europa, dispuso ir sobre Cartagena el Almirante Vernon con una Armada tan bien provista, qual no habia visto aún aquel continente.

Ansioso pues de cumplir con los deseos de la nacion Británica, y con el seguro de no encontrar obstáculo en su empresa, salió de la bahía Irlandesa con una fuerte Esquadra de navios de línea, y hasta ciento y quarenta bastimentos de trans-

transporte. El día 4 de Marzo se presentó delante del fuerte de Chamba, uno de los de la Plaza de Cartagena, y aunque este disparó algunos cañonazos, la poca gente que había dentro se retiró luego que vió á los enemigos aproximarse para atacarle. Entre este fuerte y los de Santiago y San Felipe habían los Españoles construido con fatigas una batería; pero no tuvieron tiempo de poderla guarnecer de artillería; lo que facilitó á que tres navios de guerra estrechasen tanto á estos fuertes, que aunque fué recíproco el fuego, y quedasen estos navios maltratados, sin embargo se vieron los Españoles obligados á abandonarlos, sin duda por orden del General Don Sebastian de Eslava, quien conservaba la tropa para la defensa de la Ciudad.

Desembarcando los enemigos aquella misma noche los Granáderos, diéron disposición para apoderarse de estos Castillos, y avanzándose hacia ellos lograron entrar sin la menor resistencia, porque no habia quien los defendiese, habiéndose retirado á la Plaza. En los dias subsiguientes desembarcaron los Ingleses el todo de sus tropas, que llegaban á mil hombres, con sus tiendas, cañones, municiones, quedando efectuado el día como dos baterías de los Españoles atormentadas con un grueso de tropas que mandaba el Brigadier Ventvorz, destacó el Almirante algunos botes con suficiente número de soldados, que desembarcados atacaron las baterías, y se apoderaron de ellas. Este principio de suceso, animando á los Ingleses, el expresado Ventvorz hizo trabajar por la parte opuesta de esta batería; y habien-

do

do construido una de morteros, empezó el día 22 á batir el Castillo de Bocachica, lo que executáron el día siguiente tambien quatro navios de guerra, que á este fin habia enviado el Almirante. La guarnicion del Castillo correspondió con un fuego tremendo; y habiendo el viento arrimado dichos navios mas de lo que era menester, recibieron mucho daño en los buques; pero quanta mas resistencia encontraban, tanto mas se esforzaban en el empeño, con lo que, doblando su fuego en los dos dias siguientes, lograron hacer en el fuerte una gran brecha, y atacándole con valor se hicieron los Ingleses dueños de él. A este tiempo, temiendo los Españoles que algunos de sus navios quedasen presa de los Ingleses, pegaron fuego en ellos. Pareciéndoles á estos que los Españoles estaban consternados de tantas ventajas como hasta entónces habian conseguido, diéron asalto al fuerte de San Joseph, donde no encontraron mas que tres soldados dormidos, habiendo huido los demas.

Lisonjeándose los enemigos de que ya Cartagena estaba en su posesion, como si el Capitan General Don Sebastian de Eslava no pensara en hacerlos arrepentir de su temeridad, emprendieron romper la cadena que cerraba el puerto, y abordaron el navio del Teniente General Don Blas de Laso, nombrado la Galicia, donde hicieron prisioneros dos Capitanes de Marina y sesenta marineros, que no pudieron escaparse en los botes. El día 26 el Almirante Ingles hizo fuerza de velas para penetrar en el puerto; pero sobre la mucha dificultad que encontró, advirtió habian echado á pi-

que

que los Españoles dos navios gruesos en medio del canal, y pegado fuego á otro que aún ardía por la parte de la costa; paso preciso para entrar. Quatro horas de trabajo indecible le costó á Vernon para superar los embarazos del canal y entrar en el puerto. Los navios Gurford y Oxford siguiéron al Almirante aquella noche; y el 27 se pusieron todos enfrente del Castillo grande, ó de Santa Cruz, para quitarles todo género de comunicación con el agua. El mismo dia se encargó al navio el Worcester se acercase al muelle, donde hay una fuente de agua dulce, y era grande recurso para el servicio de las Esquadras. Hacia el medio dia entraron otros dos navios, y se hicieron dueños de quantos bastimentos habian quedado, y tambien de una batería de diez y seis cañones.

Con tan rápidos progresos, y hasta entónces con muy poca pérdida, juzgáron los enemigos que los Españoles habian perdido ánimo, y mas quando viéron al dia 28 que habian echado á pique todos sus navios, dexando solamente dos de guerra y uno con bandera Francesa. Aun cobráron mas brio quando el 30 el Caballero Ogle se adelantó con su navio, hizo una descarga sobre el Castillo, por ver si respondia con su fuego; pero viendo que se observaba sumo silencio, hicieron señal á sus barcas armadas para que fuesen á tierra y acometiesen al Castillo; de que se apoderáron sin la menor resistencia. El Almirante nombró por Gobernador de él al Capitan Knowles, y dió orden á sus bombardas para que se acercasen á la Ciudad y la bombardeasen. Antes de executarse esta determinacion, el Almirante convocó á los Oficiales á Consejo de gue-

guerra, y después de haberles hecho un elegante discurso sobre las ventajas que conseguia la nacion Británica en la conquista de esta Plaza, y la honra que por ella les resultaba, los exhortó á cumplir con su obligacion, estando él resuelto, dixo, á morir delante de Cartagena, ó tomarla.

No hubo quien no aplaudiese el discurso del Almirante Vernon, asegurándole todos verterian hasta la última gota de su sangre para no dexarle desayrado en esta empresa. Dispuso pues, sin perder tiempo, arrimar los navios quanto fuese posible á la Ciudad para quitarla toda comunicacion con la tierra firme, y participar su futura conquista á Lóndres. El Capitan Laws fué quien despachó con las noticias de las ventajas que habia logrado, y del infalible suceso de la rendicion de la Plaza. Tambien llevó dicho Oficial la bandera del navio la Galicia, que los Españoles arrojaron al mar, y recuperó un marinero Ingles á nado. Esta bandera se conduxo al Palacio de San James para que la viese la Familia Real y todo el pueblo. No es ponderable decir las fiestas y regocijos que se hicieron tanto en Lóndres, quanto en las demas Ciudades del Reyno, á vista de tan grande trofeo; pero estas alegrías se trocaron presto en sentimiento por las noticias que traxo poco despues el Capitan Wimbleton, despachado por el héroe de la América, el Almirante Vernon, pidiendo nuevos refuerzos con que reparar los excesivos daños que habia padecido en la prosecucion del expresado sitio de Cartagena.

Habiéndose acercado dos bombardas á la Ciudad el dia 13 de Abril, empezaron á tirar sobre ella.

ella. La noche del 15 el General Ventvorz, que mandaba las tropas de tierra, se adelantó con una columna de mil y quinientos hombres, y se apoderó de un terreno bastantemente acomodado para formar el campo á una milla distante del Castillo de San Lázaro. En el dia siguiente se le juntáron los demas Regimientos y dos Batallones Americanos, de modo que formáron un campo de seis mil hombres. Esta tropa se vió obligada á estar tres noches sobre las armas, por no haber podido desembarcar las tiendas ni los instrumentos de gastadores para atrincherarse; por lo que enfermáron muchos, así por lo que padeciéron, como por la humedad del terreno. Habiendo resuelto el Consejo de guerra se atacase sin mas tardanza el Castillo de San Lázaro, el Brigadier Guise se acercó con mil y doscientos hombres ántes del dia, y le atacó por dos partes. Los Granaderos mas avanzados penetráron luego en las obras del Castillo; pero no pudiéron mantenerse. El General Español, que habia reservado su esfuerzo, y conservado su tropa para la defensa de la Ciudad, y no de los Castillos, cuyo empeño la hubiera debilitado, siendo de poca monta su pérdida, mandó hacer una vigorosa salida al tiempo que la guarnicion de dicho Castillo rechazó á los enemigos; y juntándose el fuego de la artillería con el de la fusilería fuéron atacados con tal ímpetu que quedáron derrotados. El General Ventvorz, que vió este desórden en los suyos, sin quasi poder remediarlo, porque no esperaba tal actividad en los Españoles, procuró en el mejor modo posible hacer una buena retirada. A este fin hizo avanzar quinientos hombres, que tenia de reserva

para cubrirla ; pero no tuviéron mejor suerte: habiéndose echado sobre ellos los sitiados perfeccionáron la victoria con su total destruccion.

Perdiéron los Ingleses en esta pelea mas de mil y quinientos hombres sin contar los heridos. Las enfermedades que padeciéron en su campo, en el que ninguno de los heridos ó muy pocos curáron, contribuyó aún mas que el fuego de los enemigos á minorar su Ejército: con lo qual, viendo el Almirante la imposibilidad de poderse mantener delante de una Plaza, á cuyos defensores miraba poco ántes con desprecio, tratando de pusilanidad lo que la astucia encubria, juntó Consejo de guerra, y se resolvió en él abandonar la empresa, y restituirse á la Jamayca.

La noche del dia 27 volvió á embarcarse la poca gente que habia quedado, y no sin una nueva gran pérdida ; de lo que enfurecido el Almirante, mandó conducir al navio la Galicia hasta debaxo del Castillo de Santa Cruz, y fabricar en él una batería para batir los muros ; pero su proyecto no tuvo efecto, porque los bancos de arena impidiéron pudiese acercarse quanto era necesario. Sin embargo prosiguió en disparar por espacio de seis horas contra la Plaza, sufriendo al mismo tiempo todo el fuego de los baluartes, una media luna y una obra coronada ; mas viendo el Almirante que la suma distancia no le permitia hacer brecha en los muros, por estar contruidos de piedra viva, ordenó al Capitan Hore, que mandaba aquel navio de batería, que cortase los cables, y se dexase caer por la corriente hácia tierra. El viento lo echó luego sobre la arena, donde habiendo re-

ci-

cibido algunos cañonazos á flor de agua, se fué á pique.

Así dió fin la famosa expedicion de Cartagena, que costó sumas inmensas á la Inglaterra, y de cuyo suceso estaba tan segura, que no se recelo de publicarla ocho meses ántes de que se executase; lo que no dexó de contribuir en parte al malogro de ella; pues con este motivo tuvo tiempo la Corte de España de prevenir su esfuerzo, y enviar á su defensa á Don Sebastian de Eslava, que desempeñó la confianza que se tenia en su prudencia y en su pericia en el arte militar.

El daño que recibió la Plaza de las bombas que echáron los Ingleses, no fué nada en comparacion del que recibieron en sus navios, de los cuales once quedáron tan mal tratados, que costó mucho tiempo el ponerlos en estado de navegar; pero seis quedáron enteramente deshechos. Los Españoles halláron en el campo abandonado de los Ingleses gran número de barriles de pólvora, instrumentos para mover tierra, municiones y cantidad de víveres. Antes de retirarse, el Almirante Vernon mandó á los marineros que recuperasen los árboles de los navios Españoles que se habian echado á pique, las áncoras y demas pertrechos que se pudiese, á fin de componer, lo ménos mal que fuese posible, la destruida Flota; dió asimismo órden de que se demoliesen los fuertes que habian ocupado los Ingleses, y clavasen los cañones; despues de lo qual se retiráron á la Jamayca cubiertos de vergüenza.

No es decible la consternacion que causó en los ánimos de la nacion Británica esta infausta

noticia, murmurando y desaprobando la conducta del Almirante Vernon, como si el suceso hubiese pendido de él; quando la misma nacion tenia la culpa en el zelo indiscreto que manifestó al tiempo de este armamento. La circunspeccion en las empresas puede á veces tanto como la fuerza; pero esta virtud no domina en Inglaterra, porque son tantos aquellos á quienes se deben consultar para qualquiera operacion, que es dificil observar el sigilo depositado entre tantos individuos, y cuyos intereses no son siempre los mismos. No obstante la Regencia, que tenia tan á pecho algun establecimiento en la América, sobre las representaciones y proyectos del Almirante Vernon, dispuso enviarle un poderoso refuerzo.

Divulgóse entónces por todas partes de que Don Rodrigo de Torres se hallaba en el mar con doce navios, trayéndose á Europa hasta quince millones de pesos en oro, plata y otros efectos: esta buena nueva alentó al Ministerio Británico, que pensó resarcirse de los gastos de su malograda expedicion con la presa de este tesoro. Para conseguirlo se despachó á principios de Julio al Caballero Juan Noris con una Esquadra de veinte y seis navios de guerra para sorprehender al General Español; pero á pesar de toda su diligencia no pudo dar con él: de manera que despues de haber paseado los mares del Oceano, vino á juntarse con el Almirante Haddock, que tenia bloqueado á Cadiz. Hallábase en el puerto de esta Ciudad Don Juan Navarro con diez navios de línea, y trataron los dos Ingleses Noris y Haddock de quemarla; pero su proyecto no tuvo efecto, habiendo

do

do sido llamado aquel á Londres , para que pasase al mar Báltico en socorro de los Moscovitas , á quienes habian declarado entónces la guerra los Suecos; y como estos esperaban una fuerte Esquadra de Francia , los Ingleses , tan interesados en su comercio con la Rusia , con la qual viven en buena armonía y alianza , quisieron oponerla otra , aunque tampoco tuvo efecto , por llamar mas atencion la guerra de Alemania , que ya se habia encendido contra la heredera de la casa de Austria.

Por este tiempo se restituyó Jorge , Rey de la Gran Bretaña , de su Electorado de Hanover á Londres , con el sentimiento de haberle hecho la forzosa el Frances con quarenta mil hombres que arrió á sus Estados , obligándole á dar su voto para la próxima eleccion de Emperador al Duque de Baviera , y hacerle firmar un Tratado de Neutralidad por término de un año. Fué tal la rabia que concibiéron los Ingleses de este paso tan indecoroso á su Magestad y á toda la nacion , que prorumpieron en amargas quejas; pero enterados de las razones que les expuso , se sosegaron , no pensando en mas que en tomar venganza del desayre que habia padecido su Monarca. Quando entró este Príncipe en su Corte encontró despachos del Almirante Vernon , en que manifestaba el estado de sus Esquadras , y la série de sus ocupaciones desde el principio de Julio , que volvió á salir de la Jamayca , hasta el mes de Setiembre , informándole:

Que habiéndose detenido los meses de Mayo y Junio en Puerto-Real para restablecer sus navios , aumentar sus tripulaciones , y reclutar soldados , ha-

bia

bia hecho vela con veinte navios de guerra y cuarenta de transporte para la Isla de Cuba, con intento de hacer su conquista: que en llegando á un parage llamado Guantamo habia dado fondo, por haber observado era el mejor puerto de las Indias Occidentales, y podia contener qualquier número de navios con toda seguridad; y que en obsequio del hijo segundo de su Magestad le habia nombrado Cumberland: que habia desembarcado la mayor parte de sus tropas en los primeros dias de Agosto; y que el General Ventvorz salió con varios destacamentos á reconocer el pais y correr la campaña: que á diferentes guardias avanzadas de los Españoles habia atacado y puesto en fuga, habiéndose restituido despues al campo cargado de cantidad de provisiones.

Este campo distaba veinte leguas de la Capital de la Isla llamada Santiago; y mientras el Almirante atendia al saqueo de sus míseros habitantes, sus navios hicieron lo mismo en el mar. El navio Worcester conduxo á fines de Agosto al nuevo puerto de Cumberland una fragata Española de veinte y quatro cañones y mas de doscientos hombres de tripulacion. El Comandante de esta llevaba despachos de la Corte de Madrid para el Virey de México; pero viéndose en peligro de que lo apresasen echó los pliegos al mar. Ostigado el Gobernador de Santiago de las piraterías de los enemigos buscó forma de echarlos de su Isla, ya que le habia costado tan poco al Almirante el penetrar en ella. A este fin á últimos de Setiembre hizo un grueso destacamento de Caballería, el qual sigilosamente llegó hasta su campo, que habian bau-

ti-

tizado de Valtenam, y sorprendiéndolos se arrojaron con tal ímpetu sobre ellos, que fué lo mismo atacarlos que derrotarlos, con lo qual, viendo Vernon el mal suceso de sus empresas, se embarcó lo mejor que pudo, y volvió á la Jamayca con bastante pérdida, acumulando al Almirantazgo el mal éxito de todas sus operaciones, y solicitando del Rey Británico restituirse á Europa, en que condescendió su Magestad, nombrando para sucederle al Caballero Chaloner Ogle.

El furor con que hacia la guerra el Ingles á la España no daba lugar á que las Flotas y galeones viniesen de Indias. El Real erario estaba exhausto, y se necesitaba de grandes fondos para emprender la expedicion de Italia, que las atenciones de la Francia habia retardado. No obstante, el magnánimo corazon de Felipe V superó los obstáculos invencibles que se le oponian, y empezó á dar las disposiciones mas acertadas para el logro de su intencion. Llamó al Duque de Montemar, General bien conocido por sus relevantes prendas, y por la fortuna que siempre le acompañó en los servicios que hizo á la Corona. Expúsole el Rey la resolucion en que estaba de recuperar la Italia, y que en conséquencia formase su proyecto. Executado este, lo presentó á su Magestad, quien lo aprobó en todas sus circunstancias, y quedó nombrado Generalísimo del Ejército que debia pasar á aquel país: concedióle igualmente este Príncipe todas las preeminencias que corresponden á tal, como son el nombramiento de Generales, eleccion de Intendente, Comisarios de Guerra, y todo lo que toca al Estado mayor del Ejército.

Los

Los designios del Duque de Montemar no podian ménos de tener el éxito que se proponia , si Don Joseph del Campillo , por su odio particular contra este General , no hubiese mudado enteramente el plan de las operaciones , y negado quanto debia contribuir para el logro de la empresa. Habia proyectado este que el desembarco de las tropas de esta expedicion habia de hacerse en la costa de Génova , esto es en Sestri de Levante , ó en el puerto de la Especie , que solo dista de tres á quatro millas del Parmesano , donde se debia dar principio á las operaciones de la campaña : que estando desproveyido de tropas , por haberlas llamado la Reyna de Hungría á Alemania , era indubitable su conquista , que abria camino al del Estado de Milán ; pero no fué de este parecer el Secretario de la Guerra , haciendo ver con diversas razones al Rey Católico , que efectuándose en Orbitelo se conseguia con brevedad la union de las tropas Napolitanas con las de su Magestad. Bien sabia el Ministro , aunque nada ménos entendia que la guerra , que en mucho tiempo no habia de poder el Duque emprender cosa alguna en Lombardia , porque sobre haber mas de cien leguas de diferencia desde Orbitelo al parage que habia señalado el General para las operaciones , la navegacion mas dilatada y lo riguroso del invierno no le permitirian obrar con aquella presteza que era necesaria para acreditar las armas , y tener un principio de campaña glorioso ; y aunque pudo conocer que su sistema era directamente contrario al Real servicio , sin embargo prefirió su rencor á su obligacion , como en adelante se verá.

En

En fin de acuerdo al parecer en lo demas que habia solicitado, salió el Duque de Montemar el 19 de Octubre de la Corte, y llegó á Barcelona el 28 del mismo. Apenas hubo vuelto la espalda quando se alteráron todas las disposiciones en que se habia convenido. No se siguió el orden de los Generales que habia pedido, y se le diéron algunos de quienes se sabia positivamente le eran opuestos, y que no perderian ocasion de motejar sus acciones avisando de ellas al Ministro. Tampoco se le dió el Intendente que deseaba, y se le nombró uno que no conocia, executándose lo mismo con el Mayor General, y sucesivamente con todos aquellos que deben ser de la mayor confianza, y en quienes debe fundar sus aciertos un General. Esta mala voluntad del Ministro pudiera desde luego haber persuadido al Duque de una siniestra resulta, y asimismo conocer los lazos que le preparaba, en descrédito del honor que una larga experiencia y continuados servicios le habian merecido de un Monarca que sabia recompensar la virtud.

Nada de esto obstó para hacerle mudar de resolución al Duque de Montemar, contentándose con hacer una representacion al Ministro para que la pusiese en manos de su Magestad Católica, insistiendo siempre sobre el desembarco de la tropa en la costa de Génova, supuesto que la distancia, siendo muy corta al Estado de Parma, ella entraria desde luego en operacion, único medio del feliz éxito de la empresa; que esta se ponía dentro de la jurisdiccion de la fortuna por los accidentes del tiempo y de los mares: que en haciéndolo en Orbitelo se dificultaba tambien el transporte de la

artillería y municiones, debiendo atravesar toda la Romanía y el Ducado de Módena, para pasar á Parma: que el tiempo era preciso, y que de malograrse la propicia ocasion que se ofrecia, quizá no volvería á presentarse: que la Infantería del Rey de Nápoles hubiese de dirigirse igualmente hácia la misma costa, y que la Caballería del propio Soberano tomase su camino por tierra, avisando el Comandante de su marcha, para que el General del Ejército que se hallase en Parma pudiese mandar con anticipacion, que se le saliese á recibir con alguna tropa en los parages que se juzgase mas importante.

Esta representacion no tuvo efecto, ni ménos se participó al Rey; ántes bien se le repitió la órden precisa de apresurar el embarco: la primera diligencia del Duque, en llegando á Barcelona, fué reconocer las disposiciones que habia. Nadie se persuadirá que pudiese faltar cosa ninguna, respecto de haber cerca de un año que se meditaba esta expedicion; pues lo contrario sucedió, no habiendo encontrado el Duque mas que una horrenda confusion: la tropa pronta, pero falta de un todo; las embarcaciones para su embareo no eran suficientes: sin víveres y sin dinero, ¿cómo executar las repetidas órdenes de la Corte? Sin embargo ello era preciso: con el arribo de tres navios de guerra mandados por Don Julian de Iturriaga, se tomaron las providencias que cabian para su pronta ejecución: la que motivó á que muchos Oficiales se embarcasen sin provisiones, ni dexar providencia en sus casas, ni tomar las precisas medidas, de cuyo rebato se culpó al Duque de Montemar, sin

sin hacerse cargo de que las malas disposiciones del Ministro lo causaban, y que aquel se ceñía meramente á las estrechas órdenes que tenia, y no concedian espera, porque de retardar mas el embarco era tambien exponer la Flota á un evidente riesgo, por los vientos que podian sobrevenir, y estar la rada de Barcelona peligrosa.

Habiéndose embarcado las tropas en número de diez y nueve Batallones, la Brigada de Carabineros Reales y el Regimiento de Sagunto, el dia 3 de Noviembre y el siguiente se puso la Armada á la vela, y en el mismo se perdió de vista, de que se dió cuenta incontinentemente al Ministro. Creyóse en la Corte que con esta pronta y precipitada execucion se habia adelantado mucho la idea, y seguido el proyecto, quando el principal pensamiento de este Ministro era dar á entender á los Reyes, que se habia dado principio á la expedicion: con este motivo divulgó la salida del Comboy; pero no sus circunstancias, reservando, y ocultando tres representaciones que hizo el General desde Barcelona, en que manifestaba la falta de todo lo referido, y lo inútil que era el ir á Orbitelo con diez y nueve Batallones, sin Caballería, puede decirse, sin artillería ni municiones, y sin mas dinero que quarenta mil pesos, que sin orden de la Corte pudo sacar de la Tesorería; en fin careciendo de quanto se necesitaba para que aquella tropa pudiese ser útil ni emprender cosa alguna.

No obstante, con el desconuelo que era natural tuviese el Duque de Montemar, se determinó á salir de Barcelona por tierra el dia 5 de Noviembre, despues de haber encargado al Marques de

de Castelar acelerase el embarco del segundo Comboy, y prosiguiendo su viage llegó el 11 de Diciembre á Orbitelo, donde encontró algunas embarcaciones que milagrosamente habian arribado al abrigo de los tres navios de guerra mencionados, quedando las demas dispersas por lo cruel del tiempo en las costas de Francia y Génova, y algunas en el Puerto Especie, que en conserva de las galeras, y á la órden del Mariscal de Campo Don Fernando de la Torre (en número de tres mil hombres) se mantuviéron siempre á bordo, sin poderse apartar de aquel Puerto, por lo contrario de los vientos, y sin poner pie á tierra por falta de víveres. Habiendo elegido Don Joseph del Campillo á Orbitelo para la union de los Exércitos de España y Nápoles, allí solamente se habia provisto á la manutencion de las tropas, como si se hubiese podido mandar á los elementos dirigiesen á este Puerto las embarcaciones, quando en casos semejantes la prudencia dicta tener provisiones en todos los parages dondê pueden arribar, y esta era la idea del Duque de Montemar, que ya no pudiendo vencer la inflexibilidad del Ministro, le dixo que á lo ménos se estableciesen almacenes en la costa de Génova para prevenir los acontecimientos dudosos en el mar.

Con efecto por falta de esta providencia padeció en extremo la Caballería, que habia aportado en Génova baxo la direccion del Mariscal de Campo Don Jayme de Silva. Este Señor tuvo que buscar dinero sobre su palabra con que mantenerla; y lo que mas le agravaba el disgusto, era, que por haber padecido tanto los caballos en las embarcacio-

ciones con motivo de los recios temporales, se vió en la imposibilidad de embarcarla para seguir su destino, y aun ménos marchar por tierra, porque necesitaba de un largo descanso.

El Duque de Montemar no estaba con mas sosiego en Orbitelo (con siete mil hombres y veinte y dos Carabineros, de los doce mil que debian componer el Comboy). Alojada esta gente en estrechos cuarteles y húmedos se llenó de enfermedades, y no teniendo con que socorrerla parecia miserablemente, á que se agregaba una fuerte desercion en la tropa extrangera, temerosa de experimentar la misma calamidad que sus compañeros. Todo esto produjo la falta de direccion y los mal premeditados proyectos del Ministro. Tampoco pareció por mucho tiempo Don Juan Dominguez, á quien el Duque habia encargado los quarenta mil pesos referidos, porque en lugar de embarcarse en uno de los navios de guerra, lo habia efectuado en una de las embarcaciones de transporte, que lo llevó á Monaco, con que de este infeliz socorro, sobre que fundaba el General alguna esperanza para el alivio de su tropa, se vió frustrado, no habiendo sabido de dicho Dominguez, Comisario Ordenador, hasta despues de mucha solicitud.

Así se malograron los principios de una campaña, que podia haber producido felices sucesos, á haberlos dirigido un hombre de buena intencion. Es desgracia suma de los Príncipes, quando sus Ministros abusan de su autoridad para satisfacer su rencor particular: semejante conducta es capaz de trastornar un Estado. ¿Pero quién no sabe lo que puede la venganza? Se han visto tan-

tos rasgos de ella, que excusamos referir sus funestas conseqüencias. No contribuyó ménos el Cardenal de Fleury á disipar los designios de España en Italia; y si dió muestra de concurrir á los últimos de este año en ellos, con el auxilio de algunos Batallones de las tropas Francesas (aunque no lo executó hasta que la fuerza le obligó), su intencion no era mas que para hacer retroceder las tropas Austriacas que pasaban á Alemania en socorro de su Soberana, procurando por este medio apartar el daño que podia causar este refuerzo á las tropas de Francia, siendo preciso que redundase en perjuicio de las de España; pues es constante que esta Potencia nunca ha buscado en todos sus empeños mas que su propio interes, importándola muy poco el de sus Aliados, especialmente en el ministerio del Cardenal de Fleury, quien ha manifestado siempre la mayor oposicion á esta Corona, como lo testifican multitud de hechos bien recientes.

El papel que queria representar este primer Ministro estaba bien ideado. Pretendia, por medio de sus auxilios al Duque de Baviera, colocar en sus sienas la Corona Imperial, arrancándola violentamente de una Casa que por trescientos años, quasi sin intermision, la habia poseido, y la ocasion no podia ser mas propicia: aniquilar esta misma Casa (la única en Europa que puede causar zelos á la Francia) con los enemigos que se proponia suscitarla. Para esto importaba no causar zelos al Rey de Cerdeña, concediendo el paso por Francia á las tropas de España para la invasion de Italia, que esta Potencia pretendia en virtud de sus derechos,

á

á que sin duda se opondría aquel Príncipe por su propio interes; porque fortificándose la Casa de Borbón á sus puertas, era conseqüente el daño que en lo sucesivo le podia resultar, dexándose meter en medio de dos Monarcas tan poderosos. Con que los designios de este Purpurado á nada ménos se dirigian que á precipitar á este Príncipe, á formar alianza con la Reyna de Hungría é Inglaterra, cuya nacion lo solicitaba con ardor, y que la lentitud de las operaciones de los Españoles en Italia determinó.

Si el Cardenal Ministro, en lugar de adormecer á esta Corona con sus promesas y fingidos proyectos, hubiese concedido el tránsito á España con tiempo, ¿quién duda hubiera logrado sus designios? porque desprevenido el Rey de Cerdeña, los Estados de Parma y de Milan sin tropas, con alguna celeridad en la expedicion, los Españoles se hacian dueños de Lombardía con solo presentarse, si así se puede hablar; y no habria quedado otro arbitrio al Rey de Cerdeña mas que el de abrazar una exácta neutralidad, ó el declararse á favor de los Reyes Católicos, que ya habian entablado al parecer alguna negociacion con este Príncipe; pero prescindiendo de todo esto, ¿quién impedia al Cardenal Ministro conceder este tan deseado paso, ó á lo ménos por su manifesto engaño retardar esta expedicion? En lo primero la Francia no se perjudicaba en cosa alguna en su honor, aun quando hubiera concurrido con todas veras en los empeños á que el artículo X del Tratado de Viena le obligaba, por haberse expresado en él la cláusula de *sine perjudicio tertii*, la qual parecia nomi-

minadamente señalar al Rey de España, ó hubiese querido conservar la mas exácta neutralidad. En este caso, podia haber imitado el memorable exemplo del Gran Duque de Toscana. No obstante estar este Príncipe tan interesado en asegurar la posesion de Lombardía á la Archiduquesa su muger, concedió el paso á los Españoles para sus Estados, con que no se puede discurrir con fundamento qual fuese el pretexto de esta Eminencia para negarse á lo que la mas escrupulosa atencion exigia, aun quando no midiese la especial circunstancia de Aliado, sino que se quiera creer pretendiese este Ministro salvar la apariencia de su invulnerable fidelidad para con la Reyna de Hungría, quando nada le podia excusar en la infraccion del Tratado arriba mencionado, por los quarenta mil hombres que envió á Alemania á título de auxilio del Bávaro, cuyas tropas no llegaban á la mitad; siendo está la primera vez que se vió ser el accesorio mayor que su principal.

En fin se colige de todo lo referido, que la intencion de esta Eminencia era estorbar los progresos á España: por sus disimuladas y afectadas confianzas y promesas se malograron las mas acertadas medidas que se habian tomado para la conquista del Estado de Milan. Nada podria entónces impedir tuviese efecto: las tropas que con motivo de la guerra contra los Ingleses estaban en Galicia y en Andalucía, se pusieron en movimiento desde el principio de este año, acercándose á Cataluña, y á la primera orden podian transportarse á donde se juzgase por conveniente. El Rey de Cerdeña, vacilante sobre el partido que debia tomar,

no

no era capaz de embarazar la idea, solo la lentitud con que obraron los Españoles pudo determinarle á favor de la Reyna de Hungría, estimulado á ello por los subsidios con que le contribuyéron los Ingleses. El Duque de Módena estaba inclinado á los Españoles; pero las irresoluciones de estos, dilatando la empresa, hiciéron mudar de dictámen á este Soberano, que quiso vender su alianza algo mas de lo justo, por lo que no llegó á efectuarse, habiendo sido la víctima de su ambicion, como se dirá en su lugar.

Colgada de un hilo la Corona Austriaca por la pérdida de las Silesias, Bohemia, parte de la Moravia y toda la Austria superior, se vió la Reyna de Hungría en la precisa obligacion de abandonar su Capital, amenazada de un sitio, para retirarse á Presbourg. Sus enemigos eran poderosos, y no habia apariencia de que suspendiesen el rápido curso de sus conquistas; pero por si podia ablandar el endurecido corazon del Cardenal, ya que sus ruegos no pudieron vencer la inflexibilidad de el del Rey de Prusia, escribió á este Purpurado la mirase compasiva en el estado deplorable en que se hallaba, pues en nada le habia ofendido. El desprecio con que este Ministro recibió esta carta fué la fortuna de la Reyna, quien no teniendo ya mas que á sus Húngaros, en cuya deslealtad fiaban tambien los enemigos de esta Princesa sus aciertos, encontró en sus nobles corazones el acogimiento que buscaba, sacrificando estos pueblos su odio natural á la Casa de Austria, á la confianza que ponía en ellos su Soberana, la qual, para mas moverlos, se entregó en sus manos con el Ar-

chiduque su hijo, vestido al uso de esta nacion. La arenga que les hizo en la abertura de la Dieta General del Reyno, que habia convocado en Presbourg para implorar el único auxilio que la quedaba, fué tan eficaz, que tumultuariamente se congregaron para la defensa de esta siempre augusta Princesa, ofreciendo vidas y haciendas. Entónces vió el mundo cuánto puede el ánimo generoso de una nacion. Las mugeres solicitaban á sus maridos y á sus hijos á que tomasen las armas; y en ménos de dos meses se viéron mas de cincuenta mil hombres con ellas, ardiendo en el deseo de tomar plena venganza de la multitud de enemigos que habian invadido los Estados de su Reyna (así llamaban á esta Princesa). Formáronse inmediatamente varios Cuerpos de Exércitos, á que se juntaron algunos de tropas veteranas, y aprovechándose la Corte del ardor que mostraba de llegar á las manos con los invasores, no obstante lo cruel de la estacion, el Conde de Kewenhuler con quince mil hombres, pasó á restaurar el Austria superior; lo que executó en breves dias, haciendo retirar precipitadamente á los Franceses que la ocupaban, hasta encerrarlos en la Plaza de Linz con su General el Conde de Sagur, donde los sitió y rindió, capitulando no tomarian las armas por el espacio de un año mas de diez mil hombres, que estaban al mando de este General. Así feneció el año con esta expedicion, restableciendo la calma en la consternada Corte de Viena, á donde se restituyó la Reyna de Hungría y mas de quarenta mil almas, que la proximidad y amenaza del enemigo habian hecho salir de ella.

AÑO DE MDCCXLII.

Tomadas las mas acertadas providencias para salir de Orbitelo , cuya tropa padecia en extremo con el rigor de la estacion , la dificultad para las operaciones de la campaña era siempre la misma. La falta de hospitales , de dinero , de caballería y tren para la artillería no dexaba seguir al Duque de Montemar sus proyectos, ni podía tampoco mantenerse en aquel presidio , entre tanto llegaba el segundo comboy , que esperaba de Barcelona. En tal crisis tomó el prudente partido de escribir al Cardenal Aquaviva , para que con toda diligencia le buscase algun dinero con que poder ponerse en marcha. Esta Eminencia , encargado de los negocios de España en Roma , pudo con bastante trabajo encontrar hasta diez y siete mil pesos , que le remitió , con los cuales emprendió el General Español la marcha por el Estado Eclesiástico , á aguardar en mejor posicion que se le juntase todo el Ejército , para que unido pudiese ir á buscar al enemigo , que ya retrocediendo del Tirol daba disposiciones para su defensa. Habiendo elegido la Ciudad de Pesaro para su quartel general , y acantonado las tropas así Españolas como Napolitanas , que allí se le unieron , en las de Fano , Sinigaglia y otros lugares del Estado del Papa , confió al tiempo su esperanza en el arribo de las demas tropas de España , y de los Ministros de Hacienda con los caudales ; pues de nada tenia noticia , si se

exceptua á Don Juan Dominguez, que llegó poco despues con los quarenta mil pesos, que habia mandado se le entregasen en Barcelona.

Habiendo llegado á la rada de esta Ciudad el dia 8 de Enero Don Joseph Navarro con la Esquadra de su mando, compuesta de diez y ocho navios de guerra, sus tropas se fuéron acercando para embarcarse; y como no habia suficientes embarcaciones para el transporte de ellas, Don Joseph Navarro rehusó desde luego recibirlas á su bordo. Es verdad que carecia de muchas cosas, no habiendo tenido lugar en Cadiz de proveerse de lo necesario para su navegacion, por la precipitada orden de ponerse á la vela; aunque se le dió á entender que en Barcelona se proveeria de quanto hubiese de menester: lo que salió incierto, por no haberse dado providencia ántes. Sin embargo, no pudiendo mantenerse la Esquadra en la rada de este puerto por si entraba algun viento fresco, y le obligase á hacerse á la vela sin el Comboy, ó dar contra las peñas de Monjui, si se mantenía en ella; despues de muchas altercaciones se embarcáron los Generales y diez y seis Batallones, con los Regimientos de la Reyna, Caballería y Dragones en los dias 11 y 12 de este mes; pero con tal confusion, que apenas tenían lo suficiente para la manutencion de las tropas. Aunque el Intendente Sartini, á cuyo cargo corria el abastecer las tropas, hubiese recibido las órdenes mas positivas del Ministerio para su avio, fuéron tan económicas, que no se atrevió á buscar los víveres por qualquier precio que los hallase; de manera que con los motivos referidos, las reiteradas órdenes de la Corte, que venian precipitadas

das de Versailles, y la noticia cierta de que los Ingleses se disponian á pasar al Mediterráneo, en conserva de catorce navios de guerra Franceses, mandados por el Señor de Court; Don Joseph Navarro salió de la rada de Barcelona el dia 13 de Enero con bastante inquietud, porque le faltaban masteleros de respeto, velas, áncoras y otras muchas cosas, no teniendo tampoco la suficiente pipería.

Puesta la Armada á la vela, á pocos dias experimentó una violenta borrasca, que le esparció las mas de las embarcaciones en que venia parte de la tropa, y los dos Generales Español y Frances pudieron abrigarse en las Islas de Hieres; porque el navio la Real, de ciento y catorce cañones, amenazaba irse á pique por la mucha agua que hacia. Pasados ocho dias prosiguieron las Esquadras su viage, habiéndose ántes sacado de la Real un Batallon que tenia, haciéndole pasar á bordo de los navios del Capitan Don Julian de Iturriaga, que de vuelta de Orbitelo se habia incorporado en las Islas de Hieres con el segundo Comboy, y sin embargo de los vientos contrarios, pudo la Armada abordar á Puerto Especie, donde dió fondo el 30 del mismo mes.

El Marques de Castelar, Comandante de esta tropa, despachó luego desde este Puerto al Coronel Don Tomas Pick al Duque de Montemar, para informarle del arribo de las Esquadras, y de las instancias que le hacian los Xefes para el desembarco de ellas, fundándose en dos razones, aunque habia protestado contra semejante determinacion. La primera, que la Esquadra Inglesa se habia re-

for-

forzado en Mahon con diez navios de línea : y la segunda, que segun él informe de Don Julian de Iturriaga no era posible que navios de tanto porte como eran los de las Esquadras pudiesen dar fondo en Orbitelo. Entre tanto venia la respuesta, el Marques mandó desembarcasen los tres mil hombres del cargo de Don Fernando de la Torre, Mariscal de Campo, que escoltaban las galeras, y eran del primer Comboy. Esta tropa se mantuvo con el bizcocho, que se sacó del bordo en que estaban; pero no permitió desembarcarse la que pertenecia al segundo, hasta recibir órden positiva del Duque de Montemar, y pudiese proveerla de víveres, que la escasez del pais no producía: para lo qual fué preciso despachar gente á Génova, y Liorna por provisiones. Asimismo tomó el referido Marques la precaucion de despachar un pingüe para avisar á las embarcaciones dispersas, á fin de que aportasen en Puerto Especie, y no en Orbitelo, segun la órden que tenian, y aunque tardáron en efectuarlo, fué providencia acertada, y sin la qual se multiplicaban los embarazos de la subsistencia; pues como las mas estaban cargadas de trigo, harina y cebada, con su arribo se pudo mantener la tropa, y socorrer en este último género al Mariscal de Campo Don Jayme de Silva, que se hallaba, como queda dicho, con la Brigada de Carabineros, y el Regimiento de Dragones de Sagunto en San Pedro de Arenas, falto de un todo.

Siendo las razones de los Generales de mar plausibles, y haciéndose cargo de ellas el Marques, dispuso incontinentemente se efectuase el total desembarco, poniendo en el lugar de Lerichi la poca artillería

ría que habia llegado con sus municiones, donde formó un parque. A su Infantería colocó lo mejor que le fué posible, estendiendo el acantonamiento de las tropas hasta Sarzana y sus contornos: quatro Batallones en Massa, y dos en Carrara con poco gusto de aquella Duquesa. Executado el desembarco, quedáron libres las Esquadras, y pudieron hacerse á la vela para Tolon dos dias despues. En este estado se mantuviéron las tropas cerca de un mes, recobrando cada dia embarcaciones de soldados, municiones y pertrechos, en cuyo intermedio habia llegado el Duque de Montemar á Pesaro, á donde se le juntó el de Castropiniano con el Ejército del Rey de Nápoles; pero haciendo suma falta la reunion del todo para ponerse en campaña, dió el General Español orden al Marques de Castelar para que sin perder tiempo se pusiese en marcha por Yego en la Toscana, y acelerase su union. Mas esta siendo imposible, por faltar aún muchas de las embarcaciones, como asimismo por no poderlo executar Don Jayme de Silva con la Caballería que estaba á sus órdenes en Génova, y no bien restablecida de lo que padeció, no hubo otro arbitrio que el de encomendarse á la paciencia hasta que pudiese marchar el todo, unido y libre de las malas conseqüencias que podia originar la separacion.

Mientras los Generales Españoles se daban grandes movimientos en Italia para juntar en cuerpo sus fuerzas divididas, en la Corte de Madrid se apresuraba el viage del Señor Infante Don Felipe á aquellos paises, habiendo resuelto sus Magestades Católicas pasase este Príncipe á los Estados que se le des-

destinaban, á fin de que se le aficionasen sus nuevos vasallos. Con este motivo, los preparativos fuéron grandes: nombráronse los Xefes de su Casa, que fuéron los Condes de Monte-Santo, y Perelada; y por Ministro al Marques de la Ensenada, y se le dió á su Alteza un cuerpo de ciento y cincuenta Guardias de Corps, su Capitan el Marques de Priego, para acompañarle. Los adversos sucesos de las armas Francesas en la alta Austria y en la Baviera diéron ocasion á esta precipitada marcha, que lo mismo fué resolverla que ponerla en execucion, si se exceptúa el corto tiempo del sobreparto de la Señora Infanta, que dió á luz el último dia del año antecedente una Princesa.

Confuso el Cardenal de Fleury en sus ideas, é indeciso sobre el modo con que habia de dirigir el grande negocio de la sucesion Austriaca, habia creído que por los sucesos del año antecedente hubiese allanado el camino á sus designios; pues en soberbecido en ellos dexó á la Reyna de Hungría sin esperanza de mejorar de fortuna: á los Holandeses, que la Francia miraria con indiferencia sus resoluciones; y á la Inglaterra habló en términos amenazadores: de modo que pretendiendo ser el árbitro de las pretensiones ajenas, no permitió al Rey de Cerdeña tomase posesion del Milanés, cuya licencia le habia pedido este Soberano, ni menos á España moverse sin sus órdenes; porque esta Potencia, esperando grandes auxilios de la Francia, le pareció deber contemplar al primer Ministro, quando los proyectos de este eran directamente contrarios al interes de los Reyes Católicos. La experiencia lo tenia comprobado bastantes veces;

ces; pero era preciso disimular, respecto de estar ya á este tiempo el Mediterráneo poblado de navios Ingleses, y no haber por donde encaminar las tropas Españolas sino por la Francia, á fin de penetrar por la ribera de Génova á Italia, apoderándose de Nisa, Villafranca y Onella, ó bien haciendo una diversion en Saboya para llamar la atencion del Rey de Cerdeña.

Confuso, repito, el Cardenal de los grandes preparativos de las Potencias marítimas, que á toda costa querian garantir la Pragmática-Sancion, á cuyo empeño habian atraído al Rey de Cerdeña, y no ménos confuso de los progresos de las armas Austriacas en la alta Austria y Baviera, cuyo Ducado se habia quasi sometido con su Capital, derrotados por dos veces los Bávaros, y amenazados los Franceses en Bohemia de los Exércitos de la Reyna de Hungría, que parecia haber brotado la tierra, pues no podian dar paso los enemigos de esta Princesa sin verse asaltados por los Húngaros, y otras naciones de las riberas del Tivisco, que en ménos de dos meses inundaron los paises ocupados por los Aliados en el mayor rigor del invierno, matando quantos encontraban, robando los equipages y cortando los comboyes: siniestros vaticinios de los futuros sucesos de los Franceses en Génova. Todo esto hacia presumir al Cardenal, que la crítica situacion en que se hallaban los negocios exigian prudencia y circunspeccion.

Previendo pues la necesidad de aumentar el Exército de Bohemia, mandó pasase luego el que estaba en la Westfalia á la órden del Mariscal

Conde de Broglió, para que unidos pudiesen no solo contener los esfuerzos de los Austriacos, sino tambien hacer el sitio de Viena. Aceleró la partida del Señor Infante, ofreciendo veinte Batallones de tropas Francesas, que se juntarian á este Príncipe para expugnar á los Austri-Sardos de la Lombardia. Aunque la Corte de España se aseguraba del pronto efecto de las promesas del Cardenal, por ser tan interesado á una poderosa diversion en Italia, que facilitase en parte el éxito de su proyecto en Alemania, el Rey Católico se vió frustrado de su esperanza por mucho tiempo, pues habiendo llegado el Infante su hijo á Antivo con el Ejército Español; que mandaba baxo de sus órdenes el Conde de Glimes, no solo no se le juntáron las tropas prometidas, mas tampoco permitió favoreciese el transporte de este Príncipe con la tropa para Italia la Esquadra Francesa, que estaba en Tolon con la Española, las cuales unidas podian contrarrestar la Inglesa, que estaba á la vista del puerto de esta Ciudad; y así se perdió la ocasion que favorecia el intento, para cuyo fin se habia puesto en marcha el Señor Infante.

Mientras este Príncipe atravesaba la Francia, el Marques de Castelar se dispuso á executar la orden del Duque de Montemar, que lo aguardaba con viva impaciencia. Habiéndose convenido aquel con el Baron de Veluti, Comisario de la Regencia de Toscana, en el precio de las etapas en todo el Estado, envió el referido Marques un Proveedor y un Comisario de Guerra con caudales para prevenir la subsistencia de la tropa; pero estas precauciones fuéron inútiles, respecto de haber reci-
bi-

bido contraórden del Duque, que le mandó emprendiese su camino por el Estado de la Iglesia, con que las providencias ya tomadas fuéron superfluas, y esto dilató aún la union del Ejército.

No faltó quien vituperase esta improvisa mutacion en la marcha de las tropas; pero como el Duque habia recibido varios expresos de Don Manuel de Sada y del Príncipe Maserano, Ministros de España en Turin, de que efectuada la alianza de esta Corte con la de Viena, los Alemanes que el Conde de Traun habia sacado de Toscana debian ocupar el Yogo (paso preciso por donde los Españoles habian de pasar, por ser el mas breve, y en virtud de las órdenes del Duque de Montemar) y cuyo puesto defendido es inaccesible: á que añadian, que el Rey de Cerdeña pensaba con su Ejército sostener á Traun con intencion de atacar el cuerpo del Marques de Castelar, é impedir su union con el de la Romanía: golpe que de haber sucedido destruía totalmente el Ejército Español. Esta noticia, aunque no tenia fundamento, y no se podia despreciar, por haberla participado sugetos caracterizados, obligó al Marques á tomar el camino desde Puerto Especie á Florencia. Las tropas que estaban á sus órdenes se componian de catorce Batallones y tres mil infantes, estos pertenecientes al primer comboy; y formó quatro divisiones, poniendo á su frente un Teniente General, un Mariscal de Campo y un Brigadier. La Caballería, que consistia en la Brigada de Carabineros, el Regimiento de Dragones de Sagunto, parte de Caballería de la Reyna, y parte del de Dragones del mismo nombre, los separó en dos, con sus Oficiales

Ge-

Generales, poniendo los Fusileros de montaña en diversas partidas para que embarazasen la desercion.

Arreglado todo en esta forma, tomó su marcha por Florencia, como queda dicho, y la continuó diez y seis dias consecutivos sin hacer alto, por el recelo que tuvo el Marques de Castelar de que los enemigos viniesen á atacarle en el Estado de Toscana, segun informaban los mencionados Ministros de la Corte de Turin; pero habiendo llegado á Pasiñano, primer lugar del Estado Eclesiástico, sin estorbo alguno, allí descansó la tropa, recobrándose del peligro imaginario que el zelo de dichos Ministros habian concebido; y aunque se tomaron todas las precauciones posibles para evitar la desercion, ella llegó á mas de dos mil hombres quando arribó la tropa á Pesaro. El Duque de Montemar en su tránsito desde Orbitelo no la experimentó menor, á que se seguia gran número de enfermos, así por el rigor de la estacion, como por haber carecido de un todo en su asistencia. Recibió en Pesaro el Duque el Tratado hecho con el Duque de Módena, ratificado de su Magestad; pero aquel Príncipe se resistió á ratificarlo hasta que le concediesen algunos aumentos que pretendia.

Reunidas todas las tropas el 18 de Abril en Pesaro, dispuso el Duque se moviesen y pasasen á acampar en Rimini, donde se mantuviéron hasta el 13 de Mayo, esperando la artillería y pertrechos, que no llegaron hasta fines de Abril. No obstante estar el Ejército aliado de España y Nápoles disminuido de una quarta parte, por la escan-

da.

dalosa desercion que se introduxo en la tropa, el Duque de Montemar trató de arrimarse hácia los enemigos, en virtud de las reiteradas órdenes de la Corte, habiéndole prometido Don Joseph del Campillo haria una fuerte diversion el Señor Infante para favorecer sus designios en Lombardía, ó ya fuese pasando por la ribera de Génova para incorporársele, ó atacando los Estados del Rey de Cerdeña. Con esta esperanza dirigió el Duque su camino á Bolonia, y para hacerle mas cómodo se dividió el Ejército en varias columnas, y habiendo llegado á las puertas de esta Ciudad, sobrevino una tempestad tan cruel, que no obstante el cuidado de los Oficiales generales y particulares, hubo una tremenda desercion, pues se asegura que pasó de tres mil hombres, sin que las mas exáctas diligencias para buscarlos tuviesen efecto, porque los Boloneses, no como quiera desafectos, sino enemigos irreconciliables del nombre Español, ocultaban en sus casas y caserías á los desertores.

Esta suma desgracia, acompañada del mal estado que habia dexado á los soldados el campamento que ocupaban lleno de agua, y que no permitia plantar las tiendas, los obligó á mantenerse tres dias en él. No bien reparada esta tropa, en un Consejo de guerra que se tuvo el dia 19 de Mayo quedó determinado marchar el siguiente á la Samoggia, para desde allí encaminarse al Panaro. Campado en este puesto ventajoso con el rio de este nombre por delante, dando disposiciones para pasar el Panaro y atacar á los enemigos, se supo por dos espías que viniéron el 30 al campo, que estos tenian dos puentes sobre aquel rio, ca-
pa-

paces de contener quarenta hombres de frente, y que se aseguraba habian resuelto atacar á los Españoles. Esta novedad no dexó de causar algun recelo; y aunque no se dió entero crédito, se llamó á Consejo, y se determinó en él, que respecto de haberse señalado un campo ventajoso sobre el Panaro, entre Castel-franco y el fuerte Urbano, era conveniente ocuparlo quanto ántes; pero con las precauciones necesarias. Con efecto la misma tarde se nombró al Marques de Castelar, con el Mariscal de Campo Don Jayme de Silva, para que todas las Compañías de Granaderos Españoles, ciento y cincuenta Carabineros, y otros tantos caballos de la misma nacion, se adelantasen por el camino real, y lo cubriesen mientras lo ocupaba todo el Ejército; y como habia otro camino que se dirigia al propio parage, tuvo orden el Mariscal de Campo Don Eduardo Bourg, que con las quince Compañías de Granaderos del Ejército Napolitano, y doscientos caballos marchase por él, y fuese á juntarse con el Marques de Castelar. Esto se executó puntualmente sin que los enemigos se opusiesen; ántes bien varias partidas de Corazas, Húsares y Croatos, que estaban de la parte de acá del rio, retrocediéron, con que se pudo acampar con el mayor sosiego.

No obstante, para huir qualquiera sorpresa por parte de los Húsares, se apostáron quatro Compañías de Granaderos en frente del campo en un puesto sobre una acequia, y varias partidas de Fusileros de montaña, así para ocurrir á qualquiera novedad, como para contener la numerosa desercion, que sin encontrar remedio habia experimen-

ta-

tado el Ejército en las dos marchas antecedentes, que sobrepujaba á la referida de Bolonia. Estos puestos no eran mas que provisionales, y solo sí para la seguridad de aquella noche. Al otro dia se reconoció el terreno y la situacion del enemigo para tomarlos mas á propósito. Avanzóse sobre el camino de Módena, donde hay una pequeña Ermita llamada la Medona, y en ella se estableció un puesto de Fusileros de montaña, formándose una especie de tambor, con el qual estaban defendidos, y aseguraban el campamento de las inquietudes que los Húsares con sus correrías podian ocasionar.

Establecido así el Ejército, sacaba los víveres diarios de la Ciudad de Bolonia, cuyos comboyes escoltaban tropas de Caballería y Fusileros de montaña, las quales una iba y la otra venia, no solo para asegurar dichos comboyes, sino tambien á los Habilitados de los cuerpos y demas Oficiales que tenian que hacer en dicha Ciudad, respecto de que algunas partidas de Húsares por la derecha de su campo ocupaban algunas caserías para robar á los que con poca prudencia caminaban, como en efecto lo consiguieron, sin que bastasen todas las providencias que se habian tomado para impedirlo. La desercion en este campo fué excesiva, y llegó á tal punto, que el Ejército combinado de España y Nápoles se reduxo á veinte y cinco mil hombres, quando debia exceder de quarenta mil, habiéndose perdido mas de quince mil: cosa inaudita hasta entónces en la tropa Española. Es verdad que no se ha visto desidia igual á la que reynaba en los Oficiales, sin que bastase á corregirla ni las severas reprehensiones del General, ni sus

sus amenazas. Este grave mal, acompañado de la poca ó ninguna disciplina de las tropas Napolitanas, se comunicó de un Ejército á otro, de tal suerte que los soldados, en desprecio de los severos castigos, talaban los campos, saqueando quanto encontraban; y quanto mayor era el rigor, tanto mas se aumentaba la desercion; pero no por esto pusieron mejor cuidado los Oficiales, reduciéndose por su culpa un Ejército florido al mas diminuto estado; y por consiguiente en la imposibilidad de obrar, ni emprender el paso del Panaro con aquella seguridad que otras veces se lograban las acciones mas arriesgadas.

En este campo se mantuvo el Duque de Montemar cerca de un mes, esperando á que el Conde de Glimes diese principio á las operaciones de la campaña sobre el Var, atacando Niza y Villafranca, para abrirse paso por la costa de Génova, á fin de llamar la atencion del Rey de Cerdeña, que se hallaba con el General Trahun sobre el Panaro, ó que el Duque de Módena se resolviese sobre el partido que habia tomado de unir sus fuerzas á las de España, segun el Tratado firmado en Aranjuez el 30 de Abril con este Príncipe; pero pretendiendo este varios aumentos, y pareciéndole al Rey Católico ser exorbitantes, aunque el Duque de Montemar insinuó á su Magestad ser de la última consecuencia el dexarle gustoso, insensiblemente el tiempo se fué pasando, hasta que penetrado por los Austri-Sardos lo que este Soberano trataba á favor de los Españoles, ellos le hicieron la forzosa de declararse; y no habiendo podido conseguirlo pusieron sitio á la Mirándula,

la, y le invadiéron lo restante de sus Estados.

Sentido el Duque de Montemar de malograrse esta alianza, pues sobre ella habia fundado sus aciertos, porque este Príncipe debia servir á España con siete mil hombres, artillería, pertrechos, y una de las Plazas fuertes de sus Estados á la eleccion del General Español para establecer en ella sus almacenes, y hacerla Plaza de armas, conoia bien que sin este auxilio era imposible contrarrestar á los enemigos. Por tanto envió á saber del Gobernador de la Mirándula qué orden tenia de su Soberano, y si queria recibir guarnicion Española por estar amenazado de los enemigos, que no tardarian en embestir la Plaza. El Gobernador respondió, que no tenia otra orden de su Soberano, sino defenderla contra quien se fuese hasta el extremo, no obstante haberle dicho al Duque los Ministros de Módena, que se enviaria orden al Gobernador de la Mirándula para que recibiese en dicha Plaza guarnicion Española; pero le abandonó bien presto su arrogancia, puesto que la entregó á los enemigos el mismo dia de estar sitiada.

Desvanecido el Tratado del Duque de Módena, por no haberlo querido ratificar este Príncipe sin los aumentos que pedia, y las órdenes de la Corte expresas para atacar á los Austri-Sardos, hizo reconocer el de Montemar su posicion; y habiendo sabido de cierto sus fuerzas, convocó el Consejo de guerra, en que asistiéron todos los Oficiales Generales, diciéndoles que el Rey de Cerdeña ocupaba con su tropa, consistente en treinta Batallones y dos mil caballos, la derecha del Ejército que tenia apo-

yada en el lugar de Esperlimberto, situado al pie de la montaña, y corria su línea ocupando los puestos de Biñola, el paso de San Ambrosio y Bompordio, dondè se encontraba con las del Conde de Trauhun, que seguian la orilla del Panaro hasta quasi final de Módena, y constaba de diez y ocho Batallones y dos mil y quinientos caballos. Tenian ámbos Exércitos tres puentes sobre el rio, fortificadas las cabezas de ellos con algunas baterías; y que los enemigos excedian á lo ménos en fuerza de cinco á seis mil hombres á los Españoles: que por consiguiente les pedia su dictámen por escrito para resolverse, á que todos conviniéron unánimes que no era posible atacar al enemigo sin evidente riesgo de perderse, y solo sí servir de triunfo á los enemigos.

El dia siguiente á esta determinacion, llegó un expreso de la Corte con carta de Don Joseph del Campillo, en que se mandaba al Duque, que sin dilacion atacase y batiese al enemigo; expresion que hizo reir á los unos, y murmurar á los otros. El atacar á los enemigos era cosa fácil; pero batirlos ¿quién podia asegurarlo? Sin embargo se controvertió este punto con cuidado, y despues de varias altercaciones, los mas de los Oficiales Generales juzgáron, que emprender con fuerzas inferiores dos accidentes tan contingentes como era el de forzar el paso de un rio fortificado, y despues de logrado dar la batalla, era caso de madura reflexion, porque si uno de los dos se malograba, el Exército se perdia infaliblemente, y no contribuiria ménos el pais á aniquilarle que los enemigos, á que se seguia tambien la pérdida del Reyno

no de Nápoles, que ya amenazaba el Ingles con sus Esquadras: de manera que no solo los Generales no halláron conveniente obedecer la órden, sino que propusieron de hacer una representacion al Rey, manifestando las razones por qué no se daba cumplimiento á la órden, y se encargó á los Tenientes Generales Duque de Atrisco y Conde de Mahoni la escribiesen. Esta pieza merece participarse al público, así porque se hacen evidentes los verdaderos motivos que hubo para no deferir á las sugestiones del Ministro, que queria precipitar al Duque de Montemar, acusándole de lento y tímido en sus operaciones, como para demostrar, que negándose á obedecerla hizo el mayor servicio á España. Esta representacion, de que se encargaron los dos mencionados Generales, estaba concebida en los términos siguientes:

„Habiéndonos convocado el Capitan General de este Ejército hoy dia de la fecha en Consejo de Guerra, y propuesto en él si convenia ó no atacar á los enemigos en la situacion que ocupan, resolvió la pluralidad de votos no convenir por las razones siguientes.

Es la fuerza de nuestro Ejército de veinte y quatro á veinte y cinco mil hombres; porque la desgracia de haber perdido quince mil lo ha reducido á este número, como se justifica por los Estados que últimamente se nos han manifestado.

Tiene el Rey de Cerdeña treinta Batallones y dos mil caballos, de una tropa que desempeñó su obligacion en la guerra pasada á vista de su Príncipe; y si su exemplo fué estímulo de aquellos esfuerzos, podrá la experiencia en iguales circuns-

tancias ser gobierno á nuestras precauciones.

El de los Austriacos consta de diez y ocho Batallones y dos mil y quinientos caballos (sin la Infantería de los Croatos); toda tropa veterana, la qual, unida á la de aquel Príncipe, considerando el menoscabo que habrá podido tener, compondrá por lo ménos pasados de treinta mil hombres.

Es conseqüencia infalible que de esta cuenta resulta el exceso de cinco á seis mil hombres; y que los dos actos distintos de pasar un rio á vista de un Ejército superior, que tiene tomados y fortificados los principales puestos que lo defienden, y el de dar una batalla con la probabilidad de ganarla, no solo es dudoso el éxito, pero sí arriesgado por la claridad de las ventajas; cuyas razones nos obligan á proponer modo ménos contingente para que las armas del Rey consigan aquellas glorias que nuestro amor desea, y se huya del funesto suceso que acaecería de la adversidad enlazada con infinitas conseqüencias.

Este Ejército está tan deseoso de la accion, que no se encuentra en él quien no la anhele, y solo tardará su práctica lo que tarde en presentarse una favorable coyuntura. Esta debe dimanar últimamente de las operaciones del que tenemos en Provenza, porque en llegando á obras las que son amenazas, se convertirá en atenciones lo que ahora se mira desprecios, siendo el cuidado causa de movimientos que aprovechará el ardor, superando con las facilidades del paso las probabilidades de un vencimiento.

No parece regular dar principio por lo dificultoso, quando el suspender para obrar asegura el
 acier-

aciertó, ni que se arriesgue tanto por la brevedad de pocos dias, que apresurados anticiparán los momentos de la dicha, ni que un cuerpo de Generales, á vista de un inconveniente, dexé de representar en su oficio las reflexiones que más se anudan al verdadero acierto del servicio. Si este universal dictámen, mereciendo aprobacion en el real ánimo de su Magestad, fuese digno de atencion, será consuelo de los que aspiramos con el sacrificio de nuestras vidas al logro de sus victorias, haciendo ante todo presente la ciega obediencia, que no desluce las proposiciones del zelo, ni tiene otra consideracion que la de no resultar culpable por falta de explicaciones. = *Campo de Fuerte Urbano 9 de Junio de 1742.*"

Firmáron esta representacion los Generales de ámbos Exércitos Español y Napolitano en esta forma, segun su antigüedad. Duque de Castropiniano, Marques de Castelar, Don Juan de Gages, Don Melchor de Abarca, Don Domingo de Sangro, Don Joseph Grimau y Corvera, Don Plácido de Sangro, el Príncipe de Yachi, Don Reynaldo Macedonel, el Conde de Mariani, el Conde de Seve, el Conde de Beauford, el Duque de Atrisco, el Conde de Mahoni, Don Raymundo Burck, Don Carlos Blon, el Marques de Valdecañas, el Duque Rebuton, Don Joseph Antonio Jochoude, el Marques de Croix, Don Jayme de Silva, Don Guillermo Lacy, Don Joseph Horeasitas, Don Marcelo Heron, Don Nicolas de Mayorga, el Conde de Jauche, el Conde de Valhermoso, el Marques de Crevecoeur de Mazerano, el Marques de Torrecuso, Don Juan de Pingarron, el Marques de Gra-

vina, el Marques Duché, Don Nicolas de Carvajal, el Marques de Villadarias, Don Diego Felipe de la Vega.

Y aunque no tiene duda que una resolucion tan bien fundada parecia la mas acertada, sin embargo los Tenientes Generales Marques de Castelar, Don Reynaldo Macdonel, el Conde de Mahoni, y algunos Mariscales de Campo fuéron de dictámen contrario. El primero ofreció atacar al enemigo, mediante se le diesen todos los Granaderos de ámbos Exércitos, y con ellos por un pequeño camino en la montaña, situado á la izquierda de los Españoles, que caia sobre el lugar de Espelimberto, derecha de los enemigos, atacaria por esta parte en el flanco con vigor, mientras los Duques de Montemar y Castropiniano hiciesen dos ataques falsos por el frente: que logrando introducirse los Granaderos por aquella parte, pasasen ámbos Generales, lo que facilitaria la confusion de los enemigos; y con esto se obedecia la órden del Rey, que de otro modo no era factible, y obligaba al Duque de Módena á declararse por España; y en caso de no poder penetrar los Granaderos, (cosa que parecia imposible de no tener efecto) el Exército coligado tenia siempre libre la retirada por la misma montaña, sin que los Austri-Sardos pudiesen impedirlo, respecto de ser el fuego de los Españoles siempre dominante: que la empresa podia costar dōscientos ó trescientos hombres, corta pérdida supuesto que cada dia faltaba mayor número por la desercion.

Controvertióse este punto con viveza; y aunque el Duque de Montemar abrazó esta proposicion (por-

(porque el ataque habia de hacerse por la derecha del enemigo, y se podía pasar el Panaro hácia Biñola y Espelimberto sin necesidad de puente), los demas Generales no quisieron deferir á ella, por mas que les representó que si el suceso fuese favorable, lograba que el Duque de Módena se declarase á favor de España, y obligaba á los enemigos á pasar la Secchia, y abandonar los Estados de este Príncipe, que aún no estaban invadidos, ni su Tratado descubierto; pero nunca pudo el de Montemar vencer la repugnancia del Cuerpo de los Generales, que insistieron siempre sobre la referida representacion al Rey, que últimamente firmó el Duque, y aun los del parecer contrario, para no incurrir en la nota de temerarios, ó por su resistencia sembrar discordia entre los demas Generales.

No tratándose ya de atacar á los enemigos, resolvió el Consejo de guerra marchar á Bondeno, en que tambien convino el Duque. Tomadas las disposiciones para esta marcha, se enviaron los enfermos que estaban en Bolonia, en número de mas de tres mil, á Ferrara, y se dió orden á los Generales de aligerarse de equipages, y lo grueso, baxo de la escolta de trescientos Dragones, se conduxo á Faenza. Hechas estas diligencias precisas, se nombró al Mariscal de Campo, Conde de Jauche, con treinta Compañías de Granaderos, el Brigadier y Coronel de piquete, con las guardias viejas de Caballería, para mandar la retaguardia, que no debia dar indicio de marcha hasta despues de haberlo executado el Ejército. Dióse igualmente la orden de que el cañonazo de la retirada sirviese de generala, y que

que una hora despues levantase la tropa el campo, y se pusiése en marcha; pero la desidia ó la ignorancia del Mayor General, á quien toca dar las providencias para que se execute, las retardó de tal suerte, que la testa del Ejército no pudo ponerse en marcha hasta media hora ántes de dia. Por lo que toca al equipage tambien padeció grande confusion, respecto de no haberse nombrado Prevoste para dirigirlos y arreglarlos: único descuido que se puede atribuir al Duque de Montemar en esta campaña, si es cierto que no consultase á la Corte; pues ántes de principiarla debia haber provisto aquel empleo, y acaso no hubiera habido tanta desercion, porque la ocupacion del Prevoste y su compañía es recoger los Soldados que por pereza ú otros motivos le queden detras del Ejército en una marcha: cuidar que no se aparten de sus Cuerpos, y con este motivo impedir la desercion, y dirigir los equipages, á fin de que sin confusion al paso de un barranco ó estrechos caminos la caida de una carga no impida el todo de avanzar y llegar con tiempo al campo. En fin eran cerca de las doce del dia quando la retaguardia se movió de Castel-Franco, bien que habia dos horas que la cabeza del Ejército habia entrado en el campo de San Juan. La sobredicha confusion y retardo dió lugar á los enemigos para juntar un grueso de Corazeros, Húsares y Croatos para dar sobre la columna del equipage, los quales fueron bien recibidos por el Conde de Jauche y sus treinta Compañías de Granaderos: y habiendo sobrevenido el Conde de Mahoni, Teniente General de dia, con alguna Caballería, fueron rechazados con pér-

pérdida de treinta á quarenta hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los Españoles perdieron solamente tal qual, con algunas cargas de equipages por la embriaguez de sus conductores.

Habiendo llegado el Ejército al campo de Chento el dia 20 de Junio, supo el Duque de Montemar que seiscientas Corazas, é igual número de Croatos á pie ocupaban á Final de Módena, con cuya noticia trató de apoderarse de esta Plaza. De acuerdo con los Generales se nombró al Teniente General Don Juan de Gages, quien conocia este parage, por haber mandado en esta Plaza la campaña pasada: diéronsele quarenta Compañías de Granaderos, quarenta piquetes, quinientos caballos, ocho piezas de artillería de campaña, artilleros suficientes para su uso, y una Brigada de Ingenieros, á fin de sorprehender este puesto, ó tomarle por asalto. Todo ya prevenido para el intento, y nombrada la tropa, parece que recibió el expresado Don Juan de Gages una noticia particular, que manifestó al Duque de Montemar, disuadiendo este ataque, la que salió incierta; y aunque otros Generales solicitaron el encargo de esta expedicion, no lo consintió el Duque, por haber mudado de dictámen los demas Generales, temerosos de una accion general, y que dicho puesto no merecia se expusiese la tropa á una batalla campal, quando se debia evitar por los motivos referidos en la representacion.

No habiendo tenido efecto esta idea, y haber marcado un campo en el Bendeno, fué destacado el propio Don Juan de Gages con el mismo destacamento para adelantarse, y hacer construir un

puente sobre el Panaró; y pareciéndole mas seguro este proyecto que el antecedente, convino en ello. Quando el Ejército llegó al campo de Bondeno, ya estaba construido el puente; pero en tan mal parage, y tan mal fortificado, que se hubo de encargar al Abad de Vimercatty hiciese otro cien pasos distante del primero, que habia construido el referido Don Juan en la parte mas ancha del rio con una especie de revellin, que para defenderle se necesitaba una considerable guarnicion.

Asegurado el Ejército en este campo, sin atreverse los enemigos á inquietarle, se nombró al Mariscal de Campo Marques Duché con quince piquetes para defender el expresado revellin, el qual se continuó en fortificar por muchos dias, aunque inútilmente; pero no se pueden tomar demasiadas precauciones en la guerra. Fortificáronse asimismo las avenidas del campo con Infantería para sostener la Caballería; y como el Ejército Napolitano ocupaba la izquierda, fué tanta la desercion, que el Sargento que iba á mudar las centinelas se marchaba con ellas, llegando á incluirse en este desórden los Cadetes, y aun los Subalternos, de manera que quedáron los Regimientos de Caballería y Dragones precisados á poner los tres estandartes en un solo Esquadron, porque no habia para mas. Esto fué la causa principal de que no se pudo hacer destacamentos, y ser la Caballería Española muy inferior á la del enemigo. Si el Ministro de España hubiese concedido los cinco mil caballos que el Duque de Montemar le habia pedido, y le ofreció, sin duda los Húsares se hubieran contenido en sus correrías, y quando no
hu-

hubieran resultado varias funciones favorables: vaticinio siempre seguro de las empresas.

Mantúvose el Ejército veinte y nueve dias en este campo, siempre con la expectativa de lo que obrase el de Provenza. Habia solicitado varias veces el Duque de Montemar de que este penetrase por la ribera de Génova, sitiando á Villafranca y demas Plazas del Rey de Cerdeña, para poder franquearse el paso á Italia. Hay apariencia de que esta era la idea; pero no habiendo la artillería correspondiente, envió el Infante Don Felipe las galeras que estaban en Antivo para traerla de Tolon, á fin de evitar los gastos que acarrearía su conduccion por tierra; y aunque este designio era arriesgado por la multitud de naves Inglesas que corseaban aquellos mares, prometíase el Comandante de las galeras, que costeano la ribera no podrian los enemigos acercarse bastante á tierra, y que así podia efectuarse la órden sin peligro. La experiencia manifestó lo contrario, pues habiéndolas encontrado algunos navios de guerra Ingleses, les diéron caza hasta que las obligáron á refugiarse en el puerto de San Tropé, entre Tolon y Antivo. Creíase seguro en aquel puerto el Comandante de las galeras; y lo cierto es que qualquiera se lo hubiera persuadido; pero los Ingleses no se habian olvidado de las afrentas que recibió su Monarca en los Estados de Hanover, ni ménos de las amenazas del Cardenal de Fleury en Lóndres; con que no buscando mas que la ocasion de lo recíproco, se valiéron del ardid de asegurar al Gobernador del castillo del puerto, que entraban en paz, y á su vista quemar las galeras

ras de España, mientras tenia bloqueadas las Esquadras del Teniente General Don Juan Navarro, y de Francia en Tolon.

La moderacion del primer Ministro en Francia no pudo llegar á mas. Toleraba que los Ingleses registrasen á los navios Franceses, y persiguiesen á los Españoles hasta en los puertos de Francia; y en desprecio de su neutralidad, quemasen las galeras de esta nacion, sin dar la menor queja, ántes bien proveyendo á los Ingleses de todo género de bastimentos quando estos lo pedian. ¿Quién podrá comprehender semejante política? ¿cómo conciliar este modo de obrar con lo que pocos meses ántes habia insinuado al Rey Británico de que si los Ingleses pasaban el mar lo miraria como rompimiento? quando no ignoraba entónces los inmensos preparativos en Inglaterra para efectuarlo. No queria sin duda ser el agresor en esta guerra contra los Ingleses, persuadiéndose que ellos arrastrarian á los Holandeses como tan unidos de intereses. Tampoco parece que quiso dar motivo de queja al Rey de Cerdeña, pues habiendo consentido el tránsito de las tropas Españolas por Francia, y prometido uniria á ellas algunos Batallones Franceses, y daria artillería, no solo cumplió su palabra, sino que de acuerdo con el Ministro de España estorbó la idea del Duque de Montemar, disuadiendo el ataque de Villafranca con el pretexto de la imposibilidad de vencer. Este camino era el único que podia asegurar los designios del Rey Católico en Italia, con la union del Señor Infante: bien se percibió despues quando no hubo remedio; pero la fatalidad de haberse de guiar por el dictámen del Car-

Cardenal, no dexó otro arbitrio que el de abandonar la costa de Génova, é internarse por el Delfinado para pasar á Saboya, cuya empresa hasta allí era muy facil.

En continua contradiccion interior no le dexaba lugar al tímido Cardenal reflexionar sobre las conseqüencias que producía su ánimo irresuelto. Creía manejar el caos de intereses, que la multitud de pretendientes habia despertado con motivo de la muerte de Carlos VI, del mismo modo que los negocios políticos de su Corte, en que no podemos negar estaba versado en grado superior. Quarenta años de estudio en ellos le habian merecido la aprobacion y contemplacion de toda la Europa; pero la decadencia de sus esfuerzos en Alemania para subvertir el trono Austriaco, denotó con gran perjuicio de la opinion que se tenia de él, que no es todo uno gobernar el timon de una nave, ó gobernar una Armada.

La repentina invasion de la Baviera, y su conquista por los Austriacos, á tiempo que el Soberano de ella se coronaba Emperador, y poco despues la derrota de los Bávaros mandados por su General Toring, no le daba poco en que pensar. Discurrió el Cardenal remediar estos fatales principios de campaña con reforzar el Ejército del Mariscal de Broglio: el de Belleisle habia dexado el mando á este, siendo encargado de su Corte recorrer las de Alemania, y nombrado Embaxador en la próxima eleccion con el que estaba á la órden del de Maillevois en la Westfalia, mientras todo el Reyno estaba en movimiento para formar un tercero Ejército de observacion. El Rey de Prusia,

sia, que por la batalla de Molvitz habia sometido las Silesias, y de acuerdo con Francia atraído á su partido al Elector de Saxonia, corrió como un rayo la Bohemia, sin encontrar quien le resistiese; y pareciéndole no encontrar mas oposicion en la Moravia, se encaminó con los Saxonos á esta Provincia, que se sometió en breve, á excepcion del castillo del Brin. Colmado de tantos triunfos, se presentó este Príncipe victorioso en las cercanías de Viena amenazando sitiarse esta Capital; pero la divina Providencia detuvo allí sus progresos.

La Reyna de Hungría, que no se habia asustado de sus amagos, dió orden al Príncipe Carlos de Lorena (que mantenía la comunicacion de las Austrias con la Bohemia, y dexó en su lugar al de Lobowitz para hacer frente á los Mariscales de Francia, que ya se habian unido) de marchar á la Moravia con ánimo de cortar la retirada al Rey de Prusia, lo que hubiera sucedido á no haberlo penetrado este Príncipe, que con aceleracion se retiró, abandonando almacenes y artillería. Malograda la idea en parte, aunque se consiguió echarle con desdoro de esta Provincia, intentó el Príncipe Carlos recuperar á Praga; pero queriendo embarazarlo el Rey de Prusia, atrincherado en Ozaslaw, se travó el 17 de Mayo una sangrienta batalla, cuya victoria arrancó violenta la codicia de los Húsares Austriacos de las manos del Príncipe Carlos. No obstante, aunque este perdiese el campo, el Ejército Prusiano quedó enteramente arruinado, con especialidad su Caballería, por lo que admitió este Príncipe gustoso la proposicion que entonces le hizo el Ministro Británico de la cesion de las

las Silesias y del Condado de Glatz en Bohemia. Habiéndose convenido la Reyna de Hungría en ello, por la necesidad de quitar este formidable enemigo de delante, se concluyó un Tratado en Breslaw el 11 del siguiente mes, al qual accedió el Elector de Saxonia retirándose igualmente á sus Estados.

Ocho dias despues de la batalla de Ozaslaw, el Príncipe de Lockowitz tuvo otra accion en Sahay con los Franceses mandados por el Mariscal de Broglio; y aunque no fué muy ruidosa, no dexó de ser favorable á los Austriacos, que pudieron ocupar el puesto ventajoso del Budweis, no obstante haber dicho Mariscal hecho levantar el sitio de Frabemberg, que sitiaba Lockowitz. Esta accion y la de Ozaslaw publicáron los enemigos de la Reyna de Hungría, que las habia perdido, sin duda para que no descaeciese el ánimo de sus Aliados; pero sabido otra vez por el Príncipe Carlos de Lorena, determinó dar sobre los Franceses quando ménos podian esperarlo. Despues de algunas marchas forzadas, llegó el 4 de Junio á su presencia, y se formó en batalla. Al otro dia se avanzó hácia Tein, donde habia un cuerpo de Franceses, que lo abandonáron luego; y por los puentes que tenian en el Moldau pasáron este rio, formándose en batalla á la otra parte; el Príncipe Carlos hizo venir la artillería para batirlos, mientras atravesaban el Moldau los Generales Esterhazy, Nadastr, Baronus, con el Príncipe de Birkenfeld y el Coronel Desossy, con toda la Caballería y Granaderos. No bien se habia empezado el ataque, quando los Franceses se retiráron á los

bos

bosques que tenían á la espalda, donde fuéron seguidos de la tropa ligera, que no se detuvo en el pillage, sino manejar sus armas, reparando en esta ocasion la falta cometida en Ozaslaw.

El Rey de Prusia, que buscaba modo de deslumbrar al Mariscal de Belleisle, que estaba en su campo, á fin de que no penetrase este lo que trataba en perjuicio de su alianza, habia hecho varios movimientos á lo largo del Elba, con el que pensó Belleisle que era con intento de socorrer al Mariscal de Broglio, que acababa de pasar el Moldau, y con fuerzas superiores al Príncipe de Lorena, por lo que no se habia atrevido á esperarle; pero habiendo sabido su Magestad que su Tratado estaba firmado, y ratificado por él mismo el dia 13, lo participó al Mariscal de Belleisle, que no tuvo otro partido que tomar mas que el de retirarse de su campo y juntarse con el de Broglio.

Unido el Príncipe Carlos con el de Lobkowitz, y no teniendo ya otros enemigos en Alemania mas que los Franceses y Bávaros para impedir qualquier socorro que viniese de Francia, el Príncipe Carlos marchó á ocupar el Círculo de Pilsen, lo que conseguido volvió á juntarse con Lokowitz resuelto á dar batalla á los Franceses y destruirlos enteramente, ó hacerlos prisioneros; pero estos, que procuraban excusarla, pudieron lograr ponerse debaxo del cañon de Praga, disminuidos en mas de una tercera parte. Sabida esta grande novedad en la Corte de Viena, la Reyna de Hungría no esperaba ménos á que se le rendirian prisioneros de guerra; y para que el Gran Duque tuviese el honor de este triunfo, le suplicó pasase á mandar el cam-

campo que se habia aumentado con el arribo del General Festetiz con quince mil hombres.

En breves dias estrechamente bloqueados los Franceses, el Gran Duque mandó traer de Viena, de Brin y del Budweis la gruesa artillería para hacer el sitio de Praga en toda forma. Advertidos los Mariscales de esta disposicion, el Conde de Belleisle, que conocia la imposibilidad de recibir socorro tan presto, y no teniendo con que subsistir entre tanto en esta grande Ciudad, pidió una conferencia al Gran Duque, el qual nombró al Conde de Konigseg para ella. Habiéndose destinado un Convento á media legua de la Plaza, se transfirió á él el Mariscal el dia 2 de Julio. Este propuso entregar la Ciudad, con tal que se le permitiese salir las tropas con sus armas, bagages y honores militares. El Conde respondió que tenia orden de su Soberana para tomar la Plaza y la tropa prisionera de guerra. Esta conferencia y su resulta la participó el Mariscal de Belleisle á Francia, lo que dexó al Cardenal Ministro en la mayor perplexidad: se volvió á despachar el correo con orden de que insistiese en lo pretendido, y ofreciese la evacuacion entera de la Bohemia, entregando la Plaza de Egra y el fuerte castillo de Fravemberg. A estas ofertas acompañó una carta para el Conde de Konigseg, que ántes habia sido su amigo, quejándose de que en Viena se le tuviese por autor de las turbaciones que agitaban la Alemania, poniéndole en la consideracion de que no habia tenido libertad para haber puesto en práctica las proposiciones que seis meses ántes le habia hecho el Señor Wasner, Ministro de la Reyna; pero añadía: »No igno-

ra V. E. que estamos por nuestra desgracia ligados: sin embargo no mudo de sistema, y creo siempre que no hay cosa mas esencial para la tranquilidad de la Europa que una perfecta union entre nuestras dos Cortes."

No produjo esta carta el efecto que el Cardenal creia; pues bien al contrario, sin dar respuesta á ella, el Conde de Konigseg la envió á Holanda para que se imprimiese, y viesen los Aliados de la Francia la fidelidad con que obraba esta Potencia en todos sus empeños. El Mariscal de Maillevois, que estaba en marcha para socorrer á Praga, se juntó en la Franconia con un cuerpo de tropas, que mandaba el Conde Mauricio de Saxonia, con el qual se formó un Ejército de sesenta mil hombres. Noticiado el Gran Duque de Toscana de la proximidad del Mariscal, levantó el campo de Praga, dexando el sitio de esta Ciudad reducido en bloqueo por el General Festetiz, partió con el Príncipe Carlos su hermano, y el Conde de Kenenhuller con el Ejército para impedir pasasen adelante los Franceses. Propúsose otra vez al Gran Duque la evacuacion de la Bohemia, y que el Mariscal retrocederia si la Reyna se conviniese en poner en posesion de la parte de la Baviera que ocupaba; pero no tuvo mas efecto esta propuesta que las dos antecedentes; y así debiendo á toda costa socorrer á los sitiados de Praga, prosiguió el Mariscal de Maillevois su camino. Habiendo llegado este á las cercanías de Egra no pudo penetrar adelante, por haber cogido los desfiladeros los Austriacos; y aunque el Mariscal de Broglio estaba apercebido para la union, no pudo efectuarse.

La

La estacion adelantada, el frio insoportable, la lluvia continua, y falta de víveres el Mariscal de Broglio, porque los Húsares y Panduros les cortaban los comboyes, y los tenian en continuo movimiento, dispuso el Mariscal retirarse hácia la Baviera, disminuido su Ejército quasi en la mitad. El de los Austriacos salió igualmente de la Bohemia, y fué en su alcance hasta la misma Baviera. Con motivo de oponerse á la entrada de los Franceses en Bohemia, se habia sacado la mayor parte de la tropa que formaba el sitio de Praga; y frustrados de su incorporacion, el Gran Duque destacó al Príncipe de Lobkowitz con treinta mil hombres para reforzar el cuerpo de Festetiz, con que le fué preciso al Mariscal de Broglio recogerse con su tropa á la Plaza sin esperanza de socorro; pues ya habia pasado al Círculo de Listmeritz, creyendo se efectuaría la union con Maillevois. La conducta de este fué vituperada altamente en Francia por las sugerencias del Conde Mauricio de Saxonía; y para que el servicio del Rey no se perjudicase en esta disension que reynaba entre estos dos Generales, se llamó al Mariscal de Broglio, que estaba en Praga, para reemplazar al de Maillevois, que se restituyó á Francia. Entre tanto Praga quedaba cada dia más estrechada; y careciendo la tropa de un todo, que ya comia carne de caballo, recibió orden el Mariscal de Belleisle de franquearse el paso espada en mano, pues de otro modo era preciso se rindiese prisionero de guerra. El 18 de Diciembre dispuso efectuar la salida, haciendo ántes correr la voz de que se prevenia para atacar los puestos de los enemigos; y acudiéndose á la par-

parte por donde les parecia intentarlo, el Mariscal salió de Praga y ganó dos jornadas, por lo que no pudo alcanzarle el Príncipe de Lobkowitz; pero los Húsares y Panduros, que fuéron en su seguimiento, le atacaron varias veces por el frente, costados y retaguardia, haciendo un daño terrible, á que no contribuyó ménos el frio, pues perdiéron mas de tres mil hombres, la mayor parte de la artillería, municiones y casi todos los equipages, con lo qual pudo el Mariscal llegar á Egra, donde descansó.

Vuelto el Príncipe Lobkowitz delante de Praga intimó á la guarnicion á que se rindiese, en que condescendió el Señor de Chebert, Mariscal de Campo, que mandaba en ella, capitulando saldria con los honores de la guerra. De tres mil hombres que tenia de guarnicion saliéron el 26 del mismo mil soldados sanos, habiendo quedado los demas enfermos, y aquellos fuéron conducidos á Egra: de manera que de un Ejército de mas de cincuenta mil hombres que entraron en Bohemia, no saliéron apénas ocho mil: encontráronse en Praga trescientos cañones y un grueso almacén de municiones. Así feneció la campaña en Alemania, habiendo tomado los Ejércitos quarteles de invierno, y restituidose á Viena el Gran Duque y su hermano. Kevenkuller quedó mandando el Ejército Austriaco, y el Mariscal de Broglio los Franceses.

Mientras descansaban ya las tropas Austriacas y Francesas, despues de una campaña tan trabajosa como la que tuviéron en Alemania, los Austri-Sardos y Españoles en Italia no estuviéron con mas quietud, aunque no se reduxo á mas que á obser-

var-

várase recíprocamente, sin haber experimentado mas daño que la de una desercion increíble, especialmente los últimos. El Duque de Módena, que por su ambicion habia perdido sus Estados, se habia retirado á Venecia con su familia, y dexado su patrimonio á los enemigos, quienes no teniendo ya que temer, dispusieron, despues de la rendicion de Módena y Mirándula, pasar el Panaro, apoderarse del puesto de Rimini, y cortar la retirada al Duque de Montemar. Conocido por este el intento, levantó su campo de Bondeno para anticiparse á sus enemigos, y caminando ámbos Exércitos sobre una línea paralela, llegó primero el Duque de Montemar á Rimini, habiéndose quedado el Rey de Cerdeña en Cesena, veinte millas distante de esta Ciudad.

Publicáron los enemigos del General Español que esta marcha fuese retirada, no siendo cierta; pues fué para mejorar de puesto, y con esto cortar todas las ideas del Rey de Cerdeña, quien lo confesó públicamente diciendo: que aunque siempre habia considerado al Duque de Montemar por un General que sabia su oficio, nunca en ninguna ocasion lo acreditó mejor como en esta marcha, respecto de que le habia conocido su proyecto y roto sus medidas. Lo cierto es que el intento de su Magestad era cortarle los víveres que sacaba del Reyno de Nápoles, penetrar en él, y suscitar alguna revolucion, que no es dificil de conseguir en sus naturales, mientras los Ingleses por mar coadyuvaban á lo mismo, y otro cuerpo de tropas Austriacas, que de los puertos de Istria debia desembarcar en las costas de la Pulla; pero supongamos que

que fuese retirada, no permitia un Ejército tan endeble y tan contaminado de la desercion atacar á otro superior con mucho, y mandado por un héroe, cuya presencia valia otro Ejército: sin duda era ménos inconveniente huir una batalla, que el exponerse al evidente riesgo de perderla.

No pudiendo ya al Ejército Español faltarle la subsistencia que le venia del Reyno de Nápoles, y bien asegurado el campo de Rimini, mandó el Duque de Montemar al Mariscal de Campo Don Fernando de la Torre, y al Brigadier Conde de Murillo se retirasen con el destacamento con que habian observado á los enemigos, durante la marcha desde el campo de Bondeno hasta Rimini, y en las cercanías de esta última Ciudad por algunos dias: lo que no hubiera sucedido á no haber dado cuenta el Comandante de que en cinco dias despues del arribo del Ejército habia perdido setenta y cinco caballos por la desercion, pidiendo se le mudase el destacamento con otro igual número de gente, ó se le mandase incorporar, por no fiarse de la que tenia; y no encontrándose otro medio se le dixo lo executase luègo, habiendo ántes logrado una accion de bastante honor contra los enemigos, y en la qual les hizo dos Capitanes prisioneros con algunos soldados.

En este campo supo el Duque de Montemar, por algunas noticias de Roma y aun de Venecia, que la voz era pública de que baxaba de Germania á Italia un cuerpo de diez á doce mil hombres. Como por la paz hecha con el Rey de Prusia y Elector de Polonia esta voz podia ser cierta, para certificarse en ella escribió al Marques Mari

á fin de que despachase personas de su satisfaccion á Trieste, para indagar la verdad, por las que supo habia ya llegado la primera columna consistente en mil hombres del Regimiento de Varcit, y que se ponía embargo á todas las embarcaciones de la costa para el transporte de estas tropas, que debían incorporarse con los enemigos, ó inquietar el Reyno de Nápoles por la Pulla. También el Cardenal Aquaviva participó al Duque de que habia pasado á la altura de Civitta-Vechia una Esquadra Inglesa con quatro mil hombres de desembarco encaminándose hácia Nápoles. Todos estos avisos, y los recelos bien fundados de una próxima invasion, y la inquietud general que se reconocia en los Napolitanos, obligáron al Rey á llamar algunos Batallones y Esquadrones de su Ejército, como asimismo al Teniente General Don Raymundo Bürke.

Temeroso el Duque por este Reyno, que estaba desamparado de tropas, resolvió levantar su campo de Rimini, y pasar á Foligno, despues de haberse mantenido nueve dias en este campo aguardando á los enemigos en orden de batalla, sin que los Austri-Sardos se aventurasen en darla, el dia 8 de Agosto juntó el Consejo de guerra, manifestando á los Generales la situacion de las cosas y lo que habia sabido, y que era preciso cubrir el Reyno de Nápoles, como tambien ponerse en posesion de recibir al Infante Don Felipe por si penetraba por el Estado de Génova, como se lo aseguraban el Conde de Glimes y el Ministro de su Alteza el Marques de la Ensenada. Como ninguno era mas práctico en aquel pais como el Duque, y
que

que todos rehusáron dar su dictámen ántes que él propusiese el suyo, dixo el Duque que Foligno era el único que podria ser conveniente, porque su situacion le facilitaba la entrada del Reyno de Nápoles por Espoieto, que lograba en dos marchas, y en otras dos iba á Penugia, de donde desde luego entraba en Toscana para recibir al Infante; porque nunca se persuadió que este Príncipe tomase otro camino. Habiéndose convenido todos, se levantó el campo, y el 22 de Agosto llegó el Ejército á Foligno. En este campo recibió el Duque de Castropiniano la orden del Rey de Nápoles de separar el Ejército de su mando del de España, y se retirase á este Reyno en virtud de un Acto de neutralidad, que aquel Soberano habia firmado con los Ingleses que amenazaban de una irrupcion.

Entre tanto se mantenía en Foligno el Duque de Montemar; los enemigos, que no habian pasado de Sesena, se retiráron á los Estados de Módena, Parma, Plasencia, Mirándula y Mantua para acantonarse en ellos; cuya noticia, habiendo llegado á la Corte de España, se mandó al General Español, que estaba en Foligno reclutando su Ejército para que retrocediese con el fin de contener al Rey de Cerdeña, que sin duda habia de acudir á la defensa de la Saboya, que iba á invadir el Señor Infante con el Ejército que hasta el 20 de Agosto se habia mantenido en Provenza en una total inaccion.

Esta novedad extrañó mucho el General, quien convocó al Consejo de guerra para resolver sobre la importancia de la orden; y aunque estaba dia-

me-

metralmente opuesta al servicio de su Magestad, por saberse de cierto que los enemigos con el aviso del retrogrado del Ejército Español, se habian de mantener en sus precedentes puestos sobre el Panaró, y con este motivo inutilizar los proyectos; sin embargo prevaleciendo el dictámen de los Generales sobre la multitud de inconvenientes que se ofrecian, se determinó el Duque de Montemar á ejecutarla.

Reunido en cuerpo el Ejército que estaba acantonado en varios lugares del Estado Eclesiástico, se señaló el dia 9 de Setiembre para la marcha; pero en el mismo recibió el Duque un expreso con la orden de restitirse á España con el pretexto de sus achaques y restablecer su salud; del mismo modo el Marques de Castelar de acompañarle, entregando aquel el mando del Ejército á Don Juan de Gages, Teniente General mas antiguo, por ausencia del Marques de Castelar: sensible fué para el Duque de Montemar esta orden, mayormente á vista del pretexto con que se servian sus émulos para exonerarle del mando del Ejército, quando jamas habia tenido mejor salud, ni nunca estuvo mas solícito en hacerse merecedor de la continuada confianza de sus Magestades. En fin, no quedándole otro arbitrio mas que el de obedecer, solicitó del Príncipe de Craon, Regente de Toscana, el permiso de pasar por estos Estados; y habiéndole obtenido, se puso en marcha el 11 de Setiembre para España acompañado del Marques de Castelar. El mismo dia escribió á Don Joseph del Campillo para que supiese de su Magestad si le permitia pedir al Rey de Cerdeña un pasaporte para poder

caminar por sus Estados, pues de otro modo le era difícil efectuar la orden, por estar los Ingleses en el puerto de Villafranca, y extendidas sus naves por toda la costa; pero el Ministro de España, ó ya fuese desprecio hácia el Duque de Montemar, ó impedir el regreso pronto de este General á la Corte, recelándose de los cargos que se le podían hacer, ó queriendo exponerle á ser prisionero de los Ingleses, para tener mas motivos de vituperar su conducta, no solo no le concedió lo que pedía, más tampoco responder á su carta.

Después de haberse mantenido el Duque mucho tiempo en Génova, siempre con la expectativa de la respuesta del Ministro, viéndose decaído de su esperanza, resolvió desde Final embarcarse en una feluca con el Marques de Castelar, con los hijos de uno y otro, eligiendo el tiempo mas borrascoso para burlar la vigilancia del Gobernador de Niza, y del Almirante Matheus, los cuales, teniendo noticia deber pasar estos dos Generales, habían tenido orden de cogerlos prisioneros; pero la divina Providencia no permitió cayesen en el lazo que se les tenía preparado, ni ménos pereciesen en el mar, no obstante el haberse visto varias veces á las puertas de la muerte con sus familias; desgracia que hubiera extinguido ámbas casas, por no haber mas sucesion que sus hijos que los acompañaban. El Gobernador de Niza (el Señor Carbon) se persuadía tanto de la imposibilidad de su tránsito, que sobre la noticia que tuvo de haber llegado á Antivo, despachó una persona de confianza para informarse de la verdad, pues no lo podía creer, de que habiendo dado cuenta á

su

su Corte , se le acumuló á descuido , y fué privado de su Gobierno.

Ya seguros los Generales Españoles , y reparados de sus fatigas , saliéron de Antivo para Barcelona, donde encontró el Duque una orden para que se retirase á su Encomienda, y no saliese de ella sin Real permiso, y al Marques á Zaragoza en los propios términos: bien conocia el Ministro que si el Duque de Montemar llegaba á la Corte, no se descuidaria en manifestar al Rey los motivos que no solo hicieron infructuosas las operaciones de la campaña, negándole la Caballería que habia pedido, sino quanto necesitaba para el éxito de la empresa; habiéndose dexado pasar el tiempo precioso para anticiparse á los enemigos: conoció bien, digo, el Ministro que su odio al General habia sido la causa total del mal éxito de esta campaña; y temeroso de que informado su Magestad de las causas, y de la inocencia del Duque , provocase contra sí mismo la justicia del Monarca , y ser la víctima de sus enredos , supo indisponer este Príncipe de tal forma contra el Duque de Montemar, que este no tuvo mas arbitrio que recogerse en sí mismo, obedecer la orden , entre tanto se proporcionaba ocasiones de publicar la integridad de sus intenciones , desaciertos y desbarros de su enemigo, como en efecto lo executó; y sincerado de quanto se le acomuló volvió á la gracia del Soberano; mas esto no fué hasta despues de la muerte de su émulo, que á poco tiempo sucedió. En quanto al Marques de Castelar, como no se le podia hacer otro cargo, sino el de su estrecha amistad con el Duque de Montemar, obtuvo venir á la Corte, donde no pudo

do dexar de abocarse con Don Joseph del Campillo, quien sonriéndose maliciosamente al verle, le dixo: y bien V. E. por no haberme creído se halla á pie &c. Nunca esperé ménos de V. S. I. respondió el Marques.